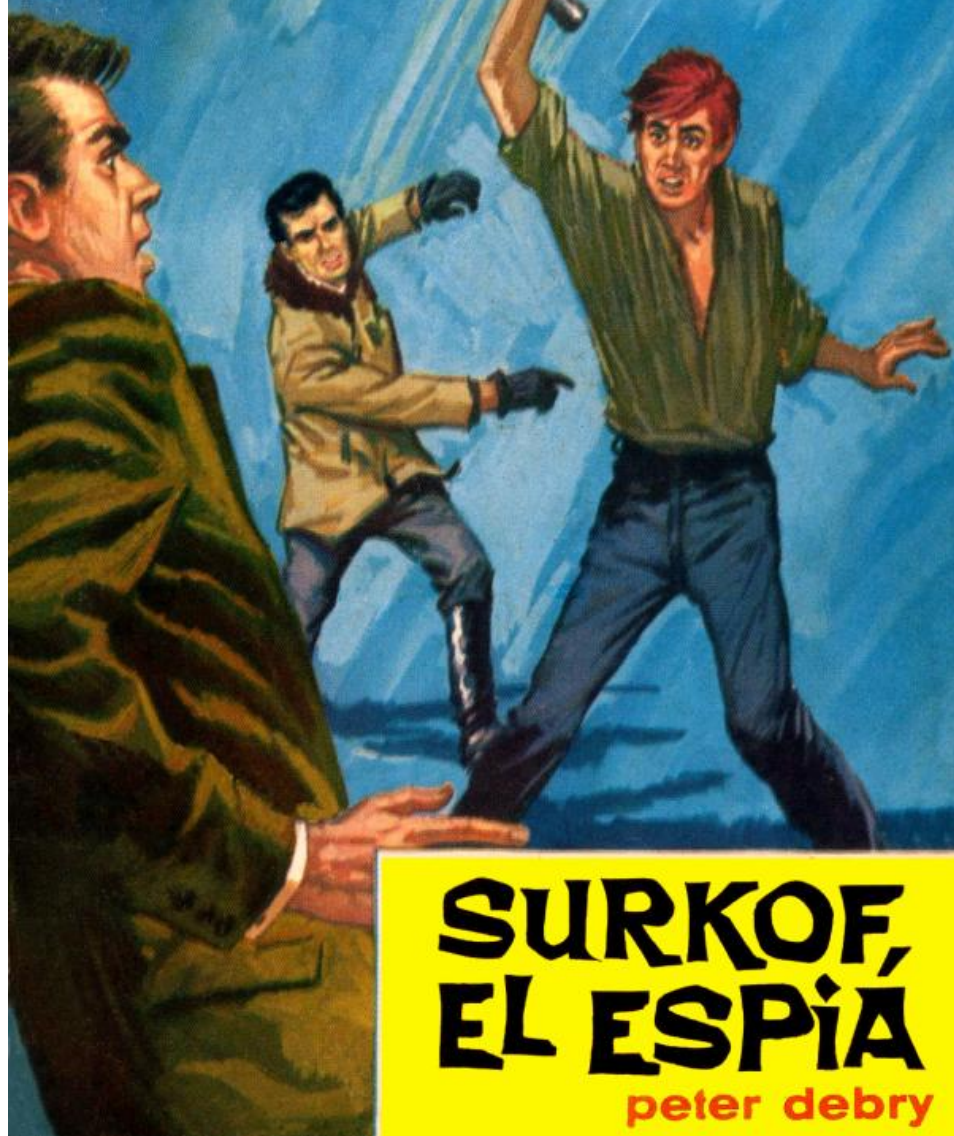


PUNTO
ROJO



SURKOF, EL ESPÍA

peter debry

PETER DEBRY

SURKOF, EL ESPIA

1.ª EDICION
ABRIL - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 3760-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© PETER DEBRY - 1963

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 774/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

517 — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

660 — Sinfonía en “9” corto.

En Colección BUFALO:

229 — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:

77 — Un poker llamado muerte.

En Colección TEXAS:

93 — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:

23 — Cachorro de *gun-man*.

En Colección SELECCION SERVICIO SECRETO

28 — Asesinatos en la oficina.

En Colección PUNTO ROJO:

47 — Sudario para una viuda.



CAPÍTULO PRIMERO

Flotaba, envuelto en nubes algodonosas que le mecían blandamente. Un coro de serafines silbadores revoloteaba en ronda retozona alrededor de su cabeza. De vez en cuando, uno de los angelitos desafinaba estrepitosamente y el pitido le taladraba el tímpano, repercutiéndole en la nuca. Frente a sí, el panorama oscurísimo podía ser una floresta de tupida vegetación, en cuyo caso, los serafines debían ser ruiseñores...

Era preciso y apremiante, hacer acopio de buen sentido. No podía flotar entre nubes ni estar rodeado de querubines interpretando una cacofonía chirriante, para inmediatamente tenderse en blando césped invisible y oír trinos melodiosos.

Aquel zumbido en sus oídos, la sensación de ingravidez y el denso negro que le rodeaba, sólo podían ser las sensaciones que experimentaba... un muerto.

Pero un muerto no razona, se dijo Alex Praviel. Era reconfortante, de pronto, recordar quién era él. No estaba, pues, en el otro mundo.

Sus párpados tenían una pesadez de plomo. Logró alzar levemente uno. Lo que vio le obligó a cerrarlo del todo.

Aumentaba su confusión aquel vislumbre de un enorme perro lobo, acechándole, visibles los largos colmillos en el jadeo amenazador.

Procuró pensar en lo más reciente, en lo más sensato que le

hubiese ocurrido minutos, horas o días antes...

Y recordó.

Se extinguieron los ecos discordantes, se estabilizó su cuerpo y su cerebro empezó a engranar. Ahora, una quietud absoluta le rodeaba, sólo truncada por el leve jadeo anhelante del perro lobo, que, sentado sobre sus cuartos traseros, le acechaba a corta distancia.

El telón de nubes se descorrió ahuyentando las nieblas cerebrales, cediendo paso a un escenario de matices pardos y dorados: el otoño en París.

* * *

“En aquel atardecer, mediando octubre, París adquiría su deliciosa pátina otoñal, alfombrando sus alamedas las doradas hojas, y entibiando el fresco aire vigorizante, un sol suave y acariciador.

“Y él, Alex Praviel, se dirigía hacia la estación del metro “Odeón”, para enlazar en “Réamur-Sebastopol” con la estación de Saint-Lazare.

“Se había detenido, uniéndose a uno de los grupos de paseantes curiosos.

“El pintor callejero tenía cierta semejanza con un saltamontes. Se desplazaba con agilidad, desplegando sus flacas y largas articulaciones con soltura, mientras sobre la acera iba trazando líneas con tizas de varios colores.

“El Boulevard Saint-Michel, arteria principal del Barrio Latino parisense, era transitado por representantes de todas las nacionalidades. Y por este motivo, el pelirrojo pintor, junto al dibujo iniciado, había escrito la misma palabra en varios idiomas: “Gracias”.

“Su boina astrosa, en la que de vez en cuando caía alguna moneda, tenía en torno, una petición escrita en francés con gruesos trazos verdes: “Para pinturas y lienzos. No mendigo”.

“Alex Praviel era curioso por naturaleza. Se detuvo, engrosando la hilera de “badauds” (1). Los surcos que sobre la acera iba trazando el pintor, tenían una extraña asimetría. La mezcla de colores parecía anárquica y obedecer a la espontánea inspiración del artista.

“Pero no ignoraba Praviel, que el dibujo básico y sus colores los

podían plasmar a ojos cerrados aquellos pintorescos sujetos, mitad hampones, mitad “rebeldes” sociales. La figura femenina que iba pintando el pelirrojo larguirucho, adquiriría el poético ingenuismo de un Modigliani.

”Con toques abstractos y apliques romboidales, pensó Praviel, que, de pronto, enarcó las cejas, sorprendido.

”Allí, en aquellos arabescos, había algo raro, detonante. El pintarrajeo, aparentemente inofensivo, los rombos y los supuestos toques abstractos, tenían un significado.

”Eran símbolos rusos.

”Figuras geométricas en su mayor parte, que equivalían a letras y palabras del dialecto georgiano. Allí estaba el símbolo infantil, traduciéndose inmediatamente por “ojo, cuidado”. Pero la pupila dibujada, no estaba en el rostro de la mujer que iba terminando de colorear el pelirrojo, sino entre dos palabras, a modo de punto.

”Movió Praviel los labios, traduciendo los símbolos distribuidos a modo de aureola en torno a la cabeza femenina:

”CORA HOY MISMO SITIO CUIDADO. NADIA VIGILA.

”Nadia. Un bonito nombre, también ruso, meditó Praviel.

”Aquel mensaje amoroso era pueril y absurdo. Suponiendo que el pintor deseaba citar a Cora, y que además de recomendarle precaución, le indicaba que estaba protegida por la vigilancia cómplice de Nadia, ¿no era mucho más sencillo servirse del teléfono o enviarle el recado con alguien de confianza?

”Claro, que Nadia podía ser también la esposa celosa...

”El pintor terminó su obra. Recogiendo un trapo, se frotó las manos para quitarse los tiznajes multicolores que en sus dedos habían dejado los yesos. El semicírculo de curiosos fue disgregándose.

”Una muchacha con un gran cartapacio bajo el brazo, aspecto de estudiante de Bellas Artes y ropas tan raídas como las del pintor, se aproximó contemplando con ojos de avidez las monedas contenidas en el forro de la boina.

”El desgreñado cabello rubio, lacio, le cubría parte del rostro. Su voz era extrañamente dulce, cantarína:

”—Préstame cinco francos, Leo.

”El pelirrojo Leo recogió parsimoniosamente las monedas, las contó y, metiéndolas en el bolsillo, denegó con la cabeza. La

muchacha rebajó:

—Sólo tres francos, hombre.

"El pintor tenía una boca anchísima y una voz cavernosa:

"—Cosechado cuatro cincuenta. Faltan otros tantos cubrir día, tripa y jergón. Siento, Olivia.

"Rió ella con aspereza:

—La próxima vez que vengas al "Petit Coin", a que te invite a café, vas listo, Leo. Ni el platillo te dejaré lamer.

"—No soy canelo pekinés, guapa. Cuando sobra plata, soy mecenas.

"Ella, encogiendo los hombros en gesto desdenoso, se alejó, deslizando una mirada de soslayo al curioso que parecía estar ensimismado en la contemplación de la pintura de la acera.

"El pelirrojo se encasquetó la boina, ajustándose luego la cuerda que sostenía sus deslustrados pantalones "téjanos" azules, caídos en estrecho acordeón sobre sus sucias sandalias.

"Escrutó el semblante de Alex Praviel. Un semblante normal, de hombre apacible. Y ofreció:

—"Madona Hambrienta". Pinto lienzo. Precio módico. Buena inversión. Futura gran alza.

"Por lo visto aquel pelirrojo empleaba el estilo de telegrama tanto en sus mensajes como en su conversación.

—No es precisamente su "Madona", la que me ha retenido, Leo.

—¿Me conoce? —y los pardos ojos del pelirrojo expresaron súbitamente desconfianza.

—"Oí a la muchacha llamarle por su nombre. Nací curioso, y esta dolencia es incurable. Si deseaba citar a Cora con la complicidad de Nadia o para evitar a Nadia, le era más sencillo agarrar un teléfono, ¿no?

"Los pardos ojos del pintor expresaron progresivamente sorpresa y alarma. Miró en torno, y dando media vuelta, el compás de sus largas piernas se convirtió en rápida zancada, doblando la esquina más próxima.

"Alex Praviel reanudó su camino hacia la estación del metro. Un incidente sin importancia. Curioso, sin más. El "metro" le llevó a Saint-Lazare, donde subió al tren de "banlieue" y poco después introducía la llave en la cerradura de la puerta de su domicilio.

"Un olor repentino, acre y punzante, le sofocó, sustituyendo tras

una fracción de segundo al rumor de pasos deslizándose a su espalda. Rumor que le había impulsado a volver la cabeza.

”Algo blando, esponjoso, cubría el centro de su rostro. Quiso respirar, y se presentaron las nubes de blanda espuma, la flotación, el orfeón musical...”

* * *

Alex Praviel abrió los ojos.

Se hallaba sentado en un confortable sillón, único mueble en aquella habitación de blancas paredes desnudas, sin ventana y con luz indirecta.

Debía tener aire acondicionado, porque no imperaba olor a cerrado, sino un suave aroma balsámico.

El sillón estaba adosado a una pared. Dando frente a una puerta, también blanca, cerrada.

El perro lobo, sentado sobre sus cuartos traseros, se mantenía inmóvil a un lado de la puerta. Sus pupilas destilaban hostilidad. Sus aceradas mandíbulas se movieron, y emitió un seco ladrido.

Iba Praviel a levantarse, cuando vio el motivo por el cual no podía hacerlo. Dos anchas franjas de cuero, retenían sus antebrazos sobre las acodaderos del sillón.

La puerta se abrió con suavidad.

Entró una mujer. Alta, enteramente vestida de blanco, desde el cerrado cuello de la bata, hasta los zapatos de tacón bajo. El cabello negro, muy ensortijado, en marcaba un semblante macizo, de rasgos sensuales. Los gruesos labios ostentaban una tenue sonrisa, que alentaba también en los grandes ojos verdes.

Guardó silencio, permaneciendo inmóvil al otro lado de la puerta abierta.

El perro lobo meneó la cola.

Praviel meneó la cabeza a un lado y otro. Dijo por fin:

—Lo corriente en estos casos debe ser, preguntar con irritación: “¿Dónde estoy?” y ¿Quién es usted?”

Un individuo, bajo y delgado, se enmarcó en el umbral. Calzaba zapatillas caseras, de paño. Un pantalón de franela gris, una camisa blanca con “fular” al cuello, y un chaquetón casero a cuadros, completaban su atavío, muy hogareño.

Contrastaban sus negros ojos inteligentes con su rubio cabello entrecano.

—Buenas noches, señor Praviel. Le pido excusas por habernos visto obligados a alterar sus metódicas costumbres.

Hablaba suavemente, con fría cortesía.

Alex Praviel miró alternativamente al trío. Tuvo un extraño pensamiento.

Puesto a elegir, en caso de peligro, preferiría enfrentarse con el lobo.

—Hice dos preguntas a la señora de blanco, sin obtener respuesta.

—Puedo contestarle yo. Está en mi casa y puede llamarme doctor.

—Doctor, ¿en qué especialidad?

—Siquiatría.

—Y la señora, supongo que será su ayudante o enfermera.

—Exacto.

—¿Y el perro? ¿Pone las inyecciones?

El doctor rió silenciosamente.

—Celebro su buen humor. Y admiro su flema.

—Nací flemático, como otros nacen linfáticos, que vendrá a ser lo mismo. ¿Qué voy a hacer? ¿Echarme a gritar como un energúmeno? Si, por causas que ignoro, estoy bajo un tratamiento especial, mi mejor defensa es demostrar que, salvo su mejor opinión, doctor, no necesito las atenciones de ningún siquiatra.

El doctor chasqueó los dedos. El perro lobo, dócilmente, abandonó la habitación. La mujer de blanco cerró la puerta y se adosó a ella.

Daba la impresión de una indiferencia absoluta. Era una mujer hermosa, con un cuerpo estatuario y provocador, pese a la ropa blanca. Pero carente de humano calor.

Emanando una implacable frialdad, como el que iba explicando:

—Usted y yo, señor Praviel, sabemos perfectamente que su estado cerebral es excelente, dentro de las limitaciones lógicas. Ya sabe que nadie puede determinar dónde linda la sensatez aparente con la locura. Pero me temo que, según sus respuestas, quedará borrado de su cerebro el lindero divisorio.

Alex Praviel enarcó las cejas. Trataba de penetrar el oscuro sentido de la última frase del doctor. No tuvo que esforzarse. Quedó aclarado:

—Hoy en día, del mismo modo que un esquizofrénico sometido a la acción de ciertos estimulantes, alternados con sedantes, puede convertirse en un hombre normal, si la operación se verifica a la inversa, ¿qué obtenemos, señor Praviel?

—Convertir en loco de remate a un pacífico ciudadano —replicó Praviel.

—La serenidad con la cual hace frente a su delicadísima situación, ¿es valentía a toda prueba?

—No, no —sonrió Praviel—. Es un defecto orgánico. Me asusto después, nunca antes. Supongo que mis glándulas endocrinas, las que segregan el miedo, deben funcionar con mucho retardo.

El doctor André Mornay miró a su hermana. Cora Mornay habló por vez primera. Su voz era cálida, con tonalidades graves, de contralto:

—No pretendo asustarle, Praviel. Queremos tan sólo que logre usted asimilar su situación. Matarle vulgar mente nos sería fácil, pero siempre acarrea investigaciones que preferimos evitar en lo posible. Ahora bien, usted es un hombre culto, inteligente y no puede agradecerle la idea de transformarse en un ser demencial, sin cura, recogido en cualquier rincón de París, y extinguiéndose entre atroces convulsiones en cualquier sanatorio del Estado.

Alex Praviel contempló unos instantes sus antebrazos sujetos sólidamente.

—Si mal no comprendo, el posible término de mi estancia aquí, en este lugar ignorado donde no me recluí voluntariamente, será una probable muerte poco envidiable. En efecto, soy Bachiller, dicen que soy medianamente inteligente, y la perspectiva que usted me brinda, señora, no me seduce.

Hizo una pausa. Le escuchaban muy atentamente.

—Es lógico que si ésta hubiera sido su primera intención, no me la habrían comunicado. Usted, doctor, aludió a que mis respuestas podrían valerme evitar que mi cerebro sufriera alteraciones artificiales. Pregunte.

—Ante todo, deseo oír su interpretación personal de las razones por las cuales se halla aquí.

—Esta pregunta no es difícil. Me disponía a entrar en mi casa, cuando alguien me aplicó éter.

—¿Cómo sabía que era éter? —inquirió Cora Mornay.

—Olor punzante, sofoco inmediato... Síntomas que aprendí al hacer la traducción de un manual de Toxicología.

—¿Quién y por qué le aplicó el éter? —preguntó el doctor Mornay.

—Ignoro quién y en cuanto al por qué, vislumbro dos teorías descabelladas.

—¿Una, por ejemplo?

—Necesitan hacer un experimento. Me eligen porque soy soltero, vivo solitario y mi desaparición puede pasar inadvertida. Mis padres residen lejos de Francia. Pero rebato esta teoría, ya que para un experimento no creo sea necesario hacerme un “test” de preguntas.

—Su cerebro razona con fluidez, Praviel —manifestó ella—. Expone, se rebate con acierto, y miente bien.

—¿Por qué iba a mentir? Nunca he sido partidario de la mentira inútil. Si supiera la causa por la que estoy aquí, la expondría sin más. No soy tan obtuso como para no comprender que ustedes forman una pareja que, sin el menor reparo, eliminaría a quien fuese, si representase un obstáculo en cierta empresa, cuyos alcances ignoro.

—Antes de su inhalación de éter, ¿no le sucedió nada anormal? —preguntó Cora Mornay.

—Déjeme recordar... Esta tarde...

—Perdón, debo rectificar su noción del tiempo —ex puso el doctor—. Ha dormido usted unas veinticuatro horas aproximadamente. Un intervalo necesario para que pudiéramos adquirir informes bastante completos sobre su personalidad.

—Ah... O sea, que era ayer tarde, cuando saliendo de una editorial donde entregué una traducción, me detuve a contemplar los manejos de un pintor de aceras al cual una muchacha llamó “Leo”. Me llamó la atención un mensaje disimulado en el dibujo. Símbolos georgianos.

—¿Conoce usted el ruso y sus variantes regionales? —preguntó Cora Mornay.

—Mi madre es rusa. Me inscribieron en el registro civil con los siguientes nombres: Alexandro Alexandrovitch Praviel Surkof.

El doctor Mornay miró a su hermana y a la puerta. Ella, abriendo, salió, para cerrar desde fuera.

—Estaremos mejor los dos a solas, Sandro —sonrió el doctor. Hablaba en perfecto ruso—. ¿Qué dedujo del mensaje escrito por Leo en simbolismos georgianos?

—Pensé primeramente en una cita pueril dada a una tal Cora, advirtiéndola que tomase precauciones, por que vigilaba una celosa llamada Nadia, o dicha Nadia era una amiga que cuidaría de proteger la entrevista.

—La primera condición para su futura... normalidad es, no recurrir al trivial disimulo, Sandro. Una pueril cita amorosa no justifica las molestias recíprocas que nos han permitido conocernos. Aludió antes a una segunda teoría.

El doctor Mornay hablaba en tono afectuoso. En excelente ruso caucasiano.

—Mi segunda teoría se basa en que usted, doctor, su enfermera y Leo, forman un terceto dedicado al espionaje. Pero, ¿si debían citar a Cora, para qué un procedimiento tan infantil?

—No abundan por París los que dominen el georgiano. Supongamos que Leo es "nash" (2). Un simpatizante, reclutado entre los intelectuales de largos cabellos y uñas sucias que charlan incansablemente por los cafetines. Leo ya estaba imbuido en la idea de ser espía. A los "nash" les encantan los seudónimos complicados y los fantásticos signos de reconocimiento. Se les enseña que es preferible tomar mil precauciones, a veces innecesarias, antes que suscitar la menor sospecha. Tal atmósfera de conspiración les estimula y les mantiene el fuego sacro del entusiasmo. ¿Comprendido, Sandro?

—Comprendido. Y Cora podía ser la que daba la cita a alguien que sabe leer los mensajes de Leo. Al yo, casualmente, sorprender a Leo en su tarea, resulté ser un elemento perturbador para el buen funcionamiento de su organización, doctor. ¿Realmente doctor?

—Diplomado y en ejercicio. ¿Es usted gregario o cínico?

—Ante una situación como la actual, estoy firmemente convencido de que poseo un cinismo absoluto, sin convencionalismos de ninguna clase. Digamos que mi instinto de conservación anula mi mentalidad burguesa.

—Puede usted serme útil, Alex Praviel —y el doctor Mornay volvió al idioma galo—. Casualmente, como dice, se colocó usted ante un dilema: contra nosotros, suponía y supondrá, su eliminación

automática. Con nosotros podrás seguir su existencia normal, con leves alteraciones que le serán señaladas por algún intermediario.

—Prácticamente expuesto, para que Alex Praviel siga viviendo, Sandro Surkof deberá aparte las traducciones, trabajar horas extras para su organización.

—Exacto.

Sonrió Praviel:

—¿Me obsequiará usted con el “Manual del Perfecto Espía”, doctor?

—Me agrada su buen humor. Es síntoma de que sabe afrontar las situaciones con sensatez. Las misiones que se le encomendarán tienen un nombre: detectar. Le indicarán la pista, y comprobaremos si nuestras sospechas eran ciertas. Su identidad de súbdito francés, honrado traductor y ciudadano de costumbres tranquilas, le hace inmune a las sospechas del servicio adversario.

—Cartas sobre la mesa —invitó Praviel—. Le juro fidelidad, porque no quiero perder la única piel que tengo. Salgo de aquí... y regreso, pero con muy malas intenciones.

—Ignora dónde se halla, Sandro. En un coche particular, saldrá de aquí, adormilado, para ser depositado en su casa. ¿Cómo regresará aquí, si ignora el sitio?

—Deseo demostrarle que juego limpio, porque no me queda más remedio. Pero, ¿quién podrá impedirme que me ponga en contacto con este servicio que usted llama adversario? Concretamente, el “Deuxieme Bureau”, o sea, la Segunda Sección, el departamento del contra espionaje francés.

El doctor André Mornay rebatió secamente:

—Le ruego me considere capacitado para prevenir todas las posibles reacciones de quien, como usted, es reclutado... ¿cómo diríamos?... a la fuerza. No es el primero, ni será el último. Los entusiastas románticos, no nos interesan. Preferimos un elemento como usted: inteligente, sereno, que comprende la situación y aplica un cinismo positivo, sensato. Quincenalmente, percibirá usted tres veces la cantidad que gana mensualmente con sus traducciones.

—El dinero es necesario y ayuda a bien vivir. Pero no basta, doctor.

La voz de André Mornay se hizo insinuante:

—En estas horas de intervalo, reuní una información excelente

sobre usted, Praviel. Encontré el punto que le atará a mi organización. Existe para usted, una vida preciosa. Preciosa en su doble sentido... porque, indiscutiblemente, es muy bonita la señorita Colette Roland.

Las facciones, hasta entonces apacibles, del prisionero, se crisparon.

Sus rasgos adquirieron una dureza sorprendente.

—Mucho cuidado, doctor. Conmigo, puedo tolerarle las bromas por pesadas que sean. Pero cuidado con causarle la menor molestia a Colette.

—De usted, exclusivamente, dependerá. Digamos que la vida o la muerte de su novia, está en sus manos, Praviel. Obedezca ciegamente, no intente hacer averiguaciones que no sean las que le dictemos, y cuando le plazca, la señorita Roland se convertirá en la señora Praviel. En el caso contrario, usted será el autor de lo que ha calificado de “molestias”. Usted será el responsable moral, aunque yo dé la orden de ejecución. Una organización como la nuestra, necesita, desgraciadamente, disponer de una sección de implacables “istrebitels”.

“Istrebitel”, ejecutor, liquidador, exterminador... Fríos asesinos a sueldo, pensó Praviel.

Asintió gravemente:

—Sus dotes de persuasión me han convencido plenamente, doctor. Soy todo suyo.

—Cualquier indiscreción...

—...supondrá la muerte del artista y de su adorada —atajó Praviel ásperamente—. Hemos quedado de acuerdo en que soy un hombre inteligente y cínico. ¿Cuál será de ahora en adelante mi seudónimo?

—Ninguno. Usted sigue siendo el señor Alex Praviel, francés, de profesión traductor. Sólo nosotros sabremos que Sandro Surkof colabora. Pero debo hacerle una última advertencia. Desde ahora, será estrechamente vigilado, naturalmente. No podrá comunicar con nadie, sin que lo sepamos. Todo lo que diga, donde sea, lo sabremos.

—¿Cómo recibiré sus instrucciones?

—Le darán una cita normal. Femenina por lo general. Telefónicamente. No conoce en absoluto a Leo, y si casualmente me

viera a mí o a mi enfermera, tampoco nos ha de conocer. Salvo ser presentados en alguna reunión social. Por cierto, la señorita Colette tiene un amplio círculo de relaciones sociales.

—Déjela afuera —y mordió Praviel las palabras—. Ella debe quedar apartada de este contubernio, o alianza infame, o como se llame. Colette debe quedar apartada por completo.

—Por completo. Pero usted suele acompañarla, ¿no es cierto? Es muy probable que su primera misión consista en asistir a un próximo evento social. Bien, lamentándolo, es obligatorio. Debo inyectarle, Sandro Surkof.

—Usted es el amo.

—Un soporífero suave. Antes de dos horas, habrá vuelto en sí, normalmente, con una agradable sensación de euforia.

(1) Los que se paran a contemplar los numerosos espectáculos callejeros que París ofrece (N. del E.)

(2) El es nuestro. (N. del E.)

CAPÍTULO II

Con una agradable sensación de euforia, Alex Proviel, abriendo los ojos, contempló el techo. Un techo familiar. El de su despacho de trabajo, en la casita de Moulin-Les-Prés, un pueblo distante diez kilómetros de París.

Tendido en su confortable diván, rodeado de sus objetos muy apreciados: las estanterías de libros y diccionarios, la gran mesa con la máquina de escribir y los gaveteros metálicos de tres pisos, los cuadros, el sillón giratorio...

Y otro objeto muy apreciado, pero intermitente en aquel despacho: la “preciosa vida” de Colette Roland, instalada en el sillón giratorio, dedicándole una ojeada poco amable.

Aun con los brazos cruzados, era una monada aquella criatura, pensó Praviel, alisándose el cabello a la vez que se sentaba. Bostezó, sin poderlo reprimir.

—El colmo... El señor está ausente desde anoche, y agotado por turbios placeres en orgías vergonzosas, bosteza groseramente.

Aparentemente frágil, de delicadas facciones, Colette Roland era una “fausse maigre”. Su esbeltez se incurvaba prodigiosamente en los zonas correspondientes. Los ojos, de un azul intenso, completaban su apariencia de muñeca, de blanquísima tez de porcelana.

—Contesta, Alex, por lo menos. Llevo media hora oyendo tus desagradables ronquidos. Te sacudí, pero gruñiste palabrotas no aptas. Dime que estás avergonzado.

—Lo que estoy es hambriento, muchacha. ¿Qué haces tú aquí a estas horas? Es plena noche. ¿Qué dirán los vecinos? No basta con ser decente, sino que hay que aparentarlo.

—Tu vecino más próximo dista media legua, y es un campesino sordo. Indudablemente supiste elegir un sitio bien aislado. Pero debo agradecerte que, por lo menos, en tus orgiásticas acrobacias, no emplees esta choza. Tienes la delicadeza de perderte, de extraviarte por sitios ignorados... Ah, encima el señor se ríe.

—Sin ganas —y se dirigió Praviel a su cocina. De la bien provista alacena, eligió una lata de jamón, abriéndola. Con los dedos, extrajo una loncha y enrollándola, la introdujo en su boca.

—La clásica imagen del hombre bestial y primitivo. Estás groserísimo, Alex.

Masticando ruidosamente, Praviel descorchó un frasco de cerveza. Bebió al gollete, con "glu-glus" ansiosos.

—El señor reaparece como un gato famélico y se diento, tras rondar techos ajenos. ¿Cómo era?

—Morena, con unos rizos ensortijados, unos ojazos de esmeralda y un cuerpazo de maravilla.

—¡Cínico!

Rio Praviel estrepitosamente, proyectando unos trocitos de jamón. Apuró el resto de la botella.

Colette Roland, fruncida la naricita, murmuró:

—Te descubro de pronto bajo un nuevo aspecto, Alex. En la intimidad más brutal, desaseado, sin afeitarse, ojoso... Casi me repugnas, ¿sabes?

—Bueno, mejor que mejor. Así me dejas en paz. Quiero estar a solas, y poner orden en mis pensamientos... A tu casita, nena.

—¡Oh! —y pegó ella un taconazo en el suelo—. ¡El colmo! En vez de presentarme excusas, el señor se insolenta. En vez de hacerme mimos...

—Para mimos estoy, chatunga.

—¡No me llames así! ¡Sabes que me exaspera!

—No me exasperes tú a mí, o te dejo en la estacada —afirmó Praviel, evocando la insinuante voz del doctor: "Una vida preciosa..."

—¿En la estacada? Encima, está ebrio. Eso es: beodo.

—¡Qué beodo, ni qué niño muerto! De mí depende, a partir de ahora, que seas o no, una de las elegidas de los dioses: éstas que mueren muy jóvenes.

Dilatados los ojos, redondeó ella los labios en mohín atónito.

—Deliras, Alex. Creo preferible que me vaya. Mañana, cuando estés sereno, vendrás a presentarme excusas. Veré si las acepto.

—Mañana tengo mucho trabajo. Y pasado, también. Tengo que terminar un mamotreto técnico espantoso...

—¡El colmo! Me echa... Sí, el señor me echa de su cubil como a una criada. Alex, mira que voy a enfadarme de verdad.

—Ojalá. Y vuelve la semana próxima. Quiero estar solo ahora, Nicolasa.

Sabía que citar el nombre de pila, sin el diminutivo, enfurecía a su novia.

—¡Estarás solo toda tu vida, cernícalo! ¡Me voy para siempre!

—Escena final del primer acto del dramón: “Pelotera amorosa”. Bueno, con toda cortesía, te lo suplico, chatuaga: ¡lárgate, Nicolasa! Colette Roland, fulgurantes los ojos, resumió:

—No cabe la menor duda. Estás atrocemente “curda”. Adiós.

Repiquetearon nerviosamente los tacones femeninos, alejándose. Poco después, desde la ventana de su despacho, esperaba Praviel a que el “Jaguar” arrancase.

Colette Roland, tras el volante, parecía titubear.

Por fin, pisó el embrague, y el bólido partió como una exhalación, hacia la capital.

Alex Praviel fue “poniendo orden en sus pensamientos”. Era indudable que cualquier acto suyo, cualquier palabra, estaban ya bajo supervisión.

Solía tomarse las cosas con filosofía, pero en la presente encrucijada, un echo real se imponía: el traductor Praviel tenía forzosamente que encubrir al espía Surkof.

* * *

Tecleaba, absorto en las complicadas fórmulas del tratado de Química. Cuando, por dos veces, equivocó la pulsación de una tecla, alzó las manos, apartándolas del teclado.

Ya tenía su ración completa del día de trabajo. Había llegado al punto en que el cansancio derivaba al agotamiento.

Levantándose, miró al calendario. Tres días habían transcurrido desde que oyó la proposición del doctor.

Tres días con sus noches, sin novedad alguna. Colette seguía enojada. No le había llamado. Era él quien debía dar el paso que condujese a fumar la pipa de la paz.

Mañana, martes, terminada la traducción pendiente, aprovecharía, para después de su entrega, “presentar excusas” a su novia.

La pobre, estaba muy ajena al trágico dilema en que, puesto a elegir, prefirió la solución “cínica”, la solución poco heroica, pero sensata.

Resonó el timbrazo de la puerta de entrada.

Yendo a abrir, miró Praviel la hora: las nueve y veinte de la

noche.

El cristal-mirilla de la puerta, reveló un rostro ceñudo, de cuarentón malhumorado.

Abrió Praviel, y el desconocido avanzó con autoridad. Calado el fieltro oscuro, hundidas las manos en los bolsillos de su canadiense, siguió penetrando por el estrecho pasillo que, a un lado desembocaba en el comedor-cocina y al otro en la alcoba.

Al fondo, entre el despacho y el cuarto de baño, una puerta daba acceso al patio posterior.

—Usted es Alex Praviel, ¿no es cierto? —manifestó el visitante.

Antes que pudiera contestar, vio Praviel la palma diestra abierta tendida hacia él. Un carnet. Una placa engarfiada en la cubierta. Y el retrato del visitante en la hoja visible.

La placa era del Cuerpo de Policía.

—Clement Lambert, inspector —anunció el visitante, que iba recorriendo las habitaciones, abriendo puertas y cerrándolas.

Entró en el despacho y procedió a examinarlo todo, alzando libros, empujando folios, haciendo girar el sillón, mirando detrás de los cuadros, y por fin, deteniéndose junto al cortinaje echado en la ventana, lo recorrió y su diestra tanteó las junturas del marco.

Sentándose en el sillón giratorio, Alex Praviel amontonó ordenadamente los folios mecanografiados.

El inspector Lambert, aproximándose, fue abriendo cajones. Comentó:

—Por lo menos, no es usted charlatán. Otro ya hubiera hecho preguntas.

—Ya habrá tiempo. Además, las preguntas forman parte de su oficio, no del mío.

—Traductor y bien pagado, tengo entendido.

—No me quejo.

El inspector Lambert contemplaba la lámpara del techo. Apagada. La luz procedía de la pantalla sobre la mesa.

Golpeó con los nudillos sobre la mesa y a la vez miró una especie de dije que había llevado todo el tiempo en la zurda.

—Puede que ya se le haya ocurrido a usted, Praviel.

—¿El qué?

—Micrófonos —y mostrando el dije, aclaró—: Es un vibrador. Cualquier sonido que capte el micrófono oculto, repercute en esta

aguja haciéndola oscilar. No ha oscilado y por consiguiente, podemos charlar sin reparo. ¿Leyó bien mi credencial? Hágalo, por favor.

Lambert colocó sobre la mesa, su carnet abierto. Praviel fue examinando la filiación.

"Clement LAMBERT.

"45 años.

"Viudo.

"INSPECTOR.

"Brigada Social".

El índice de Lambert se apoyó bajo unas letras mayúsculas.

"SERVICIO ESPECIAL".

—¿Comprende el significado, Praviel?

—Pues, no. Este carnet le acredita como inspector de policía de la Brigada Social y alude a un "Servicio Especial".

—Relacionado con micrófonos, en parte.

El inspector Lambert fue a sentarse en el diván. Cruzó las piernas, se arrellanó hacia atrás, e invitó:

—Hable tranquilamente, Praviel. Tengo sus antecedentes y demuestran que es intachable... Mejor dicho, que era intachable. Puede que aún sea tiempo y su honorabilidad no haya sufrido empañamiento alguno.

—Sigo siendo intachable y sin empañamiento, inspector. Me ha sorprendido usted con las manos en la masa —y señaló Praviel la máquina de escribir, los folios y el grueso tomo en un atril—. Mañana tengo que entregar esta traducción. Pesadísima, con unos florilegios de fórmulas que entontecen.

—Sus reticencias son lógicas, Praviel. ¿Le ayudo?

—Se lo agradeceré infinitamente.

—La sección de mi Brigada que tiene el apelativo de "Servicio Especial", se dedica a ejercer una discreta vigilancia sobre individuos sospechosos de determinadas actividades. El número de "amateurs", "novatos" y "quintacolumnistas" alistados en cierto servicio, rebasa del cuarto de millón, en Europa. En Francia, calculamos sobre unos veinte mil, el total de estos agentes, y en París, solamente, estipulamos que deben pulular unos cinco mil.

Esperó Lambert una respuesta que no emitió Praviel, que casi temía que el veloz funcionamiento de sus lóbulos cerebrales,

simbólicamente igual al de unas ruedas dentadas, pudiera ser audible.

—Concretamente, muchos de estos sujetos son en rolados entre las más diversas esferas sociales. Oficialidad del Ejército, altos industriales, empleados de Banca... Su profesión de usted es totalmente ajena a cualquier información, puesto que lo que traduce es del dominio corriente, y le es entregado por editoriales. Pero nunca se sabe... Este es el problema principal con el cual se enfrentan los hombres de nuestro servicio. Donde menos se piensa...

—...salta la liebre. Escuche, inspector, admiro su celo que le induce a vislumbrar espías en potencia por doquier, pero como es natural, tengo que desengañarle. Las andanzas de los espías sólo las conozco a través de alguna que otra película.

—En nuestro servicio hay un caso que nunca se ha dado, ni creemos se dará. El del agente enemigo que lo admita desde un principio. Prosiga en la exposición de sus cualidades negativas para dicho cargo.

—Soy hombre de costumbres morigeradas, no experimento la menor atracción hacia el riesgo, y política mente, ya conocerá mi afiliación: soy apolítico por temperamento, y monárquico por devoción familiar, porque mi madre es una ferviente soñadora en el retorno de un rey, sea zar o sea Delfín de Francia.

—Los "Avanpost" no reclutan la mayoría de sus "Iskatel" entre la gente fanática, sino todo lo contrario, en un ochenta por cien de los casos. Seleccionan gente como usted: tranquila, intachable moral y políticamente.

—"Iskatel" lo traduje ya: significa aspirante o candidato en período de prueba. Lo de "Avanpost" escapa de mis luces.

—Puesto avanzado, anillo de espionaje, red organizada con estrategia de ajedrez, generalmente con un director ruso, pero cuya identidad figura como la de un ciudadano nativo de la nación en que actúa, al igual que la de los componentes de su red. Es decir, en su país de origen, podrá llamarse Yuri Marcovich, por ejemplo, pero aquí en Francia será un Yves Martel, muy galo. No vine a instruirle, Praviel, sino a que me instruya.

—Si está en mis cortos alcances, cuente conmigo.

—Su modestia sobra. Ya que insiste en pretender hacerse el ignorante, iremos directamente al asunto: ¿conoce a un pintor

pelirrojo llamado Leonard Gerbois? Suele ensuciar aceras con tizas de color.

—Creo haberle visto actuar, sí, en efecto. El otro día, bajando por el “Boul-Mich”, estuve viéndole pintar una “Madona”.

—Y habló con él.

—Me proponía un precio módico para reproducirla en lienzo.

—Resulta usted un cliente extraño. Un pintor, cuya pantalla es aparentar que anda siempre a la caza de unos francos, le propone una venta. Usted contesta... y él sale huyendo.

—Debió indignarle mi oferta, algo baja, lo reconozco.

—Ya me supuse que tendría usted sus respuestas bien preparadas.

—La verdad sólo tiene una cara.

—No es la suya, en este caso —masculló Lambert—. Un agente mío le siguió. Presenció, sin intervenir, como era usted transportado, previa anestesia. Veinticuatro horas después, aproximadamente, sale usted, nuevamente transportado, y lleva tres días, aquí encerrado, pero con vida. No nos interesa atrapar a dos o tres componentes, sino al director y a la red entera. Usted es ahora nuestro principal eslabón.

—¿Yo? —fingió sorprenderse Praviel.

—Voy a hacerle una proposición que le resolverá la difícil papeleta en que se encuentra, Praviel. No cabe duda de que le han aplicado el procedimiento del chantaje. Es muy usual. Usted, por temor a que sufra daño una persona querida, aceptó obedecer. Es así, ¿no es cierto?

—No es así, ciertamente que no. Dice usted que fui transportado, previa anestesia. ¿A dónde fui transportado?

—Las preguntas las hago yo, si no le importa. Re- flexione, Praviel. Mi servicio le ofrece la plena garantía de que protegerá a la persona que usted quiere amparar. Seguirá aparentemente al servicio del “Avanpost” pero con su ayuda, lograremos capturar a la red entera.

—Confieso que me deja usted estupefacto. Posee una imaginación volcánica, inspector Lambert.

—Niegue que el jueves hacia las siete de la noche, un “istreibitel” o ejecutor, le anestesió, lo introdujo en una furgoneta y lo transportó en contra de su voluntad.

—No me he movido de esta casa, desde el jueves ha cía las siete de la noche.

—Demuéstrelo con testigos.

—Demuéstreme usted lo contrario, con testigos.

Desde hacía unos instantes y, procedente de la entreabierta ventana, algo reptaba por el suelo alfombrado. Algo ondulante, flexible y verdoso, de cabeza plana y triangular.

—¿No acepta entonces la protección que le ofrezco, Praviel?

—No existe motivo alguno para que me protejan ni a mí, ni a nadie que yo pueda querer. Lo siento, inspector Lambert, porque me hubiera complacido proporcionarle la gran alegría de confesarle que soy lo que usted desea, pero rotundamente sólo puedo confesarle una verdad: esta vez, su pista le ha conducido a una mutua pérdida de tiempo: el suyo y el mío.

Clement Lambert abrió su canadiense, y con ambas manos apartó las solapas. Su diestra quedó apoyada en un costado. Sobre una culata.

Su rostro hosco, ostentó una mueca equívoca. Desagradable.

—Tengo que eliminarle, Praviel. A menos que acepte usted colaborar conmigo. Puede ganar mucho dinero... Dígame la localización del sitio al cual fue transportado, y le encaminaré hacia la fortuna. Colabore conmigo, o en caso contrario, me verá obligado a eliminarle.

Alex Praviel contempló serenamente al que seguía con los codos hacia atrás, apoyadas ambas manos sobre los costados, la diestra sobre una automática enfundada entre el cinto y la camisa.

—La intimidación es un arma a la que soy refractario, por lo menos, durante un buen espacio de tiempo, hasta que el miedo me invade. Por ahora, no logra usted atemorizarme, Lambert.

Su cerebro funcionaba a toda marcha, mientras hablaba lo más lentamente posible. No era hombre de acción. Desde su infancia, nunca había peleado.

Hacía un cuarto de hora de gimnasia todas las mañanas. Pero no se hallaba en condiciones de emprender ninguna acción atlética, desarmando a un robusto sujeto empuñando un arma, y con aspecto de saber emplearla con gran pericia.

Recordó de pronto la vez que se le ocurrió que había inventado la “llave defensiva” ideal. Iba a comprobarlo ahora.

El diván estaba a su lado, distando un metro apenas de su mesa. Hacía algún, tiempo que había impreso una leve rotación a su sillón giratorio, para enfrentarse con su interlocutor.

—Reflexione por última vez, Praviel. Colabore conmigo... o me verá obligado a matarle.

La pierna derecha de Praviel se disparó.

La puntera de su zapato chocó de lleno con la espinilla derecha del hombre sentado, que se encogió instintivamente, doblando un poco el busto, llevándose una mano a la arista ósea dolorida.

Un dolor agudo hizo asomar lágrimas a sus ojos.

Con el grueso Tratado de Química en la mano, se levantó Praviel rápidamente, disponiéndose a estrellar lo sobre la cabeza de Lambert.

Permaneció con el volumen en alto, boquiabierto.

En la nuca de Clement Lambert vibraba un objeto.

Un corto silbido había zumbado, procedente de la ventana abierta.

Seguía aún tenso el brazo, cuya mano había lanzado el cuchillo.

El mango del cuchillo era el objeto que dejó de vibrar hincado en la nuca de Clement Lambert, que con lentitud, fue cayendo hacia delante, de bruces, quedando inerte, tendidos los brazos

Abierta la zurda y crispada la diestra en torno a la automática que no había tenido tiempo de disparar.

CAPÍTULO III

Unas largas piernas enfundadas en “téjanos” azules, cabalgaron sucesivamente el antepecho de la ventana, y Leonard Gerbois, el pintor pelirrojo, entró en el despacho.

Cerró la ventana, echando la cortina. Del hombro, llevaba colgante un aparato que parecía una radio de transistores. Fue enrollando un largo tubo verdoso, de Caucho, cuyo extremo metálico y triangular, reposaba en la alfombra, a un lado del diván.

Exhibió el remate triangular, explicando con su voz cavernosa:

—Micrófono. Portable. Deslizante Muy práctico.

Alex Praviel, más que sentarse, se desplomó en su sillón giratorio. Dejando el grueso Tratado de Química, se mesó con ambas manos el abundante cabello castaño.

Miraba fijamente el cadáver cuya nuca era una pulpa escarlata.

Después, apartó la vista, para posarla con incipiente rencor en el pelirrojo, causante de todas sus complicaciones. Con su mensaje en georgiano como inicio y ahora con el alevoso asesinato de un inspector del contraespionaje francés.

—Si espera mis aplausos, debo desilusionarle, Leo. No acostumbro a decorar mi despacho con cadáveres. Es más, es el primer ser humano que veo morir ante mis ojos.

Leonard Gerbois, sentado en el diván, golpeó con la punta de la sandalia un costado del cuerpo tendido.

—Carroña. Cochino traidor.

—Escuche, Leo, haga un esfuerzo y procure hablar sensatamente. Acaba usted de asesinar a un hombre.

—Despreocúpese. Haré desaparecer carroña.

—Gracias por su delicadeza, Leo. El cuchillo es suyo, ¿no? Su actual funda es suya también, por consiguiente. A propósito, lanza usted el cuchillo con un arte que supera al pictórico.

—Entrenamiento especial.

—Voy a intentar razonar, si es que se puede ante la impavidez con la cual asesina a un hombre y expone su intención gentil de librarme del muerto. Supongo que el “Avanpost” no habrá elegido a un lunático demente, que arroja cuchillos como pasatiempo.

—Recibir orden. Cumplir.

—¡No me hable como el jefe indio al explorador blanco! — exclamó Praviel exasperado—. Me saca de quicio su estilo. “Mi querer patatas” “Jefe indio ser filigrana cuchillera”... Aquí no estamos en la jungla, Leo. De buenas a primeras, me ha obsequiado usted con un difunto.

—Clement Lambert querer matarle. Yo intervenir a tiempo —y en los pardos ojos del pelirrojo brillaba una chispa burlona.

Exageraba su "estilo indio" se dijo Praviel. Divirtiéndose en verle irritado y confuso.

—Entonces, deduzco que vino encaminado a una misión bien definida: liquidar al inspector Clement Lambert. Para usted, puede que se trate de un pequeño homicidio corriente y moliente. Pero el asesinato del inspector Lambert nos va a echar encima una jauría de agentes dispuestos a vengarle. Todo el “Servicio Especial” en pleno.

Leonard Gerbois se inclinó, hurgando en los bolsillos de la canadiense. Extrajo el carnet, lo abrió en su palma derecha, y sus facciones adoptaron un aire adusto al decir:

—Inspector Leonard Gerbois, ciudadano. Ojo conmigo y conteste toda la cochina verdad, pronto. Es usted muy cándido, Praviel.

Gerbois asesto otro puntapié en el costado del muerto, y añadió:

—Este era tan policía como yo cartujo. Era un “istrebitel” nuestro.

Alex Praviel volvió a mesarse el cabello, acodándose en la mesa. Trató de reflexionar con sentido común.

Un inspector de policía, que no era tal inspector, sino un ejecutor del “Avanpost” dirigido por el doctor. Y el “istrebitel” Clement Lambert, era eliminado por otro "istrebitel" que en aquellos momentos le contemplaba como apenado ante su falta de poder deductivo.

—Me rindo, Leo. Reconozco que mis facultades mentales se estrellan ante el muro de incongruencias que me aplasta.

—Nuestro taller imprime desde un pase para el circo hasta la credencial de un plenipotenciario. Clement Lambert llevaba dos años en nuestra organización. Esta tarde, el doctor le envió un intermediario para encomendarle una misión elemental que debería usted haber adivinado

—¿Una misión que debería haber adivinado?... Se presenta un

inspector afirmando pertenecer al contraespionaje... Ya, ya comprendo. Usted está afuera escuchando con su aparato. Si yo accedo a colaborar con el "Servicio Especial", ahora el que adornaría la alfombra se ría yo, y no Clement Lambert.

Sonrió el pelirrojo, asintiendo. Pero rectificó.

—Lo que usted replicaba a la proposición de Lambert en su calidad de falso inspector, no me interesaba oír lo, puesto que si usted accede, Lambert me lo hubiera comunicado, y yo le elimino a usted. Esta prueba, consistente en enviar un supuesto agente adversario, se repite con frecuencia. Una prudencia excesiva vale más que una necia confianza.

—Conformes. Sus lecciones son muy instructivas, Leo. Pero sigo en la inopia. Yo estoy vivo, gracias a que rechacé traicionarles. Pero, ¿y este muerto?

Señalando el cuerpo tendido boca abajo sobre la alfombra, añadió Praviel:

—Tengo verdadera curiosidad por saber la causa de la brusca defunción del polifacético Lambert.

—Hace algún tiempo que el doctor sospechaba de él. Lambert empezaba a dar pasos en falso. Indagaba, quería averiguar quién dirigía a los intermediarios. Su pongo que sabrá cómo está distribuida la red de un "Avanpost".

—Ni idea. Tenga presente que soy un párvulo recién aprobado de ingreso en la primaria.

—El director "Z" conoce la identidad de "X 1", "X 2" y "X 3", quienes a su vez le conocen a él. Pero "Y 1", "Y 2", "Y 3", sólo conocen a "X 3"... y así sucesivamente.

—En esta ecuación, Clement Lambert era una "Y 2" que le conocía a usted, "X 3", pero que ignoraba quiénes eran "Z", "Y 1" y "X 2", y deseaba conocer su paradero.

—Averiguarlo le hubiera supuesto una excelente re compensa monetaria, pagada por el "Servicio Especial". Deseaba retirarse de la vida azarosa. Envejecía y su sueño era instalar un café restaurante en un país sudamericano, soleado y de alegre indolencia.

—Comprendo ahora lo que me parecía extraño en un inspector de policía. Ofrecerme dinero para colaborar con él, en averiguación del sitio donde fui transportado. Sin embargo, lo presencié.

—No, no lo presencié. Se lo expliqué, sin citarle, naturalmente, el lugar al cual usted fue trasladado. Tenía que saber algunos detalles, para poder convencerle a usted en su interpretación del agente francés del contraespionaje. Conecté mi audífono, cuando supuse que, siendo usted inteligente, según el doctor, habría rechazado la oferta. Entonces, lo esperado quedó descubierto. Lambert le asustó primero con su herramienta. Le iba a revelar que era un "istreibitel" y que los dos juntos, podrían ganar un dineral, si usted hacía averiguaciones, si usted le revelaba el sitio al cual fue transportado. En caso de negarse, usted estaría ahora a su lado,



El disparo restalló con sequedad de trallazo

El disparo restalló con sequedad de trallazo pero con un plomo de Lambert en el corazón, en vez de una brecha mía en el pescuezo. Resonó el timbrazo de la puerta de entrada. Praviel se puso en pie de un salto. Leonard Gerbois levantándose

elásticamente, dijo:

—Eche a quien sea. Vaya.

—Supongamos que esta vez es un inspector legítimo —murmuró Praviel.

—Vaya. Compruebe. Retenga.

Ya volvía a su estilo de telegrama, meditó Praviel, abandonando el fúnebre despacho. No servía de nada indignarse. Como decía el estoico: “La cicuta está ser vida. Debes beberla sonriente”.

Encogió el cuello al reconocer la deliciosa figura que transparentaba la mirilla. Entreabrió, colocando el pie como cuña de contención.

Colette Roland, muy serio el semblante, manifestó dignamente:

—Tuve que venir, porque proyecto salir de viaje. Lejos.

—Magnífico, magnífico —aprobó Praviel con entusiasmo—. Muy lejos, ¿eh? Hay unas islas, casi deshabitadas, allá por el Mar de la India, que resultan difícilísimas de localizar.

Ella empujaba, pero la puerta no cedía.

—¡Alex! Además de grosero, eres un cobarde. Sí, un infame cobarde.

—Nunca he presumido de arrojo y temeridad, pero, en fin, tanto como cobarde, no sé a qué viene este calificativo.

—Un canalla que tiene una cita amorosa y clandestina, debe por lo menos tener el valor de reconocerlo y ceder el paso.

—Una cita amorosa, ¿eh? —rio Praviel nerviosamente—. Escucha, mi vida; en estos momentos, estoy atareadísimo. Ya te dije que tengo que terminar un mamotreto escalofriante... Eso es, escalofriante.

—El viernes estabas beodo, pero no defendías tu puerta, abusando de tu física superioridad. No temas, no le arrancaré las greñas a tu Dulcinea pueblerina. Será seguramente alguna zafia criaducha vestida de negro, que cuadrará con la animalidad de que diste pruebas el viernes.

—No hay marmotas enlutadas ni nada semejante.

—Ya comprendo ahora por qué el señor se pasa días y noches enclaustrado aquí. Recibe visitas. Un don Juan de pueblo. Me das pena y asco, Alex.

—Estupendo y que perdure el asco, por lo menos una quincena. Bien, ¿no dijiste que te ibas de viaje? A la vuelta, discutiremos —

prometió Praviel.

La actitud de Colette cambió por completo. Dejó de ser la novia irascible, celosa y agresiva. Su rostro aniñado, acentuó su pueril congoja.

“Una cría que va a llorar, porque le estoy pateando la muñeca preferida”, pensó Praviel.

—No hay derecho, Alex. Yo que te quería tanto... Me humillas con sádica complacencia. Me haces mucho daño, de veras.

Un lagrimón formó su perla en el borde de las largas pestañas.

Alex Praviel abrió la puerta del todo, y, alzando la voz, exclamó:

—¡Adelante, cariño! Ya que insistes, soy tu esclavo.

Colette Roland, fruncido el ceño, convertida de nuevo en fierecilla, corrió pasillo adelante. Entró en tromba en el dormitorio.

Respiró Praviel aliviado, precipitándose tras ella. Cubrió con su humanidad la salida, cruzando los brazos.

—Soy un soltero, fiel a una sola imagen: la tuya, muchacha. Has podido comprobar que mi virginal alcoba sigue siendo virginal.

Meditando en el medio adecuado para ahuyentarla, musitó:

—Aquí dentro me siento todo conyugal, Colette. Así de perfil, como la figura de proa de una nao, me tientas. La noche, nuestra soledad, todo es propicio. Enciendes en mí la pasión siempre latente.

Colette Roland rió suavemente:

—Eres un payaso simpático cuando quieres, Alex. Anda, apártate.

Tenía que lograr que se fuese directamente a la calle, pensó. Abrió los brazos, procurando expresar una intención lasciva, y avanzó dispuesto a estrujar en un abrazo que la asustase, incitándola a huir.

Rodeó el flexible talle con sus brazos, inclinando el rostro y avanzados los labios. El contacto corporal le hizo olvidar su propósito fingido, que pasaba a ser muy real.

Sus labios rozaban ya los femeninos, cuando soltó una imprecación.

Empezó a saltar sobre una pierna, sujetándose la espinilla derecha entre ambas manos.

—¡ Ya está! —masculló lloroso—. No la inventé yo. Fuiste tú el que me explicaste esta “llave defensiva”, maldita sea.

En el umbral, arreglándose el ancho cinto, sonrió ella dulcemente:

—Estabas muy impetuoso, amor mío. Nada de retozos conyugales hasta que no haya sonado la “Marcha Nupcial”. En tu alcoba eres un verdadero troglodita. Resultas la mar de simpático dando estos saltitos de grulla. Ya te lo dije. Es un arma infalible.

Soplando, Praviel se limpió las pestañas con el dorso de la manga de su cazadora de trabajo. Resopló.

Su novia penetraba en el despacho.

Se aproximó lentamente, resignado, y entrando miró directamente al suelo, hacia la alfombra, al pie del diván.

Vio los lindos piecitos femeninos, en su estuche de piel negra. Zapatos de alevosa puntera.

Leo era un hombre expeditivo. “Se había llevado la carroña”, tal como prometió. La ventana estaba abierta. Fue a cerrarla.

Y al sentarse en el sillón giratorio, adoptó un tono sentencioso:

—Tus celos son aduladores, pero encocoran, muchacha.

—Entonces, ¿a qué venía empujar la puerta en sentido contrario al cortés y normal, eh? Ni que escondieras un cadáver.

Se mordió Praviel el labio inferior.

Sobre el tejido azul oscuro de la alfombra había un brillo de rubíes.

Exactamente en el sitio donde Clement Lambert había apoyado la cabeza, a la fuerza.

Señaló Praviel su máquina de escribir.

—Muchacha, mañana nos veremos tranquilamente. Tengo que terminar este trabajo. Ya sabes que tengo fama de puntual, esmerado y concienzudo.

Levantándose, vino ella a sentarse en una esquina de la mesa. Cruzó las piernas, y la gasa gris-oscuro pasó a ser negrísima, más arriba de la rodilla, con transparencias nacaradas.

“Negro estuche de encajes sobre nata pura”, se dijo Praviel, encandilado.

—¿A qué hora vienes a buscarme mañana, Alex?

—Eres cruel, muchacha. Y perversa. Sabes que me alborota la sangre el color negro.

Fingió ella asombrarse. La falda se alzó un poco más.

—¡Huy, qué gustos más tétricos tiene mi nene! De bes ser un

“lutófilo”. Dice Germaine, ya sabes, la hermana de Jean-Claude, el campeón de tenis, que los hombres que se sienten atraídos por el color negro, son unos rijosos “lutófilos”. Si vivieses en el Congo, acababas con una anemia galopante.

—No son las negras las que me gustan, sino el color éste...

Saltó ella ágilmente de la mesa. La diestra de Praviel resonó huecamente sobre la mesa, fallando su objetivo por una fracción de segundo.

—Eres un verdadero pitecántropo, amor mío —sonrió ella—. ¿Cuándo nos casamos, besuguín?

—Ya te dije que no soy un cazadotes. Estoy ahorrando como un judío polaco. ¿Por qué crees que llevo encarcelado aquí desde hace dos años? Amontonando perra sobre perra, para poder presentarme ante el muy ricachón de tu “papi”, y decirle: “Suegro Roland, tengo mis arras y vengo a negociar la adquisición de su blanquísima retoña Colette”.

—Aparte de ser un poeta romántico, eres un honrado productor. Ganas un sueldo mensual potable, y ya basta de avaricias. Ya es hora de que mi papi te dé el visto bueno como yerno. El invierno se aproxima, y con el frío que hace, tú y yo juntitos en nuestro nido, te prometo que gastarás poco en calefacción.

Se levantó Praviel, relucientes las pupilas. Ella retrocedió hacia la salida.

—¡A trabajar, Alex! ¿A qué hora nos vemos mañana?

—A las cinco, en el “Coupole”.

Siguiéndola por el pasillo, añadió:

—¿No te ibas de viaje?

—Un día de éstos, desapareceré, y entonces llorarás a moco tendido. Hasta mañana, mi hombre. Te tengo incrustado en la piel, en la sangre y en el alma.

En la puerta, meditó Praviel que aquella chiquilla era la clásica “snoo” parisiense. Expresiones barriobajeras alternando con cursilerías. Pero era un encanto.

En su despacho, se mesó el cabello. Recordaba la primera frase de la reciente despedida.

“Un día de estos, desapareceré, y entonces llorarás”...

CAPÍTULO IV

En la editorial, esperaba el recibo para pasar por Caja, cuando el recepcionista le tendió el teléfono:

—Preguntan por usted

Por el auricular, oyó una voz femenina:

—¿Alex Praviel?

—Yo mismo. ¿Quién habla?

—A las cinco menos cuarto en punto adquiera una localidad del primer piso, en el cine “Cluny”. La entrega a la acomodadora número 6. Sólo a ella. No comunique con nadie a partir de ahora.

Colgaron, sin esperar su respuesta.

Praviel, devolviendo el teléfono, puso cara de fastidio.

El recepcionista sonrió:

—¿Una novia que le controla a distancia, señor Praviel?

—Podemos llamarlo, en efecto, un control remoto.

En la calle, pensó que iba a pasar por delante del “Coupole”. Podía dejarle aviso a un camarero de que le comunicase a la señorita Roland...

“No comunique con nadie a partir de ahora”, había sido la orden perentoria.

Procuraría acabar cuanto antes con el "intermediario" del cine. ¿Qué instrucciones iba a recibir?

La acomodadora número 6 parecía una matrona inofensiva. Examinó la localidad, y, mirando a Praviel, susurró:

—Sígame, señor.

El haz de luz fue barriendo la alfombra lateral del primer piso. Un semiarco de palcos. Antiguo teatro con vertido en cine, el “Cluny” conservaba los palcos, muy solicitados por las parejas.

La linterna iluminó el suelo del palco. Un escalón, cuatro sillas en dos hileras. En una silla de la segunda hilera, una silueta negra, de espaldas. Se apagó la linterna al acercarse la puerta.

Alex Praviel se sentó a tientos en la silla al lado de la ocupada por la silueta negra. Sus ojos no estaban aún acostumbrados a la penumbra.

Miró hacia la pantalla.

Jayne Mansfield hacía una exhibición de sus talentos naturales y gemelos. Un actor inglés la contemplaba con expresión de carnero degollado. Jayne hizo un escorzo que pretendía ser insinuante y el público rió. Aquella tosca vampiresa chocaba con el refinado gusto parisiense. Miró Praviel a la silueta vecina en el palco. Un turbante negro, una blusa blanca, un sastre negro, rodillas enlutadas, manos blanquísimas cruzadas en el regazo sobre un bolso.

Un perfil sensual, de rasgos macizos y labios gruesos. Un destello verde se posó en su semblante. “La enfermera” del doctor.

Cora Mornay musitó:

—¿Sorprendido?

—Seducido. El negro la favorece mucho. Es mi color preferido.

—Nos consta —bisbiseó ella.

Hablaban muy cercanos los rostros. El diálogo de la película era en versión original. En aquel momento, una persecución entre dos coches, llenaba la sala de chirridos, frenazos y metálicos estridores.

Los labios femeninos rozaron la oreja masculina:

—Procuramos obtener la información más completa posible sobre nuestros auxiliares. En el pueblo don de reside, le consideran un excéntrico solitario, casi huraño, con una debilidad. Se le van los ojos tras las mujeres enlutadas.

—Debo ser “lutófilo”. No me diga que para complacerme se vistió de negro.

—Soy viuda.

—Ah... Claro, dada su profesión, su marido duró poco.

Aquel roce constante, en el vaivén de rostros, empezaba a enardecerle. Tuvo que recordar que aquella mujer se valía de un chantaje canallesco para someterle. Se enfrió.

—Mi marido siempre ignoró mis actividades. Se extinguió dulcemente, en la cama.

—¿Agotado? Perdón... Mi novia me espera a las cinco.

—Ella le quiere mucho. Esperará. Nos consta que es una niña mimada, acostumbrada siempre a obtener lo que desea, y usted la tiene cautivada.

—Le agradeceré que la deje aparte de nuestro contubernio.

—Fea palabra.

Los labios húmedos resultaban tentadores en su viaje de ida y vuelta. Los ojos verdes destilaban perfidia, sabiduría... y cierto

desprecio.

—La palabra será fea, pero califica exactamente la alianza con malos fines y que no es voluntaria por mi parte, doctora.

—¿Doctora? —sonrió ella.

En la pantalla, Jayne se desmelenaba, forcejeando con un agresivo "gángster", que furioso, rasgaba su blusa. El torso apareció en todo su esplendor titilante.

Alex Praviel se relamió incontinentemente. La diestra femenina se posó en su rodilla, presionando.

El brazo derecho de Praviel se apoyó en el respaldo de la silla vecina.

—Présteme atención, Praviel. Su novia ha recibido una invitación para asistir esta noche a la fiesta que se celebra en la tienda de Nina Delorme. Usted ha de asistir, acompañándola.

—¿Sabe una cosa, doctora? Siento impulsos desordenados.

—Reprímalos conmigo. No se confunda.

—No son varoniles. Son mezquinos, pero apropiados a su estilo. El jueves..., el viernes, mejor dicho, aludió usted a una muerte entre atroces convulsiones. Supongamos que arme un escándalo. Se encienden las luces, acuden gendarmes y vamos a la comisaría más cercana. Declaro quién es usted. ¿Qué opina, doctora?

—Suponiendo que pudiera usted razonar sensatamente al llegar los gendarmes, condenaba usted a muerte a su novia. ¿Lo olvidó?

Retiró Praviel el brazo del respaldo y crispó los puños entre sus rodillas. En el regazo femenino, el bolso estaba abierto.

—No empleo armas de fuego, Praviel. Sentirá un pinchazo agudo. Un chorro turbio invadirá su cerebro... Un loco desconocido, que quiso propasarse conmigo. Y con el testimonio de la acomodadora, declararé que deseo estar a solas en los espectáculos, para evitarme incidentes de esta índole.

—Me dan ganas de escupir, doctora. Una mujer bonita con un alma tan monstruosa, es penoso. Entonces, esta noche asistiré a una "gala" social.

—Nina Delorme reúne un círculo selecto de clientas. Una "gala" con presentación de modelos de noche y pieles. Abundarán las hipocresías distinguidas, los venenos almibarados y los chismes. Lo corriente en estas reuniones,

—¿Qué chismes debo captar?

—Podrá parecerle absurdo, tal vez.

—Lo absurdo ha pasado a ser lo normal para mí desde que tuve el gran disgusto de conocerla.

—Soy tan refractaria a los insultos como a las súplicas. Recuérdelo por si acaso. En la reunión de Nina Delorme, una modelo alta y morena, de ojos achinados, naturales, sin maquillaje, apodada Zezé, porque cecea, exhibirá pieles. Si alguna de las pieles lleva un aplique de joyas, creación de Nina, usted debe fotografiar el aplique, que puede ser un broche en forma de lanceta, hoja o cualquier objeto similar.

Del bolso extrajo Cora Mornay una minúscula cámara. La colocó entre las manos da Praviel. Dijo él:

—Tengo entendido que en estas exhibiciones desconfían de los posibles... espías comerciales, que copian para otros figurinistas.

—El novio de Colette Roland está por encima de toda sospecha. Esta cámara "Minolta" cabe en su bolsillo superior. Tiene un engarce que le permite colocar el lente en el ojal de la solapa. Le basta presionar en el momento adecuado.

—¿Cómo me cercioro de que fotografío el aplique? No puedo adherirme a Zezé... y menos con mi novia delante.

—Sugiera a su novia que vea la piel de cerca. Es sencillo. Demostró usted tener nervios bien aplomados, Praviel. Y no puede fallar, recuérdelo. Esta cámara la dejará en el buzón de su casa al llegar. Nada más. Muy buenas tardes.

—Tal vez me hubiera agradado conocerla en otras circunstancias, doctora.

—Posiblemente a mí también. El tiempo es el mejor cicatrizante. Hoy me odia. Mañana, ¿quién sabe?

Levantándose, recordó Praviel el título que una vez atrajo su atención: "Bailaré sobre tu tumba". Esto es lo que deseaba hacer algún día, sobre la lápida de la viuda "doctora".

Saliendo del palco, pestañeó repentinamente inquieto. Volvió a entrar. Cora Mornay le miró interrogante. Se inclinó sobre ella:

—Mi novia, hablando con la acomodadora número 6.

—Quédese aquí. Es una contingencia prevista.

Cora Mornay abandonó el palco. Por el corredor, vio a la acomodadora número 6 abriendo un palco. Colette Roland se asomaba al interior.

Pasó Cora Mornay de largo.

La acomodadora murmuró:

—Señorita... ¿Dijo usted un joven alto, vestido de gris, con un “Loden” gris oscuro? Ya recuerdo. Venga conmigo, por favor.

Sentado, mirando sin verla, a Jayne Mansfield que ahora desafiaba las iras de otro “gángster”, Alex Praviel pensaba que tenía que hallar una solución al problema primordial: evitar el peligro en que Colette se iba deslizándose, ignorándolo.

Cuando su novia se sentó a su lado, murmuró Praviel:

—Perdón, caballero. ¿Qué hora es? Se me paró el reloj.

—¡El colmo! ¡Qué vergüenza! Está el señor tan abstraído con la nodriza de la pantalla, que confunde los sexos, ahora.

—Pero, ¿qué haces tú aquí?

—¿Y tú?

—Salí de la editorial a las cuatro y pico. Para hacer tiempo, puesto que nos citamos a las seis...

—¡A las cinco!

—Si chillas, nos van a echar, muchacha. Además, esta cinta no es para menores de edad. Vámonos.

En el pasillo, asiéndose del brazo masculino, contenta en el fondo, porque no lo había sorprendido en ninguna cita clandestina, expuso ella:

—Figúrate que Gaby, la cuñada de Joel, el finalista del torneo de bridge mundial, te vio pasar y entrar en este cine. Me tropecé con ella y me dice con toda inocencia...

—...Y con una mala baba de semifinalista de trofeo de comadres: “Acabo de ver a tu novio infiltrarse en el cine. Yo en tu lugar...” Eso de espiar es muy feo. Les tengo una ojeriza espantosa a los espías, nena. Palabra.

En la calle, protestó ella:

—¿Espía, yo? Tan espía como puedas serlo tú, cariño. Por mí, eres muy libre de hacer lo que quieras.

Ella hablaba incesantemente, declarándose inmune a los celos, una enfermedad de retrógrados.

Praviel trataba de encontrar el procedimiento para llevarla a la “gala” de Nina Delorme, sin despertar sus sospechas. Podía ella creerse que estaba interesado en alguna maniquí.

—He pensado que podríamos ir a cenar y luego a cualquier

espectáculo. Dedícame esta noche, Colette.

—¡Qué pena! Precisamente esta noche... Invítame a un plato de nata con fresas, tormento.

Sentados en la acogedora banqueta en herradura del “Matheiu”, añadió ella:

—La nata con fresas me tiene loca, cariño. Dicen que engorda.

—No despistes. ¿Con quién te has de ver esta noche?

—¡Huy, el cavernícola celoso! —sonrió ella halagada—. No me he de ver con nadie más que contigo, tontín.

—A veces eres de un cursi que espeluzna, hija mía. Seré todo lo tontín que tú quieras, pero aclara.

—Nata con fresas —pidió ella al camarero—. Lo mismo para el señor. Esta noche tengo que ir a una reunión aburridísima. Pero acudirán las Dutoupé y las Vantrop y no puedo faltar. Es a las ocho, hay una cena fría, y podrías venir, pero te aburrirás de miedo.

—Contigo rondando, imposible.

La “Boutique Nina Delorme” ocupaba las dos plantas bajas de un antiguo edificio, cargado de historia, cerca del Louvre. Pielés, vestidos y joyas con la “griffe” (3) de Nina Delorme, estaban de moda.

Alex Praviel fue comprobando que, como en toda reunión social, ocurría lo mismo siempre. Le iban presentando a personas, cuyos nombres apenas oía, y con quienes intercambiaban sonrisas amables.

En torno al “buffet” se congregaban grupos. Bebían mucho y apenas probaban las exquisiteces gastronómicas expuestas con arte.

Nina Delorme, la dueña de casa, disimulaba perfectamente su cincuentena cumplida con creces, gracias a una esbeltez bien vestida y un sabio maquillaje.

Colette iba de grupo en grupo, intercambiando comentarios cuya frivolidad admiraba a Praviel. Era un arte saber conversar así. No decir nada y hablar mucho.

Después de presentarle, y alejándose hacia otro grupo, trazaba ella los “retratos”.

—Este que acaba de hacerme una reverencia imperial, es Gaston Marlou. Un tarugo.

—Pues lo disimula bien. Parece un hombre normal.

—Pesado, necio y soso. Aquella rubia tan sobresaliente a proa y

popa, es Leda Frisson, la “estrellita” de moda. Un calabacín con “chassis” de lujo. La morena que esta a su lado es Nadia Lenclos.

...“CUIDADO NADIA VIGILA”...

—¿Nadia? ¿Es rusa?

—Como yo soy nipona, besuguín. Nació en los arrabales, prosperó porque es endiabladamente lista y se llama Nadia como podría haber elegido Chuchú.

Nadia Lenclos poseía unos ojos grises muy atractivos, además de una figura estilizada, distinguida. Fumaba en larga boquilla de ámbar, sin afectación, como si aquel adminículo fuera una prolongación de su anatomía.

—¡Ahí está Michel! —exclamó Colette, tirando de la mano de su novio—. Michel Legars. Aquel del gorro de astracán. Interesante, ¿eh?

Indudablemente, el hombre que ella señalaba con el mentón, no podía pasar inadvertido, ni siquiera en aquel conglomerado de gente llamativa.

Alto, flaco y rondando los cuarenta, Michel Legars cubría su monda cabeza con una especie de bonete de negro astracán.

Un blanco pañuelo de seda al cuello, camisa de terciopelo verde, larga chaqueta de piel negra, pantalón de pana color granate, y unos zapatos de piel de lagarto, componían su atuendo.

Llevaba gafas oscuras, solares, y en su tez bronceada, resaltaba la rubia barba rizada, en collar de marino holandés. Ocupaba el centro de un grupo que le escuchaba con irónica atención.

Colette, al irse aproximando, murmuró:

—Es un genio. Dirigió “Un nocturno de Petrograd” y escribe sus guiones.

—Así todo queda en casa —aprobó Praviel.

Michel Legars hablaba pausadamente, con voz bien timbrada:

—...Ahí tenemos lo chocante, lo anormal. La normalidad de quienes se obstinan en creer en un futuro. Este será el tema de mi próxima película. Presentar la cura de la gente normal, que trabaja, se afana, hace proyectos y es feliz, mientras nosotros, los que meditamos a ras del suelo, sufrimos mil muertes antes de morir, por aprensión al Gran Estallido final... ¡Buenas noches, Colette, adorable ninfa!

Michel Legars se abrió paso y vino a inclinarse sobre la mano

que tendía Colette:

—Mi novio, Alex Praviel, un talento que despista. Michel Legars, un talento que abruma.

El apretón de manos del director-guionista era blando y viscoso.

Una otoñal extravagante atrajo por un codo a Colette y se enzarzaron en charla confidencial, puntuada con risitas escandalizadas.

Comentó Legars:

—Le envidio, Praviel. Entre toda esta tribu sofisticada ha sabido elegir un ejemplar todavía puro. Colette es aún ingenua; no la ha adulterado todavía el roce con seres minados por el fastidio de vivir sin ilusiones y por el tedio del escepticismo. Pero, desgraciadamente, sucumbirá al influjo del peor drama humano: la pureza nativa corrompiéndose paulatinamente por el contacto con la vida. No, no soy calvo. Me afeito el cráneo para darme una personalidad. Su expresión es elocuente, Praviel. La de un hombre natural ante un fenómeno de feria.

—Admiro su prestancia..., su aplomo, de veras.

—Sin extravagancias, de las cuales íntimamente me horripilo, sería un Legars corriente. Escarbándome las meninges en busca de detonancias, me fabriqué un personaje. Un Legars normal no podría pedir sumas exorbitantes para producir “mensajes” de minoría.

La estrellita de moda, “el calabacín con chasis de lujo”, Leda Frisson, vino a acariciar la mejilla de Legars.

—¿Cuándo me complacerá, Michel? Sigo esperando día y noche.

Y se alejó, en contoneo ondulante. Rió Legars:

—Evitemos interpretaciones normales, Praviel. Esta jovencita quiere que convierta su “sexy” en arte.

Gaston Marlou, “el tarugo”, con un vaso de whisky en la diestra, se aproximó, interviniendo:

—Leda es el ensueño prefabricado para hombres de todas las edades, desde colegiales a académicos vetustos.

—Porque las pupilas masculinas no saben ver sino lo evidente, lo que resalta, lo chabacano. Prefiero mil veces a Nadia. Tiene “esprit”...

Vino Colette a rescatar a Praviel. Iba a empezar la exhibición y en la pasarela, las modelos desfilaron con su profesional soltura. Apareció Zezé; alta, angulosa, de rostro asiático, y con la fría

indiferencia desdeñosa de su oficio, lucía un vestido de noche que parecía hecho de escamas y burbujas.

En su tercera aparición, sobre un suntuoso abrigo de pieles, destellaba un broche que semejaba el despliegue de dos alas.

—Oye, qué piel más rara —susurró Praviel—. Parece marta.

Citó este ejemplar por dar un nombre, ya que no tenía la menor idea de las procedencias zoológicas de las pieles exhibidas. Rio Colette:

—Es sibilina, ignorante. Me gusta mucho y le voy a pegar un susto a papaíto, cuando le presenten la dolorosa —y Colette agitó su bolso.

Zezé, tras descender los escalones finales de la pasarela, hacía su recorrido ritual entre los grupos. Se detuvo ante Colette, dando una vuelta sobre sí misma, adoptando varias posturas, y avalorando el abrigo.

Praviel llevaba unos instantes, asiéndose la solapa derecha. Presionó el disparador y a la vez decidió que aquella iba a ser la primera y última vez que Colette sirviese de inocente pantalla a los manejos del espía Surkof.

Sin gran esfuerzo, Sandro Surkof acababa de hacer su debut. Eran las once de la noche cuando abandonó la tienda de Nina Delorme.

A las onces y media, dejó la cámara “Minolta” en el buzón de la verja. Subió los tres peldaños, abrió su puerta y colgó el abrigo en la percha.

Permaneció con las manos en alto. Su reloj marcaba las once y treinta y dos. Entre sus dorsales, se hincaba un objeto cilíndrico. Una voz autoritaria le recomendó:

—Tranquilidad y buenos modales, profesor.

El objeto metálico se hincó más en su columna vertebral.

—Es un petardo lo que le acaricia el lomo. Se dispara de pronto, porque soy muy nervioso. ¿Entendido, profesor? Camine hacia su despacho.

El cañón del revólver o pistola, le iba empujando hacia delante. Obedeció Praviel.

(3) La “garra”, la firma de una figurinista famosa. (N. del E.)

CAPÍTULO V

En el despacho, tras encender la luz central, preguntó Praviel, sin volverse:

—¿Qué más debo hacer ahora?

—Sentarse quietecito donde le pueda ver bien, profesor. En el diván.

Se sentó Praviel en el diván.

Pudo examinar al nuevo intruso. Un hombretón de anchas espaldas, rostro melancólico de meridional, pelo muy negro como los ojos, nariz larga y frente estrecha.

Fue o era un luchador de catch, pensó Praviel.

El atleta se sentó en el sillón giratorio. Vestía elegantemente, con rebuscamiento y en su zarpa, el revólver parecía de juguete.

—Dicen que soy bruto y bestial, pero sólo cuando me obligan a sacar a relucir mis malos instintos, profesor.

—Hay un error, amigo.

—¿Amigo, de qué?

Chulo y con acento italiano.

—No soy profesor en nada. Pero al otro extremo del pueblo vive un profesor que da clases de solfeo. Seguramente se habrá usted confundido de número.

El visitante se incorporó a medias, agachando la cabeza. Un búfalo dispuesto a embestir, pensó Praviel, que a su vez, se dispuso a preparar la “llave defensiva”, única que por el momento, conocía.

El meridional volvió a sentarse.

—Te crees gracioso, pero maldita la gracia que me haces, profesor. Anda, vas a ser buen chico y empieza por vaciar tus bolsillos. Echa todo en el suelo. ¿Oíste bien? En el suelo. Intenta cualquier monería y te parto la cara.

Cruzó Praviel los brazos. Todavía no funcionaban sus glándulas endocrinas.

—Dime lo que buscas y te lo daré, si es que me da la gana, amigo.

—Bravucón, ¿eh? y el corso rio con mueca dolorida, avinagrada

—. No me llames amigo porque los sabihondos como tú me dan

asquito. Llámame Orsini.

—¿Orsini? Anda, si te conozco, amigo. El año pasado, cuando luchaste con un armenio muy animal, lo superaste con creces. Tú eres Floro Orsini.

Complacido, asintió el luchador, comentando:

—Dejé la lucha hace ya meses.

—¿Te produce más atracar a domicilio?

Floro Orsini repitió su gesto peculiar. Medía incorporación, avance de torso y agachamiento de cabeza.

Alex Praviel afianzó más su tacón izquierdo, para poder imprimir mayor ímpetu a su puntera derecha.

El ex luchador volvió a sentarse. Dijo desdeñoso:

—Te permito que vayas sumando puntos a tu favor. Cuando tenga lo que he venido a buscar, te administraré una paliza. Pero una paliza especial. Te garantizo un par de meses de clínica por lo menos, y la casi certeza de que quedarás hecho un guiñapo cretino. ¿Sabes lo que es un cretino?

—Te mido y me basta, Floro. Eres un ejemplar gráfico, elocuente y sobrante, de cretino purísimo.

Jadeó levemente el corso, entornando los párpados. Su rostro adquirió una expresión cruel, de refocilamiento anticipado. Masculló:

—Te veo venir, profesor. Buscas encolerizarme, pero no muerdo el anzuelo. Te vapulearé en el debido momento. Primero, al asunto. Dame ya la maquinita.

—¿La de afeitar? ¿O la de moler el café?

Floro Orsini se puso en pie, parsimoniosamente. Empuñando el revólver en forma rara, por el cañón. Dio un paso y anunció:

—Te voy a limar los incisivos, profesor.

—Lo que me vas a limar será un callo, Floro.

Praviel tenía la diestra hundida en el bolsillo de su chaqueta. Tensaba el tejido con el índice.

El ex luchador se detuvo, asestando una mirada pensativa al bolsillo hinchado. Retrocediendo, fue a sentarse.

Alex Praviel sonrió:

—Debe sentarte como un giro esto de que el conejo encañone al cazador.

Floro Orsini hizo girar el revólver en torno a su índice,

introducido en el portagatillos a modo de eje. Expuso amablemente:

—Te sorprendieron manejando, con mucho disimula, la maquinita de retratar. Y no eres un copiador de modelos porque fuiste a fijarte precisamente en algo que no debías.

—¿Qué era?

—No te hagas el listo. Allá no podían armar escándalos. Hace mal efecto en estas francachelas finas, ¿te das cuenta? Saliste con una damisela remilgada que te trajo hasta aquí en su “Jaguar”. Me anticipé y podemos arreglar la cosa por las buenas. Me das la cámara, nos estrechamos la mano y tan amigos.

—Te doy la cámara, te doy la mano, y me darías la paliza padre, si pudieras pillarme desprevenido. Llevo unos días muy suspicaz. Deja tu herramienta sobre la mesa, Floro. Vamos, no lo pienses más.

El índice derecho de Praviel aumentó su presión, desde dentro, en la tela del bolsillo.

—Debí cachearte —opinó el corso—. Pero me dijeron que eras un inofensivo aficionado, no un profesional. Además, allá en la sala, alguien te rozó lo suficiente para comprobar que no llevabas armas. Eres astuto, profesor. Anda, saca ya la mano. El truco del dedo tieso está bueno para novatillos, no para mí.

Floro Orsini dejó de describir molinetes. Su palma chasqueó al empalmar prietamente la culata, y el cañón apuntó rectamente al rostro de Praviel.

—Saca las dos manos, profesor, o te taladro la se sera. Ya perdí demasiado tiempo contigo. Contaré solamente hasta tres. La orden recibida fue la de inutilizarte por una temporada, pero con carta blanca. Es decir, en el caso de ponerte remolón, suprimirte. Cuento hasta tres, y al cuarto segundo te vuela el seso... Uno... Dos...

El estampido resonó hueco, con sequedad de trallazo muy cercano.

Alex Praviel cerró los ojos. Un abundante sudor inundó su nuca.

Había oído perfectamente el impacto contra carne. Y un gemido. ¿Había gemido? ¿Dónde se alojaba la bala?

Los ex combatientes decían que se tardan minutos en percibir las heridas de bala. Que el calor del impacto adormece la sensibilidad, momentáneamente...

Parpadeó y abrió por completo los párpados, casi desorbitándose.

Floro Orsini besaba la mesa. Tendidos los dos brazos ante él.

Su revólver estaba en la alfombra.

En el umbral del despacho se perfilaba una alta y extraña figura.

Vestía un anorak gris plumizo, con capucha, un pantalón de esquí negro, ceñido al tobillo, y calzaba unas botas pardas con gruesa suela de crepé.

Encima del lazo de cierre del anorak, un rostro impresionante, se tensaba como petrificado, sin movilidad.

Achatado, de facciones planas, con una estrecha rendija pupilar, negrísima. La lividez de cera del semblante hacía resaltar más la delgadísima línea roja de los labios y el crespo cabello negro que ceñía el cráneo como un casco.

La diestra, enguantada de gris oscuro, sostenía un revólver, provisto su cañón de un largo tubo en espiral.

El inquietante sujeto avanzó, y parándose ante Praviel, se guardó el arma en el profundo bolsillo del anorak. Bajó un poco la manga, volviendo la muñeca de recha hacia arriba.

Parecía mirar la hora, pero mostraba una rara esfera.

Plateada, con agujas horarias, pero sin números. Sólo con tres letras fosforescentes que ocupaban el lugar de las doce, del centro de unión de las agujas y de las seis.

M A X, se leía verticalmente: MAX.

El misterioso personaje se aproximó a la mesa y cogió por el cabello la cabeza de Floro Orsini, alzándola. Un orificio negruzco iba enrojeciendo en el centro de la frente.

Dejó caer la cabeza y golpeó por dos veces, con la diestra, sobre la máquina de escribir, enfundada.

Regresó ante Praviel y dejando su revólver con silenciador a un lado del diván, se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, un momento... —empezó a decir Praviel, recobrándose.

Se detuvo el individuo del anorak y del cabello crespo para golpear de nuevo sobre la máquina enfundada, y con larga zancada se marchó.

Levantándose, corrió Praviel en su persecución.

No había nadie en el pasillo, y, sin embargo, la puerta de salida, no se había abierto. Giró Praviel sobre sí mismo.

La puerta dando acceso al patio, se cerraba.

Y tras el cristal, la extraña figura denegaba con la cabeza, acentuando la negativa con la diestra, palma arriba.

Fosforescían en la esfera plateada, las tres letras: MAX.

Alex Praviel esperó a que la silueta del anorak desapareciera. Iba adquiriendo el convencimiento de que aquel hombre con cara de siniestra impassibilidad, no era un enemigo.

¿Quién era?

—Max —pronunció en voz alta.

Regresando al despacho, rectificó su último juicio, ya que Max podía ser su enemigo. Debía ser, forzosamente, un “istreibitel” enviado por el doctor Z.

Miró con desagrado el corpachón de Floro Orsini, tumbado a medias sobre su mesa de trabajo. Posible mente le hubiera enviado a la clínica y tal vez le hubiese matado. Pero desenvolverse con serenidad en medio de aquella fría matanza, exigía dotes especiales... o irse acostumbrando. La máquina.

Con repulsión, empujó un poco el torso del ex luchador. Floro Orsini se bamboleó lánguidamente, osciló a un lado, y el cuerpo muerto perdió el apoyo, cayendo de costado y quedando encogido sobre la alfombra.

Quitó Praviel la funda de su máquina. Un folio que no había enrollado él, aparecía inserto en el rodillo. Tampoco él lo había tecleado.

“Siempre que tenga la seguridad de hallar se solo, mire tras el cuarto libro del rimero alto de la segunda estantería. Lo que quiera comunicarme déjelo allí. Lo que le comunique de ahora en adelante, allí lo encontrará. Queme. Elimine las cenizas.

"Max."

Maquinalmente, quitó Praviel el folio, aplicándole un fósforo. Pulverizó las cenizas y fue a echarlas en el vertedero de la cocina.

Al sentarse nuevamente ante su mesa, apuntó en un folio:

“Cuarto. Alto. Segunda.”

Max podía ser un “istreibitel” al servicio del doctor Z que por segunda vez, intentase comprobar su fidelidad al pacto impuesto.

Reconstruía: Floro Orsini venía, enviado por la banda de Nina Delorme, para recuperar la cámara con su contenido. Debía, pues, deducirse a primera vista que era un rival del doctor Z. Y Max, al ejecutar a Orsini, favorecía los planes del doctor Z, aunque por vía

indirecta le favorecía a él.

No podría dormir con aquel cadáver allí dentro. Dos días por semana, venía una mujer del pueblo a hacer una limpieza general. Se mesó Praviel los cabellos, exasperado, porque era aún capaz de reír.

Acababa de pensar que en el trato con la mujer de faenas no entraba la obligación de barrer muertos y echarlos al cubo de la basura.

Respingó, vibrantes los nervios al oír un tamborileo en la puerta del despacho.

Leonard Gerbois, entrando fue a arrellanar su larga humanidad en el diván.

—Recogí cámara —anunció.

Su sandalia chocó con el pecho de Floro Orsini.

—Excelente disparo. Plena diana.

—Llévese la diana, por favor, Leo.

—Siempre a su servicio, Praviel. ¿De dónde sacó este silenciador? —y señalaba el arma en el diván, a su lado.

—Viviendo en el campo, aislado, tener un petardo a mano siempre viene bien.

—¿Con silenciador?

—Un amigo colecciona estos artefactos, me regaló uno y lo acepté, por curiosidad. Ya sabe que la curiosidad me pierde.

—Floro Orsini estaría muy lejos de pensar que moriría a manos de un aficionado. Un plomo de técnico, Praviel. ¿Dónde aprendió a gatillar?

—En el servicio militar me destaqué como tirador de primera. Dijeron que tenía un gran porvenir en la próxima refriega mundial. Escuche, Leo, aparentemente sigo siendo un témpano, pero empiezo a notar que mis nervios van desarrollando actividades entumecidas hasta ahora.

—Tome un sedante y Vitamina B 12, porque tendrá, que cuidarse mucho a partir de ahora, Praviel. Cuando aparezca esta carroña —y Gerbois asestó un patadón al cuerpo tendido en la alfombra— nadando boca abajo por el Sena, la banda Delorme sacará sus conclusiones. Tiene también sus “istrebitel” y vendrán a visitarle.

—Ya voy acostumbrándome a los visitantes. Me ocuparé de

liquidarlos y usted de enterrarlos. El primer muerto es el que cuesta. Los demás, ya será cuestión de coser y cantar. ¿Qué hora es?

Examinó atentamente Praviel el gesto de Leonard Gerbois. No volvió la muñeca hacia arriba, sino que estiró el brazo, rodeó con los dedos la esfera de un vulgar reloj y manifestó:

—Pasan veinte minutos de la hora cero. Como, por ahora, su vida nos es muy útil, voy a aclararle ciertos puntos. Tome nota para no olvidarlos.

Cogiendo un lápiz, meditó Praviel que había sido absurda la idea de que Leo pudiera ser Max. Pero en aquél inframundo de la guerra implacable y entre bastidores, todo podía ser posible.

La cavernosa voz parecía dictar, pero especificó:

—Anotará cuando le indique, Praviel. Primero debe oír un exordio necesario. La cuestión más espinosa para una organización como la nuestra, es la de librarse de los mercenarios. Hay bandas que se dedican al espionaje en forma exclusivamente comercial y vendes al mejor postor. Tenemos razones fundadas para sospechar que Nina Delorme dirige una banda mercenaria. Este era uno de sus ejecutores —y propinó un punterazo al costado de Floro Orsini.

—Me desagrada este "tic", Leo.

—¿Cuál?

—El de atizar coces a los difuntos.

—No se enteran.

—Pero yo sí, y me resulta molesto.

—Ya... Como la historia de la marquesa remilgada, que toleraba las mil y una barbaridades, pero la ponía furiosa que le ensuciasen las cortinas. Le iba diciendo que creemos que Nina es la directora de un grupo mercenario. Usted ya logró eliminar a uno de sus componentes: el más tosco —y la sandalia de Gerbois amagó el puntapié para colocarse delicadamente sobre el torso del ex luchador—. Ahora, inscriba.

En el folio, contempló Praviel su anotación anterior: "Cuarto. Alto. Segunda".

La voz cavernosa fue exponiendo:

—Las probables visitas o los probables señuelos que le atraerán a cualquier lugar privado, y que pertenecen a la banda de Nina, son tres. Empezaremos por el más peligroso. Joel Saturnin. Un dandy lánguido. Yudoka, cinturón negro. Sombrero tirolés, y debajo, un

seso sólido. Lleva siempre un bastoncito de ébano. Cara larga y caballuna, ojos de pescado, corte de pelo a la navaja. Un mechón colgante en la frente. ¿Retratado?

—Cabal. No se me despinta. Pasemos a otro de la serie.

—Zezé. Ya la conoce.

—Esto ya no me gusta. Una cosa es ver morir a un Lambert o contemplar a un Floro inerte, y otra muy distinta es tener que emprenderla a mamporros con una mujer.

—Necio prejuicio que ha llevado a muchos varones al camposanto, Praviel. Supongo que en sus libracos habrá leído algo referente a los antiguos verdugos chinos, éstos que dominaban el arte de ir despellejando en tirillas, por trocitos selectos, haciendo durar hasta el límite máximo una humana anatomía. Zezé desciende de casta de verdugos. Se llama Edmonde, pero su apellido es algo así como Ching-Ling o Chung-Ho —y rió el pelirrojo.

Lápiz en ristre, acusó Praviel:

—Los homicidas chungones me crisan, Leo.

—Para cuatro cochinos días que va uno a vivir, si encima nos ponemos serios, más vale entonces dedicarnos a un trabajo normal: vender artefactos para uso doméstico o traducir las memorias de cualquier general prostático.

—Volvamos a la chinita. Ya que me dicta un cursillo intensivo sobre la ciencia de sobrevivir, indíqueme lo que haría usted si le visitase Zezé... Un momento, rectifico. No lo que haría usted, sino lo que puedo hacer yo.

—Oírla con toda galantería, pero sin perderla de vista ni un segundo enfocándola siempre con esta flor —y palmeó Gerbois el revólver dejado por Max—. Le anticipo si Zezé puede atraparte a usted, las torturas que le aplicará con gran complacencia, le harán olvidarse de toda viril cortesía.

—Procuraré evitar el menor roce de las liliales manos de la chinita Zezé.

—Es anamita.

—Tengo ya anotados, pues, al lánguido Saturnin y a la anamita Zezé.

—Tercero y último elemento: Xavier Ruano, un argentino. Meloso, calvo, con mostacho teñido, tez biliosa, ojos de cantor de tangos, delgado y tipo de gigoló maduro. Es también yudoka y

cinturón negro.

Levantándose, Leonard Gerbois, bostezando amplia mente, se despezó:

—Es hora de ir a camita. Suelte el lápiz y agárrele por las pezuñas.

—¿Cómo?

—Este Floro pesa más que un muerto. Cójale por los tobillos.

Colocó el pelirrojo sus manos bajo los sobacos de Orsini. Praviel asió los tobillos.

La anchísima boca del pintor se dilató:

—Es preferible que sea usted el transportista y no el que fenezca.

En el patio posterior, las tinieblas eran absolutas. Contorneando la casa, comentó Praviel:

—Inconscientemente debí pensar en usted, Leo, el día en que elegí este domicilio por su aislamiento.

—Ciertos detalles personales suyos nos sedujeron.

Con el tacón, abrió Gerbois la verja, y poco después el cuerpo de Floro Orsini quedaba oculto en el compartimiento posterior de una furgoneta "Peugeot".

Al volante, aclaró Gerbois:

—Prestada. Dueño deja ganar porcentaje distribución. Reparto matutino.

La furgoneta llevaba en su panel lateral el anuncio de un producto lácteo muy conocido. Se alejó en la noche.

En su despacho, Alex Praviel cogió una de las cartulinas que le servían para anotaciones. Escribió en mayúsculas:

"PIERDE EL TIEMPO CONMIGO, MAX. STOP. HABIL PRESENTACION, PERO ME ATENGO A FORZOSO COMPROMISO Y LO CUMPLIRE.

"PRAVIEL."

Conservó la cartulina en la palma de la mano, mientras echaba la cortina y comprobaba que las puertas estaban cerradas con sus pestillos de seguridad.

Colocando la cartulina tras el cuarto libro del rimero alto de la segunda estantería, meditó en el esbozo que había ido imaginando.

Un esbozo de “contraofensiva”

Era plácido, pero no cuadraba con su carácter, aquella obligatoria pasividad.

Durmió sin pesadillas. La pesadilla la vivía despierto.

CAPÍTULO VI

Era de suponer que su línea telefónica estaría intervenida y que serían fiscalizadas sus posibles entrevistas. Pero para poder actuar libremente, para no sentirse preso en una malla de la que no podía soltarse, era urgente llevar a cabo el primer movimiento de lo que él había calificado de “Defensa Atacante”.

En aquel ajedrez sangriento, cualquier movimiento de los peones tenía que ser meditado con suma concentración.

El vagón del “metro” iba deslizándose con su carga humana. Cualquiera de sus ocupantes podía ser “el control remoto” del doctor Z.

Aquella señora de sonrosadas mejillas y aspecto de tendera, que hacía calceta; aquel sesentón, de nariz pimentosa, leyendo las reseñas de las carreras de caballos; tal vez, aquel adolescente ambiguo, que masticaba chicle con cara de infinito aburrimiento y abrumadora superioridad...

El convoy se detuvo, y cuando las puertas ya iban a cerrarse, saltó Praviel al andén. Las puertas se cerraron.

Si el “control remoto” estaba en aquel vagón, le había chasqueado.

Ahora, la segunda parte de su “Defensa Atacante”

exigía no ir directamente al lugar que se proponía visitar, sino dar rodeos, cambiar de transporte varias veces, saltando de un autobús a un taxi, y penetrar en uno de los Grandes Almacenes, con multitudes saliendo por una puerta y entrando por otra.

Imitar al pájaro frailer, el cual, según había leído, intenta conducir a un cazador obstinado lejos del nido.

Empleó una hora y media en un recorrido que, normalmente, desde la estación Saint-Lazare, podía cubrir en quince minutos.

La estrecha callejuela del distrito de Montparnasse era propicia para su nueva y forzada manera de desplazarse. Se detuvo ante un puesto de libros de ocasión, y, hojeando uno, miró hacia cada bocacalle. Nadie al acecho.

Contorneó el tenderete de libros de segunda mano y penetró en dos saltos dentro del zaguán. Se sobre saltó al oír la exclamación

indignada:

—¡Oiga, joven, oiga! No puede uno ya confiar en nadie —y el vendedor de libros entró en el zaguán, con rostro reprobador. Señaló el libro que Praviel sostenía en la diestra—. Si fuese un incunable, se explicaría. Pero es un libro barato.

—Le pido excusas. Fue una distracción.

—Su distracción vale ocho francos.

—¿Ocho francos? Pero si nuevo, vale cinco —protestó Praviel, viendo por vez primera el precio y el título: “Las termitas y su mundo aparte”.

—La sobretasa, para que en el futuro sea menos distraído, joven —sentenció el vendedor.

Pagó Praviel y, subiendo las estrechas escaleras de aquel edificio, dividido en numerosos estudios, miraba constantemente hacia atrás. Se detuvo en el tercer rellano, tendiendo el oído.

No se oían pasos cautelosos y, asomándose por en cima de la barandilla, comprobó que no había siluetas subiendo con precauciones.

En el cuarto piso, al fondo del pasadizo, una puerta ostentaba un letrero hecho a mano:

JAMES PIGNEY ¡¡Intérprete-Traductor Diplomado C.S.O. y R.S.A.

Un doble juego de iniciales muy impresionante para el no iniciado. Para los íntimos significaba: “Conservo Soberano Optimismo” y “Recalcitrante Soltero Amo roso”. Para los clientes: “Cambridge Selective Option” y “Reválida Sorbona Aprobada”.

Pulsó Praviel el timbre y regresó a la barandilla, asomándose. Estaba ya convencido de no haber sido seguido.

Se abrió la puerta y apareció James Pigney. De mediana estatura, fornido y rubio, las gafas, montadas al aire, le daban aspecto de hombre estudioso.

Contempló con embeleso a su visitante; y lanzó su exclamación preferida:

—¡“Jinglo Dingle”! Pasa, Alexis. Toma posesión de tu casa, instálate cómodamente y declara tu elección. ¿Café-crema? ¿Coñac? ¿Vodka? Lo que pidas... y pagues, nos lo traerá volando Riquette.

—No llares a Riquette. ¿Estamos solos?

James Pigney, británico por cuna, parisiense por devoción,

abarcó con los musculosos brazos su domicilio. La cama, era el sofá en que se sentaba Praviel y un armario empotrado, contenía la cocinilla. Una mesa amplia, cubierta de papeles y libros, en torno a una máquina de escribir. La ventana única, daba a un patio interior. Y la otra puerta, velaba el aseo.

—Tienes aspecto inquietante, Pravielof. Y este título sobre las hormigas y sus feas costumbres, me apena. Estas lecturas te conducirán al abonamiento de tu materia gris. Has venido de perilla, porque no cobro hasta el lunes y Bibi necesita veinte míseras monedas.

Se tocó Pigney el pecho para aclarar lo sabido: que él era Bibi.

—¿Veinte francos? — sonrió Praviel desdeñoso—. Vengo a proponerte un medio de ganar sustanciosos beneficios. Siéntate a mi lado, escucha sin interrumpir y te ruego no hagas los acostumbrados comentarios estúpidos.

—Te escucharé con plena dedicación y entrega, si me aquietas con la seguridad de que Bibi puede contar con veinte francos — declaró Pigney sentándose.

—Veinte y muchos más. París abunda en tipos estrafalarios que cuentan autobiografías abracadabrantas. La tuya es legítima, Bibi, porque la conozco de buena fuente. Ex sargento de la Legión Extranjera, fuiste guardián de muelles en Nueva York, corrector de pruebas en Buenos Aires, capataz de mineros en Suecia y otras cosas más, por Holanda y Alemania.

—El afán de educarme me condujo a múltiples horizontes. Pero no acabo de asimilar la razón por la cual...

—El que habla soy yo, Bibi. Resumí tu ficha, porque me baso en ella para deducir que nada te asusta ni asombra.

James Pigney entornó los párpados, y frunció los helénicos rasgos faciales. Adquiría así una expresión de suma sabiduría sutil, pero Praviel sabía que aquella contracción facial era un “tic” más.

Pigney adquiría la misma expresión cuando se cocinaba su plato favorito: judías blancas con morcilla negra.

—Me empiezas a intrigar, Alexovich. Déjame adivinar. Te has cansado de la “Underwood” y planeas un buen golpe deductivo. Bibi se enrola, si no hay sangre

de por medio. Ya te lo expuse una vez: no llevar armas es una atenuante, y planeando con pupila...

—¡Hablo yo, hombre! No puedo exponerte los motivos, pero debo advertirte que es muy posible que si aceptas aliarte conmigo, te juegues a cada instante la vida.

—¡“Jinglo Dingle”! —rió el inglés. Y se quitó las gafas, de cristal normal. Las empleaba únicamente por que decía que le daban “fachada erudita”—. El metódico, ponderado y meticuloso Alexandrof, asomándose con folletinescas truculencias. Tus ojos no destellan, tu aliento no apesta a tintorro, y sin fiebres ni etilismos, hablas...

—¡Si me dejas! De mis ahorros, puedo ofrecerte una buena tajada, Bibi. Pongamos cinco mil francos.

—¡“Saperlipopette”!

Pigney volvió a colocarse las gafas. Se pellizcó el caballete de la nariz. Otro gesto estudiado, para que se olvidasen del ex sargento legionario y vieran sola mente a un hombre reflexivo. Comentó:

—¿Cinco mil francos? Perdona, chico, pero como tienes fama de amarreta...

—Ahorro para casarme dignamente. Siempre te presté, ¿no? Bueno, no me apartes del embrollado sendero. Se trata primeramente...

Respingó Praviel al oír las llamadas imperiosas en la puerta. Pigney fue a abrir. Una muchacha pecosa, de largas trenzas y cortos calcetines, canturreó:

—Café “Congo”, café mulato, lechecita malteada, pastas de todas tarifas...

Ante ella, colgante del cuello, llevaba una gran bandeja de madera.

—Mulato y hojaldre para Bibi —dijo Pigney cogiendo un vaso de papel parafinado y una pasta.

Riquette se retorció para abrir el grifo de una de las dos grandes cantimploras-termos que llevaba a la espalda, con correas.

—Café y otro hojaldre —pidió Praviel, pagando con generosa propina.

—Gracias, gracias, gracias —canturreó Riquette siguiendo su recorrido.

Tras inspeccionar el pasillo y asomarse a la barandilla, cerró Praviel la puerta.

Mojando la pasta en el café con leche, comentó Pigney:

—Pareces un conspirador auténtico, Sandro. Me tienes en ascuas.

Tendiendo la pasta de hojaldre a su amigo, bebió Praviel el café. Pasó a sentarse ante la mesa, y quitó de la máquina de escribir las hojas colocadas con papel carbón en el rodillo.

—Lo expondré mejor escribiéndolo, Bibi. Anotare primero la dirección del destinatario.

Tecleó mientras por encima de su hombro, leía Pigney:

"Mr. Charles Roland. 99, calle Mauberge..."

Masticó Pigney hojaldre, volviendo a ojear lo que iba escribiendo Praviel. Se atragantó al llegar a la cuarta línea, y avanzó el rostro para poder leer mejor:

"Mañana, jueves 16, a las ocho en punto de la noche, pasará usted en su auto por el cruce de los caminos de Auteuil y Renouval, en su confluencia con el río Oise. Junto al puente, y al pie del poste que señala la confluencia echará usted un saquito conteniendo medio millón de francos nuevos, en billetes de a diez y cincuenta, sin marcar. Seguirá su camino y no avise a la policía, si quiere volver a ver con vida a su hija."

—¡"Jingo Dingle"! ¡Esto es abominable!

—No hay nada de abominable.

—¿Cómo?... Tu obcecación me tumba patas arriba. Aludes a la vida de una hija, o sea que le escribes al padre, y le pides medio millón por el rescate... Y tan fresco. Me pellizco y me duele, "ergo" estoy despierto. Es posible que me propongas secuestrar a una doncella, hija de papá forradísimo.

—Es un secuestro, y la doncella es riquísima en todos sentidos. Hace poco, al hijo del magnate de los automóviles lo secuestraron y...

—¡"Vade retro", Satanás! Alex Praviel, eres un chinche. Tienes la desvergüenza de proponerme cinco mil francos de tus ahorros, según dijiste, para especular medio millón con el dolor de un padre y el terror de una hija inocente... Es inconcebible que vengas a proponerme algo tan vil. Si al menos se hubiera tratado de atracar un Banco o raptar a un obeso industrial...

—¡Calla, si es posible! A la que hay que secuestrar es a mi propia novia, Colette Roland.

James Pigney estrujó el vaso de papel, lo tiró contra la pared y

fue a echarse en el sofá-cama. Cruzando las manos bajo la nuca, dijo con lentitud:

—Siempre te juzgué el arquetipo del hombre sensato. Pero esta burrada de secuestrar a tu propia novia y pedirle plata al viejo, escapa de mis entendederas.

—Es precisamente para evitar que a ella le pase algo peor e irremediable. Y la plata del viejo se la devolveré luego.

—¿Luego? ¿Luego, de qué?

—No puedo explicártelo ahora. Voy a anticiparte dinero para que alquiles un “bungalow” al borde del Sena, en Les Mureaux. Pagarás una quincena. Alquilarás también un bote a motor por una quincena. Eres un traductor que busca un sitio aislado. En el bote trasladarás a mi novia, desde su “Jaguar”...

—¡Alto, alto, Al Capone de pega! Das ya por hecho que he aceptado ser tu lugarteniente en este negocio.

—No me agradan las frases melodramáticas, Jim. Juro por mi madre, que va en todo ello la vida de Colette Roland.

James Pigney se incorporó, pellizcándose el caballete de la nariz.

—Bien, cuenta conmigo. Ya me explicarás el lío cuando consideres que el momento llegó. O sea que Bibi tiene que alquilar un “bungalow” y un bote de motor, por una quincena. Pero tu novia no accederá a dar un paseo fluvial en mi compañía.

—Ni debe saber que eres amigo mío. Déjame escribirte el plan completo. Lo aprenderás de memoria y luego reducirás a cenizas los papeles, echándolas por el vertedero.

Alex Praviel escribió largo tiempo a máquina, con plena concentración. Salió, dejando atrás a un hombre confuso, pero dispuesto a ser su aliado. En la calle, recorrió varios tenderetes de libros, hasta convencerse de que su visita a James Pigney, alias “Bibi”, seguía siendo incógnita.

* * *

Colette Roland entró en el merendero del borde del Oise. A las siete de la tarde de un día otoñal ya en ti nieblas, no había en el local más cliente que un hombre, desconocido para ella.

Un hombre de mediana estatura, fornido y rubio, con gafas montadas al aire, y rostro de facciones helénicas, que levantándose señaló la silla frente a la su ya, diciendo:

—Unos minutos nada más, señorita.

Sentáronse, hurgó ella en el bolso, pidiendo a la vez:

—Nata con fresas.

Se alejó el dueño del merendero, arrastrando las zapatillas.

Tendió Colette un telegrama “pneu”, del servicio interior capitalino.

—Lo recibí a media tarde. ¿Puede explicarme lo que significa?

Leyó Pigney lo que había escrito Praviel:

“SIETE EN PUNTO AGUARDA EN LA "GÜINGUETTE MIMOSAS" STOP. ES URGENTE. STOP. UN MENSAJERO ESPERA. STOP. NO COMUNIQUES CON NADIE. ALEX.”

Se guardó Pigney el papel azul y expuso ella:

—Alex y yo hemos venido aquí algunas veces, sobré todo en primavera. Pero nunca me citó tan rocambolescamente.

Empezó ella a saborear la nata con fresas.

—Alex espera en otro sitio —expuso Pigney—. Es natural que sienta extrañeza, pero cuando él se lo explique, lo comprenderá todo.

Entre cucharadas, opinó ella:

—Últimamente, mi novio está muy raro. Pero esta cita, con tantos rodeos, como si fuera yo una esposa virtuosa a punto de dejar de serlo, rebasa lo admisible. Primeramente, ¿quién es usted?

—Bibi.

—Bibi... Me estoy olisqueando una broma asnal, pero de mí no se ríe Alex. ¿Dónde nos espera?

—Cerca. Yo le señalaré el camino.

Conduciendo el “Jaguar”, manifestó Colette Roland:

—Una vez le dije a Alex que algunos toques de misterio le sentarían delicioso, y supongo que ahora quiere... ¡Huy! —frenó ella en seco, mirándose el costado derecho.

James Pigney afirmó solemnemente:

—Créame que lo lamento, pero deseo no verme obligado a recurrir a violencias impropias de mi sexo ante una damita tan encantadora. Gire por este camino a su izquierda. Obedezca sin rechistar.

Colette Roland dejó de contemplar la automática apoyada en sus

costillas. Ignoraba que era una pitillera, imitando a la perfección un arma de fuego, de corto calibre. El fuego era el mechero, si se pulsaba.

Tembló un poco la voz femenina:

—Si Alex tiene algo que ver con esta... memez, se arrepentirá hasta el fin de sus días, el muy...

—Alex no tiene nada que ver. Es pura y simplemente un secuestro, señorita Roland. Yo le mandé el “pneu”, y ahora evíteme el tener que amordazarla y maniatarla, doncella.

Sin gafas, duras las facciones y muy amenazadores los azules ojos, James Pigney recordaba sus tiempos de “Sargento Malaúva”.

Y estaba prevenido contra la “llave defensiva”, tal vez grotesca, pero eficaz.

La hija del rico industrial Roland murmuró angustiada:

—Papá pagará lo que le pida. Yo no creía posible que a mí... Bien, será sensacional. Casi estoy leyendo los grandes titulares... —y procuró no exteriorizar el miedo que sentía.

Recordó Pigney una de las frases escritas por el “jefe” Praviel.

“Si mi Colette no fuese tan rica, y no hablo de dinero ahora, no estaría yo pasando los apuros que paso. Que transpire un poco, no será dañino.”

* * *

El director del matutino pegó un manotazo en el timbre cuyo repiqueteo en los talleres significaba: “Paren máquinas”.

Cogió uno de los teléfonos y discó impaciente, antes de ladrar:

—...¡Dupont! Busque la dirección de Charles Roland, el fabricante de televisores, lavadoras, etc. Compruebe si su hija Colette duerme en la casa paterna. Interrogue a Roland, y telefonéeme si Colette está en la casa. Si no, sáquele todo lo que pueda a Roland, para la primera plana.

Ahorquillando, releyó la cuartilla que acababa de extraer de un sobre, y llamó por el dictáfono:

—...¡Leival!

El jefe de Redacción, un rechoncho sujeto, de gruesas gafas y cara monacal, entró en el despacho. El director golpeó la cuartilla y el sobre:

—¿Quién trajo esto, Leival?

—Vendría con alguna de las recogidas del buzón exterior.

—Encima del sobré, con lápiz rojo, dice bien claro: “Urgente”. ¿Por qué no lo separó? Estaba mezclado con propagandas fastidiosas, cartas imbéciles y ofertas estúpidas.

—No estoy autorizado a abrir la correspondencia del director, salvo en su ausencia. Usted está presente.

—Lea en voz alta.

DESDE LAS SIETE DE ESTA TARDE, FALTA DE SU HOGAR COLETTE ROLAND STOP RECIBIA AMENAZAS DE SECUESTRO STOP INFORME CON MAYOR AMPLITUD AL VENIR A COBRAR DATO ENTREGADO EN EXCLUSIVA A SU PERIODICO.

Leival encogió los hombros:

—Puede ser la propaganda de una “vedette” en el ocaso.

—La Roland es hija del fabricante multimillonario. Componga los titulares y una breve nota. No citaremos la fuente de información, pero con esta cuartilla cubrimos nuestra responsabilidad, si Dupont me confirma que la Roland no durmió en su casa.

* * *

Charles Roland estaba desvelado.

Una carta entregada a las nueve de la noche, recogida del buzón por el mayordomo, era la culpable.

Debía entregar al día siguiente, medio millón como rescate de su hija. No le preocupaba la cantidad, sino el riesgo que corría Colette.

Avisar a la policía, sería lo último que haría. Si el pago del medio millón no le devolvía a Colette, entonces alertaría a la policía...

Despertó, apartando la cabeza de sus brazos cruzados sobre la mesa de su despacho. El mayordomo, en batín, se excusó:

—Un periodista, señor. Era imposible evitarlo, por que no cesaba de tocar el timbre.

—No estoy para nadie.

—Pregunta únicamente si la señorita Colette está en casa, señor.

—Voy a hablarle.

Diez minutos después, la rotativa reanudó sus evoluciones.

El periodista Dupont había comunicado que Charles Roland se opuso terminantemente a que fuese comprobada la presencia de su

hija en la casa. El argumento empleado por Dupont, de que sería publicada una noticia sensacional, noticia que no aparecería con sólo que él pudiera saludar a Colette Roland, surtió el efecto deseado por el periodista.

Al negarse tercamente Charles Roland, quedaba confirmado el dato anónimo.

La rotativa iba amontonando ejemplares con un gran titular en la primera página.

CAPÍTULO VII

Tras el cuarto libro del rimero alto del segundo estante, tanteó Praviel hasta extraer una cartulina. No era la que él había escrito, sino una de su fichero, pero rellena por otra mano.

Pasó a la cocina, donde el café desparramaba su grato aroma. Untando mantequilla en una tostada, leyó:

SU DESCONFIANZA ES LOGICA.

DEBE DORMIR DE DIA Y TRABAJAR DE NO CHE.

ABRIR VENTANAS ES SENCILLO PARA MI Y PARA LOS OTROS.

CUANDO QUIERA AYUDA TELEFONEE DESDE CABINA PÚBLICA AL: ODE-76-01. DIGA SOLAMENTE: "SEMILLA DE RENCOR".

QUEME. ELIMINE CENIZAS.

MAX.

En su despacho, contempló Praviel el cuarto libro del primero alto del segundo estante. Una novela intitulada: "Semilla de rencor".

Sentándose en el sillón giratorio, abrió un cajón, mirando complacido el revólver con él silenciador. Ya podía actuar, sin temor alguno, dispuesto a abandonar su pasividad.

Era un buen consejo el de Max: dormir de día y trabajar de noche, hasta acabar, como fuese, con el "Avanpost" del doctor Z.

Resonó el teléfono sobre la mesa, y aplicándose el auricular, escuchó:

—...Venga inmediatamente a verme, Praviel. No estoy en mi casa, porque está sitiada por un hervidero de periodistas. Le aguardo en el "Fleuri", en la salida de la general a Auteuil. Le envío mi coche.

—...De acuerdo, señor Roland.

Colgando, se dirigió Praviel a su alcoba, para mudar se la ropa de faena por la de calle. Al ir a salir, recordó el cajón abierto. Fue a cerrarlo con llave, y poco después viajaba en un suntuoso "Rolls-Royce".

Su futuro suegro le recibió en uno de los comedores del piso alto del “Hostal Fleuri”. Grueso y congestionado, era un hombre directo, sin sensiblerías:

—Tuve que dar varios rodeos para poder llegar hasta aquí, sin ser hostigado por gente de toda condición, incluso policías. Voy a serle nuevamente franco y con la debida brutalidad, Praviel. Yo aspiraba a un yerno elegido en mi medio social, un industrial cómo yo.

—Colette ya puntualizó que no quería fusionar dos firmas comerciales, señor Roland. Y yo le prometí, en nuestra única entrevista, que le garantizaba buenos réditos de felicidad a su hija. Pero no me habrá citado para comunicarme lo ya sabido.

—Su serenidad desentona. ¿No leyó “L’Echo du Matin”?

—No. A mí me dejan el “Fígaro” al mediodía, con las provisiones.

Charles Roland tendió el periódico que daba amplia cabida a todos los sucesos.

El titular, a una sola línea, abarcando con gruesas capitales la parte superior de la primera página anunciaba:

SECUESTRO DE COLETTE ROLAND, LA HIJA DEL INDUSTRIAL

“Información exclusiva.

”Al cerrar la edición, nuestro reportero especial, Bernard Dupont, hizo las necesarias comprobaciones para corroborar la exactitud de uno de los informes que recibe de sus muchos auxiliares.

”Colette Roland, la hija única del conocidísimo industrial Charles Roland, ha sido secuestrada.

”Podemos fijar la hora de su desaparición entre las siete y las ocho de anoche. Ampliaremos más detalles en nuestra edición especial. La premura del tiempo nos obliga a esta concisión, pero anticipamos a nuestros lectores que nos hallamos ante uno de los sucesos más sensacionales del año.”

—Sin comentarios, Praviel. Tengo que entregar esta noche, una cantidad. De ahora en adelante, mis desplazamientos serán muy vigilados, aunque he negado a la policía haber recibido ningún anónimo, exigiendo dinero. Procuraré que esta tarde llegue a su

poder un saquito conteniendo la suma pedida por el rescate. Usted la llevará al sitio señalado por los raptos.

—No puedo. Estoy tanto o más vigilado que usted.

—Debí comprender, que, en efecto, también a usted le someterían a vigilancia. En fin, ya lo arreglaré de otro modo. Tiene fama de muy calmoso, Praviel, pero ¿no cree que exagera? Si quiere tanto a mi hija, no lo demuestra. La noticia le ha dejado frío.

—Lo que íntimamente se siente no puede siempre ser exteriorizado, señor Roland. Buenos días.

No podía revelar la verdad, si quería llevar a buen término su plan. Más valía un padre preocupado que afligido por una muerte cruel.

El “Rolls-Royce” le depositó ante su casa, y dando media vuelta, se alejó.

En la verja se apoyaba un desconocido. Otro estaba en el rellano ante la puerta cerrada.

Ninguno de los dos correspondía a las descripciones-fichas dadas por el pelirrojo de los “ejecutores” de la banda de Nino Delorme.

Eran más bien individuos de traza anodina, sin relieve ni detalle alguno llamativo. El de la verja, se llevó dos dedos al ala delantera de su sombrero fieltro.

—Buenos días, señor Praviel. ¿Podemos hablarle unos instantes?

—¿A propósito de qué?

Del bolsillo superior de la chaqueta, el que había hablado hasta entonces, sacó un carnet. El otro, bajó los tres peldaños, aproximándose.

—Unas preguntas simplemente.

También el “inspector Lambert” se sirvió de un carnet de policía. Aquel era más modesto.

“Jean Chamfort. 32 años. Oficial Primera. Brigada Social.”

—No he desayunado todavía. ¿Les importa que vayamos al café, señores? Está sólo a unos cinco minutos.

—Como usted quiera, señor Praviel.

Eran policías legítimos.

Un par de “istreibitel” no hubiese aceptado ir a un lugar público, ni transitar por las calles, ya que para poder llevar a cabo su misión, necesitaban estar entre cuatro paredes.

—Desayunaré después. No quiero hacerles perder tiempo,

señores.

Abrió la puerta, precediéndoles. En el despacho, al sentarse, señaló el diván. Se instaló Jean Chamfort, mientras su compañero permanecía en pie, en el umbral.

—Apareció en la Prensa una noticia sobre el secuestro de la señorita Roland, su prometida. Este periódico suele lanzar noticiones y rectificar con frecuencia. Suponemos que habrá llamado a su novia.

—Nos vemos sin continuidad. Transcurren a veces días sin que nos veamos, debido a mi trabajo.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Anteanoche.

—¿No cree entonces que haya sido secuestrada?

—No puedo formular ningún juicio.

—Pero acaba de entrevistarse con el señor Roland. Era su coche el que lo trajo aquí.

—El cree en la posibilidad del secuestro, pero carecemos de pruebas concretas. Es todo cuanto puedo decirles, señores.

Poniéndose en pie, advirtió Jean Chamfort:

—Cualquier noticia sobre este asunto, es su obligación comunicarla, so pena de incurrir en responsabilidad delictiva. Aquí tiene mi tarjeta, dirección y teléfonos. No le molestamos más, señor Praviel.

A solas, Alex Praviel se mesó el cabello. Tenía el convencimiento de que la “contraofensiva” no iba a de morarse mucho.

Se dedicó a ir traduciendo las memorias de un refugiado ruso. Un párrafo le interesó especialmente, a medida que lo tecleaba:

"...Elegí la libertad, sin importarme que mi vida pendiera de un hilo. Mis revelaciones supondrán el aniquilamiento de varios grupos actuando en la nación sudamericana donde pude desembarcar y pedir asilo, No me importa morir, porque están a salvo mis seres queridos..."

Alzó la vista de la máquina, mirando a la ventana.

Cora Mornay le sonreía tras el cristal.

Se estremeció Praviel. Había sonrisas que expresaban todo lo contrario de alegría, buen humor o afecto. Aquella sonrisa era gélida, como un presagio de muerte.

Colette Roland tenía los tobillos atados a la silla en que se sentaba. Comía con voracidad el almuerzo servido por James Pigney: salchichón y queso con pan. Sin tenedor ni cuchillo ni plato.

La sala de estar del “bungalow” de una sola alcoba y cocinilla-aseo, tenía las cortinas echadas y la luz ascendida en pleno mediodía.

—¿Qué clase de secuestrador es usted, Bibi? —preguntó ella tras rebañar del papel grasoso las últimos migajas de pan.

James Pigney apartó la vista del rodillo de su máquina portable, donde pasaba en limpio los folios de borrador acumulados en días anteriores.

Contestó con sequedad:

—No soy un profesional.

—Me ató gentilmente con madeja de hilo de seda.

—En torcida no duelen, pero retienen mejor que una sogá.

—Le pega a la máquina de escribir incansablemente.

—Primero la obligación y luego la diversión.

—Ah... Porque para usted tenerme aquí encerrada y a ración de dieta, es una diversión. Me está usted resultado un farsante, Bibi.

Pigney decidió que debía dar unas gotas de vero similitud a su versión del secuestrador moderno.

Sus ojos adquirieron densa severidad; mientras exponía:

—Ni escupo por el colmillo ni la silencio a tortazos, doncella. Pasaron los tiempos del “gángster” estólido y con la manía de hacerse el duro, como los que formaban parte conmigo, del equipo de Jimmy Tarento.

—Ah... Pero, usted me dijo que no era un profesional —sondeó ella, de nuevo inquieta.

—Profesional es el que a diario trabaja en un ramo. Yo soy versátil y vine a París dispuesto a dejar pasar algún tiempo hasta que llegase el día en que volvería al ramo del secuestro, pero trabajando por mí cuenta, en solitario.

Escuchaba ella, muy interesada, en un estado mental de alternativas constantes, oscilando entre la inquietud y la sospecha de que era objeto de una incomprensible maquinación.

—Lo fundamental para mí era ocuparme en algo que me amparase ante cualquier indagación policial. Copio circulares y hago trabajos de toda índole, a máquina. Ya ve... Ahora mismo,

paso en limpio el borrador de un manual de mineralogía. Esta es la pantalla que me ha permitido estudiar un buen golpe a fondo. Esta noche, a las ocho, recogeré el botín.

—¿Cuándo me soltará?

—Depende.

—Esta silla es incómoda para dormir.

—El único lecho es matrimonial, y mi ética profesional me impide adormecerme junto a una sirena rencorosa.

—Este punto de ética habla muy bien en su favor, Bibi, pero la comida que me da es realmente tacaña.

—No puedo almacenar provisiones, que llamarían la atención al ser compradas por un mecanógrafo que vive aquí, a solas. Y lo que compro, tenemos que repartirlo por unos cuantos días.

—¿Unos cuantos...? ¿Pretende que me quede aquí una temporada?

—El tiempo que sea necesario para unos planes preconcebidos y estudiados detenidamente.

—Comer salchichón y queso con los dedos, es repugnante, Bibi.

—Pero sabroso cuando se tiene gazuza.

—Ni siquiera me da un plato, Bibi.

—Nada de armas arrojadas, y así se evita usted unas nalgadas... Y ya está bien de charla. Duerma y digiera.

—La digestión ya la hice, y dormí lo que pude. Por lo menos, le escribiría a Alex Praviel, tranquilizándole, ¿verdad?

—No me confunda con el “Consultorio Sentimental” del “Vogue”.

—El “Vogue” no tiene consultorio melifluido, Bibi.

—¡A callar, niñata! Tu charla volvería tonto al más pintado.

Rió ella con cierto temor:

—Hay instantes en que tiene usted cara de... sanguinario que taca el freno. Pero lo que más me inquieta, es que luego... yo le puedo reconocer, y esto es lo que los secuestradores impiden... dando muerte.

—Estudí el código penal en la parte que me afecta y un simple secuestro resulta relativamente barato, si no hay muerte dé por medio. Vale la pena arriesgarse por medio millón, y no he de matarte, salvo que intentes escapar. Chitón o te tapo la boca.

Regresó Pigney a su tarea normal. Pensaba que medio millón de

francos, representaba un porvenir cubierto, vivir sin trabajar, holgadamente...

En una de las esquinas, el “bungalow” tenía una grieta entre dos maderas. Y en la abertura formada por la caída del cemento, un individuo adhería el rostro barbudo de torvas facciones.

* * *

Alex Praviel fue a abrir la ventana.

Cora Mornay susurró:

—Le espero en mi coche. No está a la puerta.

Dio ella media vuelta, encaminándose hacia la verja abierta.

—Un momento, doctora — interpeló Praviel—. Lo que quiera decirme...

Dentro del despacho, una voz cavernosa aconsejó:

—Obedezca. Vamos. Aprisa.

Leonard Gerbois se apoyaba indolentemente en el marco de la puerta.

Alex Praviel fue a sentarse en el sillón giratorio. Dijo hoscamente:

—No soy ningún pelele, Leo. “Ven acá, vete allá, retrata. Vamos”... El juego ya me fastidia.

—Empezaba simpatizar. Trate evitar... ¡Quieto, perillán!

Era prodigiosamente ágil aquel pelirrojo asesino, meditó Praviel contrariado. Volvió a colocar la diestra sobre la mesa. No había podido entreabrir suficientemente el cajón.

Inclinado sobre la mesa, Leonard Gerbois esgrimía un cuchillo de corta hoja ancha y acerada punta en bisel. El bisel rozaba la nuez del traductor.

—Cierra el cajón con el pie, Praviel. Así está mejor. Era de suponer que tendrías a mano el armatoste que liquidó a Floro. Cierra y oculta la tentación.

Empujó Praviel con el pie el cajón. Una gota de sangre perló su nuez.

—La doctora no te espera ni tampoco su coche. Ya se fue y vino solamente para asegurarnos de tu docilidad. Vendrás en mi furgoneta.

La punta del cuchillo se distanció, añadiendo Gerbois:

—Tu gesto ha sido delator, Praviel. No se acoge a un compañero buscando empalmar un revólver. ¿Vienes ya?

—Por partes, Leo. ¿A qué obedece querer imponer me lo que puede ser pedido sin avasallar? Basta que la doctora me diese una cita.

El pelirrojo hizo saltar el cuchillo. Lo cogió por la punta.

—Ayer diste un brinco de carnero y te sonreíste ufano al quedar en el andén de “Vavin”. Anduviste casi todo el día, con paradero desconocido. El doctor decidió aguardar, aunque yo era partidario de hacerte una visita durante la noche. Esta mañana hemos leído “L’Echo du Matin”. Muy hábil, Praviel. Pensaste haber suprimido el “aval”.

—No te comprendo, Leo.

—Tu novia avalaba tu buena conducta con nosotros, Praviel. Es deplorable que hayas llegado a la conclusión de que somos imbéciles. El doctor desea sacarte de este error y procurar enmendar tu paso en falso, grave, pero que tiene arreglo. Ya puedes imaginarte fácilmente cuál es el sistema único que taponará esta brecha y evitará tu fulminante óbito.

—Sigo sin comprenderte, Leo.

Leonard Gerbois hacía vibrar el mango del cuchillo, al extremo de sus largos dedos. Brillaban sus pupilas con vesania.

—Bastará con que me digas algo, y te ahorrarás un mal viaje y un peor tratamiento, Sandro.

—Soy un ferviente partidario del ahorro, Leo.

—¿Dónde camuflaste a tu novia? Dime el sitio, se harán las adecuadas comprobaciones y aquí no ha pasado nada.

Encogió Praviel los hombros. No veía la menor posibilidad de librarse del cuchillo del pelirrojo.

—No digas que no me entiendes, Sandro. Te vino a recoger la flamante carroza de Roland y dos policías te aguardaban. Para ellos puede tratarse de un legítimo rapto. Pero para nosotros, que conocemos lo que hay entre telones, no.

—Una triste coincidencia...

El mango del cuchillo golpeó secamente sobre la mesa. Y la punta volvió a rozar la garganta de Praviel, en el sitio ya despellejado.

El largo semblante del pelirrojo plasmaba furia contenida.

—Voy a repetirlo, Leo. Si por una fatal coincidencia, unos hampones decidieron sacarle dinero a Roland, ¿es mi culpa?

—La doctora, como tú la llamas, te espera en su sala especial, Praviel. Ella y el doctor, son salvajes bien educados. Los peores... Sales ganando si tratas conmigo, porque ellos te obligarán a hablar con procedimientos que a mí mismo, me inspiran pánico. Figúrate...

—No puedo.

—Voy a describirte uno, sencillo, preliminar. Unas astillas pequeñas introduciéndose poco a poco, con tiernos golpecitos de martillito. Van las astillitas abriéndose paso entre la uña y la carne del dedo chiquito del pie. Haz la cuenta. Tienes cinco en cada remo. Pongamos que resistes hasta dos dedos. Pero al tercero, chillas como un becerro. Lo malo es que la doctora no se impresiona por tan poca cosa. Y como le quedan aún dos dedos tuyos de un pie y otros cinco completamente intactos, te da unos cuantos pinchacitos más.

—¿Para qué? ¿Para que me ponga a inventar?

—Contingencia prevista. Comprobación. Falso informe. Sigue interrogatorio. Con nuevo procedimiento. ¡Se acabó, Praviel! Vamos.

—Tengo verdadera curiosidad por ver cómo me vas a sacar de aquí.

Y Alex Praviel echó hacia atrás el sillón giratorio, levantándose a la vez y saltando a un lado.

Leonard Gerbois se desdobló en sentido contrario, abandonando su brusca inclinación sobre la mesa.

Adosado a la pared, añadió Praviel:

—Llegué al grado de saturación, Leo.

A unos cuatro pasos de distancia, al otro lado de la mesa, Leonard Gerbois alargó el brazo. Enfiló la vista sobre su bíceps tendido, y cerró el otro ojo.

El mango del cuchillo apuntaba al hombro izquierdo de Praviel.

—Tu curiosidad te va a resultar dolorosa o fatal esta vez, Praviel. Con un hombro atravesado quedarás pinchado como un mariposón en la pared. Perderás el sentido.

—Si no lo pierdo, tu cuchillo pasa a ser mío.

Percibía Praviel cierto temblor en sus rodillas. Agregó:

—Si fallas, nos vamos juntos al otro mundo. Tu amo no te perdonará mi letal mudez.

Calculaba Praviel en cuál podía ser la trayectoria más apropiada.

Lanzarse al suelo lo dejaba inerme a disposición del asesino. Saltar a un lado era lo mejor, si lograba hacerlo más aprisa que el cuchillo.

Inmóvil en su postura de lanzador circense, manifestó Gerbois:

—Ya no nos sirves.

Su pupila parda parecía mucho mayor, agrandada, y expresando súbita decisión rematadora.

—Firmaste tu condena, Praviel.

El silbido agudo zumbó con repentina estridencia.

Alex Praviel saltó a un lado, hacia su derecha, mirándose con aprensión el hombro izquierdo.

Había oído un crujido de huesos...

Leonard Gerbois se cogía con la zurda el antebrazo derecho, donde un hueso astillado pugnaba por salir en ángulo agudo.

Boqueaba Gerbois con ronco quejido. Su diestra, abierta, se iba crispando, y de pronto, se dobló hacia delante, cogiendo el cuchillo en el suelo.

Chirrió nuevamente el silbido agudo.

Un objeto pardusco, oblongo, restalló contra la muñeca derecha del “istrebitel”.

Crujieron rotos los huesos de la muñeca de Gerbois, que se quedó arrodillado, primero, para luego tocar con la cara la alfombra, ladearse, y tumbarse sobre un costado, sin sentido.

Pero seguía boqueando con roncocos quejidos.

En la puerta del despacho, Max acababa de efectuar su segunda presentación.

CAPÍTULO VIII

Mirliton, apodado Riton entre sus colegas, era un veterano “clochard” (4).

Bajo el puente de Juvísy, se sentaba, abiertas las piernas, reclinado contra el arco interior y alternando la deglución de pan y salchichas, con sendos tragos de vino tinto.

Se había quitado la boina y relucía su calva, mientras se arañaba la canosa barba. Apuntó con el trozo de la barrita de pan hacia el “clochard” sentado al otro lado del río, reclinado contra el opuesto arco interior del puente.

—¿Qué harías para ganar medio millón, Mouchet?

Mouchet, robusto cuarentón, se rascó la pelambrera negra que le formaba una aureola de púas en torno al rojo semblante.

Sopló en el fuego de las ramitas bajo el pote de lata y comentó:

—Tienes la manía de las grandezas, Riton. Medio millón suponen muchas preocupaciones, inspectores del fisco, de los impuestos y luego están los ladrones.

—Prefieres entonces seguir mendigando asquerosa mente a tu edad, contemplado con ofensiva benevolencia por los gendarmes y con recelo despreciativo por las comadres que té dan un vaso de tinto, como

si te entregasen oro líquido. Te digo que hay medio millón a la vista.

El extremo de la corteza de la barrita apuntó hacia unos “bungalows” espaciados entre la arboleda de la ribera.

—Medio millón, allí, al alcance de dos hombres emprendedores. Una chica de la alta, prisionera, custodia da por un tipo que escribe a máquina, y que no tiene ni media torta. Entre tú y yo, lo aplastamos.

Mouchet se puso en pie, y abrochó los botones de su largo abrigo que fue negro, remendado con parches de varios colores. Apuró el contenido de recuelo de su pote, y, escupiéndolo al río, masculló:

—Te subió el mosto a la cresta, Riton, viejo gallo desplumado, que no eres más que una porción de excremento metida en un

calcetín puerco.

—Me ofende la insinuación, Mouchet, porque he tumbado a bebedores muy superiores en aguante al que tengas tú, pedazo de inmundicia forrada en piel de hiena cobarde.

—Si pudieras meterle la zarpa a dos francos, no estarías aquí alucinándome con tus desvaríos, viejo chocho fétido.

—Mouchet, no me faltes al respeto, echando en olvido que andabas aún a gatas, cuando yo era ya un mocetón de pelo en pecho. La chica tiene su foto en los papeles. Es hija de un poderoso burgués con más millones que Onassis, y tú eres un trozo de estiércol pinchado en una pala.

—Que eres culto es archisahido, viejo bonzo. La chica vale medio millón, ¿por qué, sabio lechuzo carcamal?

—Esa es la moneda que citó el secuestrador que la tiene atada. Entramos en la cabaña con facilidad, porque duermo en ellas cuando están desocupadas y tengo un destornillador que abre entradas. Un botellazo al secuestrador, y yo me ocupo del resto.

Mouchet acabó de recoger su vajilla en él morral, y, pasando la bandolera por el hombro, dijo:

—Voy a dar la vuelta al puente, Riton. A medias en el negocio.

—El tercio para ti y vas que escarbas, verraco apestoso. Tú eres la fuerza y yo soy el cerebro.

—Conformes, mi respetable anciano. Estoy contigo ya mismo, talentudo Matusalén.

Y Mouchet subió por el terraplén opuesto hacia el puente, mientras Riton, acariciándose la venerable barba, pensaba en Montecarlo, en el “Palace” y en las juveniles bellezas que entibiarían su senilidad.

* * *

Álex Praviel fue a sentarse. Lo necesitaba.

El hombre del anorak y el rostro achatado, de estrechas rendijas por ojos, avanzó recogiendo del suelo lo que era un corto cilindro de plomo.

De su muñeca izquierda colgaba una larga y estrecha cinta elástica. Lo fue enrollando en torno a su muñeca, y el instrumento arrojadizo y recuperable que había quebrado el antebrazo y la muñeca de Leonard Gerbois, desapareció bajo la ancha manga, tras imprimirle Max una torsión sujetadora.

Señaló Praviel el teléfono:

—No tuve tiempo de llamarle, Max.

Palpitaron los delgadísimos labios rojos, y una voz queda, opaca, manifestó despaciosamente:

—Precipitó los acontecimientos con la hábil maniobra del secuestró inteligente, Alex.

—Le oigo hablar y no sé quién es usted.

—Si me identifica, ya no importa, puesto que de ahora en adelante, tendré que ser su sombra constante, Alex.

No cabía ya duda, pensó Praviel. Era una máscara de plástico lo que se tensaba cubriendo el rostro verdadero de Max:

El enmascarado, inclinándose, recogió el cuchillo de Gerbois, y parpadeó Praviel al ver que la punta acerada tocaba la pechera de la cazadora del inerte pelirrojo.

El acero fue cortando tirillas del tejido, mientras la voz opaca decía:

—Anteanoche, este individuo le visitó, llevándose el cuerpo de Orsini en una furgoneta. Es indiscutiblemente un experto en despistaje, porque no pude recuperar su rastro.

Aquel plástico tenso, donde solo oscilaba el plástico pintado de rojo labial, ¿qué rostro encubría?

—DOS tablas del ancho de un brazo, ¿puede buscarlas?... No se moleste, no van a hacer falta. Aquella carpeta, si la dobla, puede servirme. Es preciso entablillar los rotos huesos de su cómplice.

—Cómplice, cómplice... —refunfuñó Praviel empezando a doblar la recia carpeta señalada por la mano enguantada de gris oscuro.

—Su forzosa aceptación de colaborar con un “Avanpost” ha quedado bien aclarada y mejor resulta. Congratulaciones, señor Praviel. Si lo desea, en nuestra Sección tendría un buen empleo.

—No, gracias, no. Vamos a resolver lo pendiente, como sea, y después, quiero regresar a mi dulce monotonía, que echo tanto de menos. Creo que puedo ya confiar en usted, Max.

Max iba atando tirillas en torno a la doblada carpeta apoyada a modo de tablilla, a plano sobre el antebrazo derecho de Gerbois.

—Voy a darle una prueba más, Alex. Ayer se apeó usted en el andén de “Vavin”, se deslizó hacia la calle Lermontel, y entró en el número 10, subiendo al cuarto piso, donde estuvo una hora y cinco minutos con James Pigney. Envió un “pneu” a su prometida Colette,

y depositó dos sobres: uno en el buzón de recogida del “Echo du Matin”, y otro en el particular de Roland. Mientras, James Pigney secuestró amistosa mente a su novia, reteniéndola en un “bungalow” de Les Mureaux, alquilado aquel mismo día, así como un bote de motor. Un colega mío, hizo desaparecer de por los parajes el “Jaguar” comprometedor. Soy, pues su ayudante fidelísimo, Alex.

Max cogió por el cabello y el cinto al hombre desmayado, y lo sentó adosado a la parte inferior de la ventana, arrancando en brusco tirón la cortina.

—Me temo que su mobiliario sufrirá futuros y peores deterioros, Alex. Pagará mi Sección.

—¿Cuál es?

—La llaman de Choque.

Pasó Max la cortina bajo los sobacos del desvanecido, y formó un nudo triple atrás, insertándolo en torno a la falleba.

Alex Praviel, desconcertado, preguntó:

—¿Cómo pudo saber por dónde anduve, Max?

—Desde ayer a partir del alba sonrosada, cada pase que usted da, Alex, es controlado al compás de su pisada.

El enmascarado volvió la muñeca hacia arriba y alzó la esfera con su apodo secreto. Un mecanismo muy complejo quedó al descubierto. Aclaró:

—Un goniómetro localizador. Conecta con usted.

—¿Conmigo?

—Hay varias cosas que un hombre siempre lleva consigo en sus desplazamientos.

Se miró Praviel el reloj.

—No. Un reloj puede olvidarse. Pero nunca saldrá un hombre a la calle sin sus zapatos. Tiene usted tres pares, y todos con tacones de goma de persona ahorrativa. Bajo el tacón de goma de cada par, está el percutor del goniómetro. Dicho percutor moviliza el mecanismo montado entre dos láminas de acero, mecanismo que en mi goniómetro va señalando por dé cimas, su latitud y longitud. Basta leer un plano especial y se le localiza al instante.

—Pudieron pensar en lo mismo los del “Avanpost”. Veo, con placer, que están anticuados.

—Sacrificarían muchas vidas por poseer este aparato.

Descríbamelos. A éste ya lo conozco —y Max ensortijó los dedos grises en los pelirrojos cabellos, sacudiendo. La cabeza osciló de un lado a otro, pero Garbois siguió inconsciente—. ¿Los otros?

Relató Praviel su despertar en la habitación con el perro lobo, y la entrada de Cora Mornay. Se interrumpió, exclamando:

—¡ La doctora! Puede volver de un momento a otro.

—Desde aquí, veo perfectamente la calle y la verja. Durante el día, no puede enralearse el acceso del patio. Sería imprudente. Y su doctora aguardará la llegada de su Leo, sin impaciencia. Leo es un buen repartidor a domicilio, pero el tráfico es denso a esta hora del mediodía. Descríbame a los que le propusieron un trato y cuál era la proposición.

Describió Praviel al doctor André Mornay y a su hermana Cora, añadiendo:

—Desconozco sus nombres y el sitio donde residen.

—Creo que lo sabrá pronto. Prosiga.

Al término, comentó Max:

—Se desprende, por tanto, que lo emplearon como “gancho”, para atraer aquí a la banda de Nina Delorme y, en caso de accidente, su muerte no se relacionaría con ningún “Avanpost”. La injerencia de los componentes Delorme, importuna a los secuaces del doctor Z. Y ahora, si es sensible, vaya a otra habitación.

Con el cuchillo de Gerbois, Max fue sacando gruesas astillas de un lápiz.

Leonard Gerbois removió la cabeza y se llevó la zurda al antebrazo entablillado, quejándose roncamente.

Abrió los ojos y tras mirar a Praviel, se fijó en el enmascarado que terminando de tallar el lápiz, amontonó en una esquina de la mesa, las pequeñas astillas.

Una pierna de Gerbois se distendió mientras la otra tijereteaba a la vez.

Max saltó y sus botas, en el aire, describieron un vaivén. Ambas punteras chocaron en el pecho de Gerbois, que, suspendido por unos instantes de la torcida cortina que le sujetaba por las axilas, rebotó contra la pared, y volvió a quedar sentado, respirando fatigosamente.

Dos expertos en triquiñuelas, meditó Praviel. Las largas piernas del pelirrojo habían intentado una llave conocida en “catch” como

derribadora. Max había replicado con la patada chilena futbolística, pero de frente.

—El tiempo apremia, pelirrojo —declaró el enmascarado—. Antes le expusiste a Praviel un método inhumano de obtener declaraciones, y como el mango de tu cuchillo puede martillar adecuadamente, empezaré por tu muñeque izquierdo. De la mano, naturalmente.

—Oiga, Max —intervino Praviel—. Ya me dijo Leo que es solamente “X1”, y, por tanto, no conoce más que a “X3” que será la enfermera de los ojos verdes. Lo aclarará, sin necesidad de bestialidades.

Leonard Gerbois escupió con fuerza, en dirección al enmascarado. Max dio un paso de lado y su bota derecha se alzó, refregándose la suela contra la cara de Gerbois, presionándole la cabeza contra la pared.

—Es preferible que guarde silencio, Praviel —amonestó el agente de la Sección de Choque del servicio secreto francés—. Su Leo conoce perfectamente lo que necesito averiguar y que sólo averiguaré con bestialidades. Primera pregunta, Leo: ¿la identidad de la mujer de los ojos verdes? ¿Cuáles son sus nombres?

Leonard Gerbois asintió con lenta cabezada. Y dijo:

—Se llama Anita Ekberg.

Max bajó la diestra. El mango del cuchillo rebotó sobre el hombro derecho de Gerbois, que se encogió a un lado.

—La actriz sueca me encanta, pero no ahora, Leo. ¿Qué tienes en el antebrazo derecho, Leo? Una tablilla muy provisional que, atada, te sujeta los huesos rotos. Suelta, los deja libres y cada uno pretenderá ir por su lado, rajándote la piel. Voy a soltarla y tendré que taparte la boca con mi suela, porque gritarás como un condenado. Pero luego hablarás hasta quedar reseco.

Gerbois hizo una mueca burlona. Tristes los ojos.

La voz opaca seguía sonando implacable:

—Ni este consuelo te queda, Leo. Tienta con la lengua el espacio molar donde guardabas el pasaporte misericordioso al barrio sin regreso. ¿Encuentras el empaste? No, no lo encuentras, porque te lo quité. La conocemos demasiado vuestra famosa cápsula suicida.

Una expresión de angustia temerosa alentó en la cara del pelirrojo.

—Tu empaste con la cápsula de cianuro, está en mi bolsillo. No vas a morir a tu gusto, Leo, sino al mío.

Alex Praviel se mesó los cabellos, incorporándose.

La cabeza de Max giró un instante, y la rendija ocular le escrutó.

—Hasta luego, Praviel. Si yo pudiera, también me iría a otro lado.

—Leo —apremió Praviel—. Estás perdido y serás un estúpido soportando barbaridades que te harán hablar de todos modos. Déjeme interrogarle, Max. Sólo unos minutos, por favor.

Max dejó el cuchillo sobre la mesa y abandonó el despacho.

Praviel volvió a sentarse en su sillón.

—Puerco hipócrita —silabeó Gerbois.

—Yo ignoraba que Max estuviera aquí, Leo. Y si no llega a estar, te sales con la tuya, que era convertirme en carroña. Pero ahora, esto es lo de menos. Este tipo no es como yo. El es un técnico, y me temo que os da cruz y raya a vosotros. ¿Qué te espera si hablas? Una larga condena, un posible indulto algún día...

—Me espera doña Guillotina, si cantan los otros, y por esto no puedo yo cantar. Si atrapan al doctor y a su hermana, dirán que yo... Estoy perdido, en efecto, Praviel, pero no quiero tu compasión.

—O sea que la enfermera es la hermana del doctor, y son franceses, con acento muy parisiense. Bien, no quieres revelar su identidad. Dime entonces la de cualquier otro. Por ejemplo, la otra “Y” que tú conoces, eliminado Lambert.

—No tardarás en conocerla tú también y procura, entonces, tener los reños que tengo yo. Abreviemos. Que venga el otro. Por lo menos con el otro puedo intentar que se pase de rosca y me dé el “R.I.P” pronto.

—Piénsalo.

—Adiós, Praviel. Ya te iré preparando el sitio allá donde voy a ir.

Alex Praviel salió del despacho y en el pasillo contempló la siniestra figura del agente de la Sección de Choque.

Pasando por su lado, dijo Max:

—Hoy él, mañana yo.

Praviel asintió. Así era aquella lucha bestial y tenebrosa, donde la compasión estaba exenta.

El grito agudo de Gerbois llegó a sus oídos, reprimido

brutalmente.

Saliendo al jardín, Praviel, torcidos los labios en crispación dolorida, evocaba el sufrimiento agudo de un brazo roto, cuándo antes de enyesarlo, el médico comprueba dónde está la fractura.

Y Max era un cirujano que no operaba dolencias, sino que las producía.

“Que se pase de rosca”, pidió mentalmente. Esto había solicitado como última petición, el pelirrojo asesino cuchillero, deseando que Max no pudiera medir el lindero entre el grado superior de resistencia humana y el ingreso en la muerte.

—Lindero, línea divisoria —soliloquió paseando—. Esto me dijo el doctor Z. Tal vez me convendría pedirle prestada la cápsula a Max.

Los minutos pasaban lentos. En la ventana repicaron los dedos enguantados de gris plomizo.

Poco después, Alex Praviel contemplaba a Leonard Gerbois, desmadejado, pendiente del atadizo de la cortina.

Del pecho sobresalía el mango del cuchillo, destilando sangre.

La voz opaca anunció:

—Era fuerte su Leo. Empleé su cuchillo para dar un martilleo, y él hizo uso de sus dos manos para hundirse la mía con el cuchillo, en el corazón. Una energía sorprendente.

Max iba colocando sobre la mesa todo lo que sacaba de los bolsillos del muerto.

—Voy a airearme un poco, Max. Al café de la plaza. Si vienen más visitas, hágaless todos los honores de la casa.

A solas en el despacho, Max fue examinando los objetos personales de Leonard Gerbois. Seleccionó la tarjeta de una casa comercial, en cuyo dorso un lápiz azul había escrito:

“Olivia. MON-45-52.”

Disco las letras y números en el teléfono.

Por la ventana podía ver a Alex Praviel yendo hacía la plaza del pueblo.

Se quitó Max la máscara elástica, que envolvía prietamente su cabeza, manteniéndose tensa por medio de una lámina metálica bajo la barbilla, y donde el cabello crespo y negro era una parte integrante de aquella ingeniosa funda de plástico pintado.

Apareció el rostro de Gaston Marlou, el “tarugo”, el hombre

necio y pesado, según Colette Roland.

Al oído de Gaston Marlou, una voz declaró:

—...Pensión Marcella. ¿Dígame?

—...Olivia, por favor —y la voz cavernosa parecía brotar de los destrozados pulmones del inerte pelirrojo.

—...Un momento. Voy a ver si está.

Poco después, una entonación cantarína, preguntaba:

—...¿Quién?

—...Habla Leo, y te necesito. Ven inmediatamente a...

—...Número equivocado, señor. No conozco a ningún Leo.

Colgaron.

La máscara volvió a ceñir la cabeza del agente de la Sección de Choque, que fue marcando otros números y apenas obtuvo la comunicación, habló de nuevo opacamente

—...“Semilla de rencor”. Pronto, un compañero a la Pensión Marcella de Montparnasse. Averigüe quién es Olivia, y que la siga.

Pasaron los segundos, mientras eran dadas las órdenes para que otro agente fuera inmediatamente a la dirección indicada.

—...Salió ya. ¿Qué más?

—...Otro de vosotros, será la segunda sombra de Olivia, siguiéndola por todas partes, sin detenerla, anotando las direcciones, sitios donde vaya y cualquier anomalía usual: compra de periódicos, cambios de moneda, entrada en cabina telefónica, examen del listín... Todo lo rutinario, pero con extrema atención.

—...No tenemos ninguna ficha de Olivia de Montparnasse.

—...Forma parte de la red tercera del Barrio La tino. Conecta cuando haya salido la segunda sombra.

Aguardó Marlou, mirando siempre por la ventana, introducida la diestra en el profundo bolsillo del anorak gris plomizo.

—...Partió. ¿Qué más?

—...Comunicad con Nadia. Que vigile. Nada más.

Ahorquillando el aparato, se levantó Gaston Marlou.

Fue su último movimiento natural.

Un redondel estrellado se formó en el cristal de la ventana, y simultáneamente, Gaston Marlou se llevó las dos manos enguantadas a la garganta.

Por entre los dedos crispados, sobresalía un objeto plano, similar a las aletas terminales de una cola de pez.

Sus espaldas chocaron con la pared, y fue deslizándose lentamente, resbalando hacia el suelo, donde se estremeció en varias convulsiones agónicas, hasta quedar relajado, con la infinita quietud de la muerte.

(4) Vagabundos típicos de la capital parisiense, que habitan bajo los puentes de los arrabales y se señalan entre sí, los sectores para recoger alimentos y bebida. (N. del E.)

CAPÍTULO IX

Alex Praviel, saboreando el café con coñac, tras haber devorado un “filete a caballo”, seguía con íntimo afecto a los contertulios del café pueblerino.

Gente normalísima, abatiendo naipes con ruidoso entusiasmo, bebiendo aperitivos con satisfacción siempre renovada y haciendo comentarios de reconfortante vulgaridad.

Sabía que le consideraban un excéntrico, pero eran seres humanos con sus limitaciones benditas y sus pequeños problemas triviales. Seres muy humanos en su normal rutina diaria, con sus rachas de optimismo constructivo y sus arrechuchos de pesimismo pasajero.

En la calle, y, bordeando el seto al otro lado de la acera conducente a su domicilio, Praviel silbaba una marcha fúnebre, inconscientemente. Pensaba en el doctor y su hermana, que pronto caerían en las redes tendidas por los energúmenos de la Sección de Choque del contraespionaje.

Resolló, asombradísimo, porque no eran aún las dos de la tarde, y, sin embargo, un repentino eclipse acababa de oscurecer la luz del día.

Forcejeó inútilmente, atraído con fuerza, apartando en contra de su voluntad el seto, quebrando ramas y derrumbándose al suelo, sobre la hierba del solar al otro lado del seto.

Una tela áspera le envolvía desde la cabeza hasta las rodillas, apretándole los brazos contra el busto y adhiriéndose ajustadamente en torno a sus muslos.

No podía ver que era un saco de arpillera ni podía identificar a la pareja que, con destreza y celeridad, le introducía en la cabina posterior de una camioneta.

Alex Praviel desistió en su inútil esfuerzo muscular.

Lo habían cazado, en pleno día, y con una maestría que denotaba larga práctica o un entrenamiento especial.

La camioneta se puso en marcha y su traqueteo fue aumentando progresivamente.

Alex Praviel imprecó entre dientes reprochándose su carencia

del sentido de alerta, que le convertía en un saco humano, en un monigote muy grotesco, la plena antítesis del héroe de película.

Perneó rabiosamente, y, de pronto, rió con alivio al pensar en el tacón de goma de sus zapatos.

El percutor del goniómetro localizador...

Max no tardaría en rescatarlo.

* * *

Cora Mornay, entrando en el despacho del ausente traductor, dedicó una breve ojeada a Leonard Gerbois. Murmuró una sola palabra a modo de epitafio: —Estúpido.

Avanzando, se inclinó sobre el cuerpo de Gaston Marlou, arrancando con fuerza el largo proyectil que atravesaba la garganta del difunto agente Max.

El proyectil semejava un grueso y largo alfiler, con un rematé propulsor en forma de cola de pez.

Cora Mornay limpió el extraño proyectil con el pañuelo que, sobre la mesa, se hallaba mezclado a los restantes objetos personales de Leonard Gerbois.

Un proyectil que era disparado sin el menor ruido por una carabina de muelles especiales, sustituyendo la pólvora y el aire comprimido. Una carabina desmontable que ocupaba muy poco espacio al fraccionar se en tres cuerpos, cañón, portagatillos y culata, y que podía llevarse en un bolso femenino.

Tanteó Cora Mornay el rostro de Max, y retiró la máscara de plástico, atrayendo hacia abajo la lámina metálica. Escrutó con indiferencia el rostro exangüe de Gaston Marlou.

Sentándose en el sillón giratorio, fue montando la carabina, introdujo el proyectil y dejó el arma con la culata apoyada en el suelo y el cañón reclinado contra la parte inferior de la mesa, a su derecha.

Miraba fijamente la máscara de plástico, y después examinó las botas, el pantalón negro, de esquí, el anorak amplio, los guantes grises...

Una tenue sonrisa se dibujó en los gruesos labios femeninos, al ver en la muñeca derecha del agente Max, la extraña esfera plateada y las tres letras fosforescentes.

En pie, Cora Mornay se quitó la negra chaqueta y rodeó con sus dos manos el antebrazo izquierdo de Gaston Marlou. Atrajo y a

rastras se llevó el cuerpo, que volvió a su inmovilidad, tendido en el suelo del cuarto de baño.

Cora Mornay empezó a desvestirse.

A su regreso del caté de la plaza, Alex Praviel hablaría con fiadamente con su auxiliar de la máscara plástica y el anorak.

* * *

Alex Praviel llevaba un largo rato guiándose únicamente por el sentido del oído. La camioneta había recorrido unos diez kilómetros, antes de efectuar una parada que no era debida a señales del tráfico.

No podía ver a Edmonde Lian-Mey, más conocida por Zezé, abriendo una puerta del garaje, en el patio delantero de una casa de las afueras de la capital.

La camioneta, conducida por Xavier Ruano, penetró en el garaje, cuya puerta cerró Zezé.

La luz eléctrica inundó el recinto, con cabida para varios coches.

Xavier descendió y fue a coger una manguera en rollada sobre la mesa de reparaciones mecánicas. Y su acento sudamericano matizó con inflexiones melosas el idioma francés:

—Ten cuidado ahora, linda. Levantas poco a poco el saco, porque el que está dentro no es un inválido, y apenas yo rodee con el caucho las rodillas del fulano, empiezas a retirar el saco, pero poquito a poco, sin prisas, linda.

Subieron los dos al compartimiento posterior y arrodillados a cada lado del fardo humano, actuaron con precisión.

Zezé soltó el nudo de la cuerda en la bocana del saco, al terminar Ruano de enrollar una vuelta de manguera en torno a las rodillas de Praviel, haciendo torniquete con el metálico enchufe destinado a enroscarse en un grifo.

El caucho fue envolviendo, sirviéndose el argentino del tubo de aspersión del agua, como de una larga aguja que iba deslizándose bajo el torso recostado, mientras Zezé iba retirando lentamente el saco.

Los brazos de Praviel siguieron adheridos, con mayor pegajosidad ahora, a sus costados, y el tubo quedó introducido entre las espirales de caucho, a su espalda, cerrando perfectamente el atadizo especial.

Zezé, la de los ojos achinados, revestía su esbeltez casi

esquelética, con un encantador modelo de vestido de tarde, llamado “Fiel Tergalina”.

Xavier Ruano había sido descrito con excelente pupila de pintor por Leonard Gerbois; un gigoló maduro. Con zapatos negros de broche lateral de plata, traje marrón oscuro, camisa de seda y corbata mariposa, alargada y estrecha, blanca a rayas pardas.

Zezé se distendió con flexibilidad, abandonando el interior de la camioneta.

El yudoka, cinturón negro, empujó por los hombros al prisionero, cuyos zapatos tocaron el suelo, mientras el cuerpo seguía aun inclinado formando ángulo, retenido de los hombros por las vellosas manos de Xavier Ruano, que indicó:

—Podrás dar pasitos cortos, amigo, hasta la mesa de reparaciones y no me digas que no, porque es que sí.

Estabilizado en pie, Alex Praviel había decidido ser un ejemplar de docilidad a toda prueba. Ya vendría Max a sacarle del apuro.

Podía mover los pies lo suficiente para andar, pero no lo bastante para patear.

La mesa de reparaciones era larga, como un banco de taller, con su torno, su sierra mecánica y diversas herramientas más.

Zezé se mantenía en pie, a un extremo, junto al torno en el cual apoyaba una larga mano escuálida.

Alex Praviel, terminando su recorrido, se volvió para acomodar la parte inferior de su espalda en el borde del banco.

Xavier Ruano le contemplaba con ojos aterciopelados que debían saber expresar fingida pasión, pero que en aquel momento rebosaban maldad nativa, acrecentada con los años.

—Ante todo, mi dilecto amigo, pondremos en claro un punto de vital importancia para ti. Si tus explicaciones me apabullan por sinceridad, terminaremos pronto, con gran disgusto de esta linda galga llamada Zezé.

La aludida acariciaba unas tenazas y el argentino añadió:

—Esta chiquilla es así de malévola. Yo creo que odia a los hombres y trata de saciar, cuando se tercia la ocasión, el peso cruel y amargo de un desengaño adolescente de “piba” ilusa. Una edad candorosa en que las penas de amor hacen sangrar el corazón, “ché”.

Apretó Praviel los labios, porque su maldito retardo en el

funcionamiento de las endocrinas, iba a inspirarle una frase imprudente: “Música dulzona de bandoneón, maestro”.

—“Eztaz” yendo por “las ramaz, Xavier” — afirmó la anamita.

—Linda parla embrujadora —sonrió Ruano siniestramente—. Esta chiquilla tiene mucho sentido práctico en la cabecita. Vamos pues al tronco, “pebeta”. ¿Qué te pasó con Floro, tú?

—Floro Orsini quiso alojarme un balazo, y le madrugué.

—¡Rico tipo! —sonrió Ruano, como si tuviera dolor de muelas—. Y así como así, no te inmutas, tras anunciarme impasible, la muerte canija de un compadrito de fatigas. Eres un descarado, “ché”.

—No se trata de descaro, sino de sinceridad, que es lo que me pides.

—Afinas de maravilla, amigacho. Sigue pues con la franqueza que enoja a la linda galga verduga. Tú retrataste algo durante la exhibición de trapos de las nenas Delorme. ¿Qué fue?

—Un broche que Zezé llevaba prendido en una piel de zibelina.

—¿Por cuenta de quién te dedicas a ser fotógrafo ambulante?

—Por cuenta de Leonard Gerbois.

Ruano miró interrogante a Zezé, que se encogió de hombros, dando a entender su desconocimiento del citado. Sopesaba un cortafrío.

—Aclara, atorrante. No conocemos a ningún fulano Gerbois.

—Es un pintor callejero, pelirrojo, que suele recoger óbolos para comprarse pinturas y lienzos, en la acera derecha del “Boul-Mich”, bajando del Luxemburgo.

—Clarito suena, pero falta lo que importa. Este pintor callejero es un mero operario, y lo que nos interesa es conocer a la jefatura.

—Un doctor y su hermana.

—Progresamos, Zezé —y se acarició Ruano el amplio mostacho, negrísimo gracias al tinte—. Qué pena no más, chiquilla... No podrás ejercer tus mañas seculares con este muchacho tan llanote. Dinos ya cómo se llaman el doctor y su hermana.

La pregunta temida, pero cuya respuesta daría tiempo a que Max hiciera su tercera presentación.

—Frederic Juillard y Ántoinette.

Deseaba Praviel fervorosamente que ni el argentino ni la anamita hubieran leído la novela “Semilla de rencor”, de cuyos dos

personajes principales acababa de aprovechar las identidades.

—¿Y dónde viven los hermanitos?

La melosa entonación del argentino le empezaba a crispar los nervios al interrogado.

—En Poissy.

—Arrabal casi de París, con treinta mil habitantes por lo menos, “che”.

—Calle Latour, “Villa Monrepos”.

El domicilio de Antonette en Nueva Orleans, según la novela.

Zeze produjo un ruido que sorprendió a Praviel, hasta comprender lo que lo motivaba.

La anamita había puesto en marcha la sierra eléctrica, y volvió a desconectar el motorcito, diciendo:

—“Ez un embuzte”.

—¿Por qué, mi galga? —quiso saber Ruano.

—“Rezidi en Poizy trez mezez”, y no hay ningún doctor Juillard ni calle Latour ni “Villa Monrepos”.

Se pasó Xavier Ruano la vellosa diestra por el cráneo calvo al manifestar:

—Te jugaste el bigote, “ché”. Ella anhela interrogarte con su estilo muy personal.

Zeze, empuñando un alicates, se aproximó, caminando con la majestuosa prestancia de su profesión.

Xavier Ruano añadió:

—No te dejes llevar por el entusiasmo, linda. Le queda mucho por decir al compadrito.

A un paso de distancia, ante Praviel, expuso ella:

—El hombre tiene “unaz cejaz bonitaz”, ¿verdad, “Zavier”?

—Espera un momento, linda —apremió Praviel, húmeda la nuca—. Las señas que me dio Gerbois, son las que he revelado.

El alicate mordió duramente el aire a escasos centímetros de la ceja derecha de Praviel, y bajó abriéndose hacia la nariz. Dijo Zeze:

—El hombre tiene una nariz romana, ¿verdad, “Zavier”?

El argentino, cruzado de brazos, declaró:

—Esta chiquilla es así, qué le vas a hacer.

El alicate se cerró ruidosamente a milímetros de la nariz romana.

Anhelante, evocó Praviel la silueta del anorak y la máscara de

plástico.

El alicates se abrió y sus heladas mandíbulas es triadas, abarcaron en suave pellizco una mejilla sudorosa.

Fulgentes los achinados ojos, comentó Zezé:

—"Zi ze dezmayá" trae un cubo con agua, "Zavier".

Alex Praviel perdió toda noción de la más elemental galantería.

Saltó hacia arriba en impulso vertical y sus dos rodillas juntas, chocaron con el descarnado estómago femenino, mientras su cabeza embestía con rudeza.

Edmonde Lian-Mey cayó de espaldas rebotando su nuca contra el suelo, y permaneció quieta, desmayada.



Max fue examinando los objetos personales del difunto

Xavier Ruano se rascó el mostacho con la uña del pulgar.

Praviel contempló el alicate en el suelo. Sólo había podido pellizcar, pero le sangraba la mejilla. Dijo:

—Un cubo de agua para la “zopitaz”, Xavier. Si fueses más hombre, no consentirías que esta desgraciada, que es una enferma mental, se dedicase a menesteres ajenos a su supuesto sexo.

El argentino, doblando los brazos, colocó las abiertas manos a la altura de sus hombros y anunció:

—Te voy a colocar de modo y manera que no puedas moverte más, “che”. Tendido sobre la mesa de operaciones, a cargo de las próximas atenciones particulares de la muy enojada Zezé. Le partiste la boquita a la galga, “che”.

Praviel calculó que la única arma que podía, manejar era la cabeza.

El argentino avanzó lentamente.

* * *

—Tengo hambre, Bibi.

—Y yo también, pero son solamente las tres de la tarde.

—Desde anoche, sólo he comido medio salchichón grasoso, apenas dos porciones de queso reseco y ni siquiera una libra de pan. Eres muy malo, Bibi.

—Pronuncias mi apodo como si regañases a un perrito meón y travieso.

—Es latoso e irritante verte aporrear la máquina con ahínco, mientras yo estoy aquí, sin nada que hacer. Dame un poquito de queso, Bibi. Debo ser una secuestrada poco consciente. ¿Las otras no tenían hambre, Bibi?

James Pigney, suspirando, hizo una cruz sobre la última palabra que había pasado en limpio del borrador y levantándose, pasó a la cocina-aseo.

Mouchet tras la puerta, bajó el brazo en cuyo extremo mantenía por el gollete, la botella vacía.

La botella saltó en pedazos al estrellarse sobre la cabeza de James Pigney.

Colette Roland gritó angustiada al ver aparecer a Riton, él “clochard” de las torvas facciones y la barba venerable.

* * *

Xavier Ruano, a un paso de distancia de Praviel, alargó rápidamente un brazo, y Praviel, pies juntillas, saltó dos pasos de lado.

La otra mano del argentino se engarfió en torno a una de las

espirales de caucho. Praviel cabeceó con saña, pero el argentino esquivaba fácilmente, empleando con ciencia su envergadura.

Ruano adelantó una pierna, se ladeó, atrajo y valiéndose de la cadera como catapulta, proyectó a Praviel con los pies hacia arriba, obligándole a describir una voltereta.

A la vez, empujó, y Praviel quedó acostado sobre la mesa.

Sacudiendo la cabeza para despejar el efecto del impacto sobre la madera, trató Praviel de incorporarse, pero tenía la impresión de ser un torso humano, pesadísimo como el plomo y sin el menor recurso.

—Te lo buscaste, “ché”.

El seco toque de canto que recibió en la carótida, le pareció a Praviel un alevoso golpe con el alicates cerrado. Perdió el sentido, mientras el argentino se contemplaba el canto calloso de la diestra.

* * *

Riton manifestó, torcida la desdentada boca:

—Otro chillido y te lesionas gravemente, bombón. ¡Mouchet! Me atas bien al rubio.

Mouchet respondió con un murmullo inteligible.

No podía explicarse su postura. La botella se había roto, el rubio se había tambaleado, y ahora, él, Mouchet, se encontraba adherido contra la pared, con un antebrazo ajeno bajo el mentón, apretándole de modo asfixiante el gaznate.

Sus pies no tocaban el suelo, y el gollete con sus aristas había arañado inútilmente el aire, porque el rubio que no tenía “ni media torta”, le había doblado la muñeca, torciéndosela sin piedad.

La muñeca le había quedado anquilosada a Mouchet que pretendió patalear pero no hallaba carne. A su lado, el rubio agitaba las dos manos como si moviera una coctelera.

La cabeza de Mouchet chocó repetidamente contra la pared, asida por las dos orejas, doliéndole atrozmente como si fueran a desprenderse del cráneo que le resonaba como un tambor palmeado por un salvaje.

Desde el cuarto de estar, reconvino Riton:

—No te cebes en el caído, pedazo de sebo maloliente. Te limitas a atarlo, que esto es lo convenido, Mouchet.

Colette Roland sentía verdadero miedo por vez primera. Aquel vagabundo que despedía un acre olor a suciedad reconcentrada en

varias capas, tenía un brillo repulsivo en los ojillos legañosos.

Riton alargó una mano escamosa y las yemas acariciaron la tersa mejilla.

Jadeó él vejestorio:

—Eres un bombón.

—¡ Toma chocolatín!

La exclamación de James Pigney atemorizó a Riton, que recorrió a impulsos del manotazo, varios pasos, tropezando con una silla, tratando de recuperar el equilibrio con una mesita, y, cayendo por fin, con estrépito.

Perneó desesperadamente, gritando:

—¡Soy un pobre viejo inofensivo, señor!

—Inofensivo te voy a dejar yo —afirmó Pigney palpándose la coronilla ensangrentada.

Su pie derecho se disparó, y alcanzado bajo la mandíbula, Riton se recostó hacia atrás, permaneciendo inmovilizado, sin sentido.

Colette Roland sonrió aliviadísima, pero reprochó:

—Es un anciano asqueroso, pero anciano al fin y al cabo, Bibi. Estás de una brutalidad estremecedora y la sangre te resbala por la cara. ¿Quieres que te haga una cura?

James Pigney entró en la cocina y regresó llevando a rastras a Mouchet.

Lo mantuvo sentado, reteniéndole la cabeza entre las rodillas, y cogiendo por el cuello del abrigo a Riton, lo removió.

Contemplaba admirada Colette la maniobra cuyo final dejó a los dos vagabundos, espalda contra espalda, unidos los codos en forma extraña.

Los brazos inertes de Mouchet habían enlazado los codos del desmadejado Riton, apoyado en su espalda. Tiró Pigney de las mangas de los dos abrigos, anudando los extremos.

Desabrochó los cordones de los zapatos, atándolos entre sí, y al incorporarse, definió:

—La báscula columpiante. Dos prisioneros amarra dos de este modo, cuanto más se columpian, tanto más se incrustan.

—Ven aquí, Bibi. Tengo que examinarte la cebolleta rajada.

Acudió Pigney confiado, pero retrocedió de pronto, aún despierto el sentido legionario, y denegó:

—No sucumbiré a la perfidia femenina, porque así se lo prometí

a mi papá, antes de zarpar a conocer mundo.

—Estos dos maleantes te denunciarán, Bibi.

Se pasó Pigney el índice por la garganta:

—Cerdo bien sangrado, nunca gruñe.

—¡Oh, no, Bibi! No puedes degollar tan horrible mente, como si fueras un carnicero sin alma.

Pigney se vertió coñac en la coronilla, masticando miga de pan, que fue aplicando como apósito infalible que mantuvo en su sitio con un pañuelo anudado bajo la barbilla.

Rió Colette al verle reaparecer.

—¡ Estás monísimo! Debe ser cierto que soy una cabeza de chorlito, Bibi, pero no consigo cogerte ojeriza, por más que me esfuerce. Acabas de salvarme del oprobio que pretendía imponerme un viejo optimista, que en plena senectud y estando al borde de la tumba, aún se sentía ternerrillo.

—Calla un poco, porque me entonteces. Todo sea por el medio millón que vales, doncella.

Pigney fue tirando de los dos cuerpos, empleando las mangas anudadas a modo de yunta de arrastre. En cerró a los dos vagabundos en la única alcoba.

—Estás arrebatador con este pañuelo. Pareces un anunció del dolor de muelas, Bibi.

—Tú eres la que me das dentera. No te comportas como una secuestrada sensata, sino como una niñata alocada.

—Es que yo soy así y me sienta bien. Hagamos un trato, Bibi. Yo te prometo que cobrarás el medio millón, y no te denunciaré, pero me has de dejar libre ahora mismo, porque ya estoy harta de...

—¡El que está hartó soy yo! Medita que tanto me da entregarte hablando o remitirte muda eternamente. A las ocho iré a recoger el saco con los papiros y mientras, silencio absoluto o te encierro con los dos "clochards" que se sintieron agresivos.

* * *

Alex Praviel abrió los ojos, removiéndose con progresiva celeridad.

Que se pudiera mover era ilógico, pero tenía que aprovechar hasta el menor resquicio de lo absurdo.

Nada se ceñía a su cuerpo y saltó libremente de la mesa, adoptando una postura belicosa, al empuñar el primer objeto

pesado que palpó: un mazo.

En el suelo, Zezé, ya no aparecía boca arriba, sino encogida de lado, con las muñecas unidas a los tobillos por un alambre.

Xavier Ruano parecía querer imitar a la anamita, en su postura de semiarco, pero otro alambre tenso, completaba el arco.

Semejaba un durmiente, emitiendo ronquidos sonoros.

Desde la ceja izquierda hasta el maxilar del mismo lado, la carne hinchada, presentaba una coloración indefinible, donde el azul combinaba con un rojo subido.

—Max, mi ángel de la guarda —silabeó Praviel complacido.

Pestañeó sorprendido, porque no divisaba la silueta ya familiar del anorak, sino a una mujer desconocida.

Morena, esbelta, de grandes ojos grises, vestida de claro azul y sosteniendo en la diestra una larga boquilla de ámbar que se prolongaba en el humeante cigarrillo.

CAPÍTULO X

—Nadia Lenclos —anunció la bonita morena de grises ojos—. Nos presentó su novia en la fiesta de Nina Delorme, ¿recuerda?

—Verla de nuevo ha sido un deleite renovado que multiplico por cien, dado mi caso. ¿A dónde va?

—Nos vamos en mi coche, señor Praviel.

—¿Y esta pareja?

—Vienen a recogerla.

Fuera del garaje, se dirigió ella hacia un "Simca" estacionado junto a la acera, y, sentándose tras el volante, expulsó el cigarrillo, soplando en la boquilla, que guardó en su bolso, junto a una automática.

Instalándose a su lado, manifestó Praviel:

—Es imposible que usted Sea Max.

—¿Conoce usted realmente a Max? —sonrió ella, poniendo el coche en marcha.

—No conozco su verdadera cara, pero es indiscutiblemente un hombre. Sin embargo, usted ha actuado con una eficiencia digna de Max.

El "Simca" adquirió velocidad, y explicó Nadia Lenclos:

—Pertenezco al mismo servicio que Max, cuya verdadera identidad desconozco al igual que usted.

—¿Cómo pudo saber dónde estaba yo?

Estiró ella el brazo derecho, en cuyo antebrazo, una gruesa moneda de oro aparecía ceñida por un brazalete. Una joya muy femenina.

—Comprendo. Es el goniómetro localizador.

—Veo que Max ya le explicó, pero lo que usted ignoraba era que me encomendaron la misión de seguir le, si sus pasos se alejaban demasiado de su domicilio. Aludió a mi eficiencia, pero espero que no me considere un marimacho.

—Ni mucho menos, ya que es usted una deliciosa Eva, pero el argentino es un yudoka.

—Me ofrecía la ancha espalda inclinada sobre usted, y recibió el culatazo sin previo aviso. Había alambres al alcance, y Zezé seguía

sin poder cecear, aunque cuando se recobre, ceceará mucho más. Nina Delorme estuvo declarando este mediodía y recibirá solamente una amonestación, ya que se ha comprobado que no era la que dirigía el grupo, sino Joel Saturnin, que ha logrado huir de Francia, porque debió presentir que su banda estaba ya a punto de ser copada.

Examinando el fino perfil de camafeo, comentó Praviel:

—A ratos me hace el efecto que soy un títere manejado por hilos de tira y afloja.

—El “Avanpost” le empleó como detonador, es decir, como medio para eliminar la banda de Saturnin, ya que el broche que usted retrató, no tenía ningún significado. No debe experimentar el menor complejo de inferioridad, ya que dentro de sus capacidades y en el remolino en el que tiene que ir nadando, actúa magníficamente.

—Como el payaso que en el circo tiene su papel bien señalado, recibir todas las tortas.

—Voluntariamente aceptó jugarse la vida al proteger la de su novia, y esto, señor Praviel, requiere mucha valentía. Nos ayudó a terminar con la banda de “Avanpost” porque tenemos ya vigilado al segundo enlace. Una muchachita de aspecto trivialmente idéntica a las que abundan por el Barrio Latino.

—Entonces, ¿van a cazar al doctor y a su hermana?

—En todo caso, tenemos la certeza de que Olivia, será más fácil de interrogar que Gerbois.

—¿Olivia? Así se llamaba la muchacha rubia que le pidió un préstamo a Leo y mencionó un café llamado “Petit Coin”.

—Donde ya tenemos a un hombre de nuestra Sección, porque allí iba mucho Gerbois, en vida.

—Es extraño que una mujer tan femenina como usted, se mueva con esta soltura por caminos tan sanguinarios.

Rió ella alegremente:

—Todo es cuestión de aprendizaje, entrenamiento y afición al riesgo.

—Entonces, yo nací para sedentario, porque no me atrae el andar siempre en espera del golpe inesperado, procedente de quien menos lo espera uno.

—Yo era una tranquila y aburrida provinciana, cuyo único

pasatiempo consistía en estudiar idiomas, hasta que un día conocí a un hombre fascinante, de jovial rudeza. Es el actual jefe de la Sección de Choque, y lo era ya por entonces, pero lo ignoraba yo.

—Debo ser anticuado, porque estimo que las mujeres nacieron para ser esposas y procrear, Nadia.

—Ambas posibilidades no quedan descartadas para mí —rió Nadia Lenclos—. Bien, señor Praviel, entramos ya en su tranquila aldea.

—Lo era, y espero vuelva a serlo pronto, gracias a usted y Max.

* * *

Cora Mornay, calzada con las botas de Max, revestido el pantalón negro de esquí, el anorak gris plumizo y enguantadas las manos, examinaba la máscara con el casco de crespo cabello negro.

Una lengüeta tras la parte que en el plástico imitaba unos labios, era la que emitía una tonalidad siempre constante: opaca.

Las rendijas ante los ojos, tenían una delgada hoja transparente, pintada de negro con un barniz químico que no sólo dejaba ver con toda claridad, sino que además aumentaba a modo de lupa.

Un ingenioso disfraz que permitía a cualquier agente ser “Max”, cuyo reloj-contraseña, ceñía ya la muñeca derecha de Cora Mornay.

Resonó el timbre del teléfono en el despacho. Fue ella a coger el aparato, escuchando, sin hablar.

La voz del doctor André Mornay inquirió:

—...¿Señor Alex Praviel?

—...Ausente por unos momentos. Le espero.

Al otro lado del hilo, Mornay había ya reconocido la grave modulación de contralto y manifestó:

—...Sin imprudencias innecesarias y sin dilaciones.

—...No tardaré mucho más. Terminaré la misión que no pudo realizar el pintor.

Colgó ella, y se ciñó la máscara, sentándose en el sillón giratorio.

La macabra presencia del pelirrojo Gerbois no alteraba la impasible frigidéz de Cora Mornay.

* * *

Alex Praviel, viendo alejarse el “Simca” conducido por Nadia Lenclos, encogió los hombros. No era de su incumbencia preocuparse por la azarosa profesión que había elegido la ex

provinciana estudiante de idiomas.

Al entrar en su despacho, alzó una mano en saludo cordial.

—Hizo bien en esperarme, Max, y resultó muy oportuno que se ocupase de colocar otro guardaespaldas en mi estela. Nadia es deliciosa y efectiva. ¿Sabe lo que me pasó?

La figura enmascarada denegó con la cabeza de tensas facciones achatadas, estrechas pupilas de azabache y negro cabello crespó.

Sentándose en el diván, volvía Praviel la espalda a la ventana. Dijo:

—Hubiera preferido no ver más a Leo. Rezuman ustedes una dureza, necesaria sin duda, pero que escalofría a un timorato como yo. Cuando salía del café, me cazaron tontamente, embutiéndome en un saco. Me trasladaron a un garaje, donde conocí de cerca, de demasiado cerca, al argentino Ruano y a Zezé, la anamita.

Cabeceó Cora Mornay asintiendo y prosiguió Praviel:

—Fíjese en mi mejilla y en mi frente. Con estos dos arañazos y el de la garganta, tendré que decir que me afeité a tientas, en el tren. La pareja quería saber quiénes demonios eran el doctor Z y su hermana. Y yo sólo sé que la morenaza de los ojos verdes, es hermana del doctor, porque se le escapó a Leo, hablando conmigo.

La voz, grave y femenina, se convirtió en opaca, sin matices, al pasar a través de la lengüeta:

—Ruano y Zezé juntos, han de ser temibles.

—Lo fueron mientras estuve rodeado por los prietos anillos de una boa que era una manguera. Lo único que logré, fue noquear vergonzosamente a una mujer enfermiza. Quise bregar con Ruano, pero me tenía a punto de pepitoria, cuando intervino Nadia Lenclos, su auxiliar o por lo menos una de su cuadrilla... Perdón, de su Sección de Choque.

Asintió Cora Mornay y Praviel sonrió complacido al agregar:

—Afortunadamente, me queda ya poco de todos estos agobiantes trotes.

—¿Por qué?

—Por lo visto, ustedes sólo tenían una pista doble: Leo y yo. Muerto Leo, quedaba yo, pero de pronto sus compañeros han localizado a otra “X” o “Y” del condenado “Avanpost”.

Cora Mornay, tras la máscara, palideció intensamente mientras sus dedos zurdos, enguantados, repiqueteaban sobre la mesa.

Praviel anunció:

—Voy al cuarto de baño a ponerme tafetán en las heridas.

—Cuando yo me vaya, le sobrará tiempo.

La diestra enguantada rodeaba el portagatillos de la carabina silenciosamente letal.

—Se llevará a Leo al irse, ¿no? Gracias, Max. Resulta que sus colegas han descubierto a una muchacha rubia, greñuda, bonita a su manera, y que se llama Olivia.

—¿Sí? —y el dedo índice de Cora Mornay se apoyó en el gatillo, pulsándolo en el primer tiempo de disparo.

* * *

—Tengo hambre de nata y fresas, Bibi.

—¡“Jingo Dingle”! Si llego a adivinar lo plúmbea que eres, pido un millón. Una chica con tu aspecto de muñeca, debería alimentarse exclusivamente con hojas de lechuga y alpiste.

—Mi aspecto engaña, Bibi. Parezco flaca y tal, pero sí, sí... Cuando me sumerjo en la piscina, los varones se arremolinan expectantes, en silencio. Cuando surjo, silban con unánime mugido. Me tienes cautivada, Bibi.

—Dirás cautiva, que no es lo mismo.

—Tan arrollador, como un gladiador de ímpetu invencible, despertaste en mí el instinto adormecido de la mujer prehistórica.

Halagado, Pigney aclaró modestamente:

—Tengo la cabeza muy dura por la coronilla, y blanda en cambio en las sienes, pero esto lo ignoraba Mouchet.

Las pupilas azules de Pigney se concentraban en el escote de la blusa de la prisionera. Un espectáculo inexistente antes o por lo menos, no se había fijado hasta entonces.

Y era imperdonable, porque indudablemente no exageraba Colette al mencionar el coro de silbidos.

Lo que no podía saber el británico, era que Colette había ido preparando los ingredientes preliminares, sin contar que su futura víctima le iba a revelar su talón de Aquiles: en este caso, sus sienes.

Del bolsillo del abrigo del viejo Ríton había caído un destornillador, al ser arrastrado hacia la alcoba. Y lo pudo recoger Colette en gimnástico avance del cuerpo y máxima distensión del brazo.

Asido por el acero, el mango sería un buen instrumento

contundente al repicar en una de las patillas de la dura cabeza. Pero era preciso que el dueño de las sienes blandas se aproximase más.

Con los dos brazos a la espalda, y entrelazadas las manos en torno al acero del destornillador, subía mucho en valor el busto de Colette.

Suspiró ella para acrecentar al tope la atracción de aquel imán.

—Bibi, tú eres un hombre de mucho mundo y habrás conocido a numerosas Evas de toda condición y pelaje. ¿Qué opinas de las chicas como yo? ¿Es verdad que somos frívolas y fáciles?

—Las hay para todos los gustos en cualquier ambiente. He conocido Cleopatras profesionales que eran tortolitas, y niñas con aspecto de muñecas que eran volcanes.

—Soy un volcán, Bibi, ante un hombre tan bizarro como tú. ¿Te gusto, Bibi?

—Bastante. No estás pero nada mal, si se fija uno en ti.

—¿De veras? —rió ella tontamente, contoneándose en la silla.

Sabía que era muy incitante, cuando reía como una bobalicona.

James Pigney tragó saliva, pensando en la amistad, en los abusadores, en la falta de hombría que podía suponer el valerse de una situación semejante.

—Bésame, Bibi. Me tienes loca, Bibi.

Bibi dejó de razonar consigo mismo, y se aproximó sin el menor recelo.

Era un hombre guapo en todos los sentidos, opinaba.

Posó sus manos en los hombros de Colette, y avanzó el rostro, trémulos los labios, en anhelante anticipación.

No había mentido. Su sien era blanda y no encajó el seco golpe del mango del destornillador.

Sus labios preparados para besar pulpa embriagadora, besaron la tela de la falda femenina, antes de que el empujón le hiciera apoyar la boca en el frío suelo.

* * *

Alex Praviel, levantándose, declaró:

—Pero te queda por saber lo más importante, Max.

El índice de Cora Mornay retrocedió, y el gatillo volvió a su postura inicial.

—Te quedarás de piedra, si es que puede ser posible en ti, Max —y Praviel apoyando una mano en la esquina de la mesa, golpeó

con el puño, para dar mayor énfasis a su revelación: —Meditó mucho sobre la mejor manera de zafarme del papel de payaso y...

Inesperadamente, sus dos brazos se abrieron y cerraron con suma rapidez y violencia. Las dos manos, de canto, segaron con fuerza, como queriendo decapitar un tallo.

El cuello de la figura enmascarada.

La doble y veloz acometida, privó de resuello por unos instantes a Cora Mornay. Saltó Praviel con la furia acumulada y contenida en sus últimas experiencias, derribando a la figura enmascarada del sillón.

Rodó por la alfombra Cora Mornay. Convertido en un frenético y rabioso luchador, el apacible traductor se aplastó sobre la espalda de la figura enmascarada.

Asió los codos ocultos por el anorak, y atrajo hacia sí, mientras cabalgaba el cuerpo que se removía con enérgica resistencia.

Obligada a arquear el torso hacia arriba, Cora Mornay gimió quedamente.

Praviel presionó con sus dos rodillas los codos del enemigo, mientras se desabrochaba el cinto de cuero, cuyo broche pasó por bajo de los dos codos, rodeándolos con recio estirón y anudando con fuerza.

Dejó de cabalgar de frente para volverse en la humana silla y, quitándose la corbata reunió con ella los dos tobillos, consolidando la unión con un triple nudo.

Incorporándose, resopló riente. Se había desquitado y, contemplando a su primer prisionero personal, inerme, tendido boca abajo, en alto los codos atados anunció:

—Me olfateé algo raro. Será que voy entrenándome como aprendiz por narices, pero el legítimo Max tenía menos busto y más hombros. Además, los guantes te vienen largos, falsario.

Se tocó Praviel la frente. No era sudor, sino sangre. La magulladura producida por los dientes de Zezé volvía a sangrar. Fue al cuarto de baño, y abriendo, se apoyó en el quicio de la puerta.

Gaston Marlou, yacente, era identificable como Max, porque en su antebrazo izquierdo estaba la elástica con el remate del plomo arrojadizo.

Y lo que vio sobre el taburete, dejó perplejo a Praviel. Ropa femenina y zapatos de alto tacón.

Olvidándose de su frente, permaneció pensativo.

Minutos después regresó al despacho, donde Cora Mornay trataba de reptar hacia un cajón abierto, apoyando los tacones en el suelo, y valiéndose de la espalda para avanzar.

Alex Praviel fue a cerrar el cajón conteniendo el revólver con el silenciador, y, sentándose en el sillón giratorio, se mesó el cabello:

—Soy el terror de las mujeres, recontra. Es penoso tener que admitir que, hasta ahora, mis dos únicas victorias las he logrado tumbando a dos féminas.

Cora Mornay consiguió quedar sentada, apoyándose en la pared. Praviel se inclinó, tanteando hasta encontrar el borde inferior de la máscara. Dilató el plástico y estiró hacia arriba.

Los verdes ojos de Cora Mornay le miraron con intenso odio.

Una raya rojiza surcaba el blando cuello, a cada lado.

—Debería presentarte mis excusas, doctora, pero acabo de ver al que fue Max, y persisto en una nueva teoría: la mujer que se comporta de modo que haga olvidar sus privilegios, no puede quejarse si la tunden.

El teléfono sobre la mesa tintineó, y cogiéndolo, preguntó Praviel:

—...¿Quién es?

Al otro lado del hilo, el doctor Mornay colgó. Había reconocido la voz de Alex Praviel y marcó unos números para comunicar urgentemente con “X 2”.

Dejando el teléfono, masculló Praviel:

—Esta llamada me escama, pero no van a pillarme desprevenido —y, abriendo el cajón, sacó el revólver con silenciador, dejándolo sobre la mesa—. Vaya panorama —añadió, mirando a su izquierda, hacia Gerbois, y después a su derecha, hacia Cora Mornay—. Mi poco estimada viuda, voy a pedir técnicos a cierto teléfono, porque ni sirvo para interrogar, ni creo que me dirías nada voluntariamente. Ojalá pudiera Zezé tras pasarme por unos momentos algo de su sadismo, doctora.

Era imperioso ganar tiempo, decidió Cora Mornay. Su hermano acababa de telefonear, indudablemente, y no tardaría en venir en su ayuda.

Habló con desdeñosa frialdad:

—No son precisos ni sadismos ni técnicos Sandro. ¿Qué es lo que

quieres saber?

—Eres una mujer con talento, y si me revelas a mí todo el embrollo de las “X”, “Y”, etcétera, te ahorrarás malos tratos. Empecemos por el principio: ¿cuáles son tus nombres?

—Marie Vernon.

Praviel empuñó el revólver y, saliendo del despacho, fue al cuarto de baño, regresando con el bolso femenino, que abrió, volcando su contenido en la mesa.

—Marie Vernon me suena a heroína de novela romántica, doctora. Veamos... Permiso de conducir a nombre de Cora Mornay... ¡Cáspita! Doctora de verdad y especializada en Siquiatría... La foto no miente. Cora. Pero el domicilio que figura aquí, no debe ser el refugio de la jefatura,

Resonó el timbre de la puerta, y con la diestra en torno a la culata del revólver, fue Praviel al pasillo.

Tras el cristal de la puerta, el oficial primero de policía, Jean Chamfort, se llevó dos dedos al ala del fieltro.

Abriendo, afirmó Praviel:

—Llega usted a tiempo, como funcionario del orden legal, Chamfort.

Chamfort señaló el arma en la diestra de Praviel:

—Espero que tiene usted licencia para uso de armas.

—Todo quedará solucionado cuando yo telefonee a determinada sección. Tengo una prisionera y estimo que es usted el más capacitado para entregarla a quien pertenezca.

Jean Chamfort, avanzando por el pasillo, replicó:

—Seguimos sin noticias del paradero de la señorita Roland. Ha sido encontrado el “Jaguar” abandonado en la ribera izquierda de un canal del Sena.

Entrando en el despacho, el policía miró al hombre colgante de los sobacos y cuya pechera era una extensa mancha de sangre. Contempló después a Cora Mornay, y yendo a sentarse en el diván, expuso:

—Me habló de una prisionera, Praviel, no de un cadáver.

—La historia es larga y complicada. Esta mujer del anorak es miembro principal de un “Avanpost”.

Jean Chamfort se acarició las mandíbulas abarcándolas con la palma abierta. Sus ojos escrutaban detalladamente y dijo:

—Hay un arsenal en su despacho, Praviel. Una extraña carabina, un cuchillo que no es de cocina, un revólver con silenciador y desorden de luchas violentas.

—Le repito que es largo y complicado. En el cuarto de baño hay otro hombre sin vida. Comprendo su asombro, Chamfort.

—¿Quién es usted? —preguntó Chamfort mirando a la prisionera.

—Soy la doctora Cora Mornay. Este hombre es un demente.

—Lo que faltaba para completar el cuadro —sonrió Praviel—. No haga caso de la doctora, Chamfort.

—Es lo que suelen decir los internados —acotó Chamfort.

—Así no vamos a llegar a ninguna coherencia.

—Me guío por lo que veo. Un hombre apuñalado una mujer prisionera, y usted reconoce albergar otro muerto en su cuarto de baño.

Dejando el revólver con silenciador sobre la mesa, Alex Praviel empezó a pasear por el despacho, mesándose los cabellos. Dijo por fin:

—Voy a tratar de explicarle el punto de arranque de todo esto, Chamfort. Un “Avanpost” se compone en su ramal superior de dos tercetos, que entre sí enlazan por un elemento al que llamaremos “Y 1”. Este pelirrojo era “Y 1” enlazando con las “X”. La doctora Mornay es la “X 1” y su hermano el doctor Mornay, es el director “Z”

Permaneció Praviel, quieto, ensimismado en la contemplación de la automática con la cual le encañonaba Jean Chamfort.

Que un oficial de policía exhibiera una automática, era lógico. Pero lo que no era tan normal, era que dicho policía, anunciase secamente:

—No se devane más el seso. Yo soy “X 2”, Sandro Surkof.

CAPÍTULO XI

Aquella larga sala, parecía el locutorio de una prisión, con el enrejado que la dividía en dos compartimientos con su puerta independiente.

Una mano empujó sin ceremonias a una muchacha rubia, de pelo lacio y ropaje estudiantil, que quería ser original.

Un chaquetón a cuadros, un jersey masculino, una falda escocesa, medias negras de lana y zapatos mocasines de ciclista.

Olivia Duprez miró en torno, con recelo, pero estaba sola, y fue a sentarse en el banquillo que se extendía a lo largo del enrejado.

Por la otra puerta apareció una mujer de finas facciones y grises ojos, que vino a sentarse frente a Olivia Duprez. Ambas se estudiaban a través de la malla metálica.

Nadia Lenclos expuso amablemente:

—He sido relevada de la misión que me tocaba cumplir para poder venir a charlar contigo, Olivia. Te diste cuenta que eras seguida y decidimos traerte aquí. ¿Sabes dónde estás?

—Por fuera, parecía una academia.

—Lo es en su parte delantera, pero te obligaron a pasar por un sótano y supongo que con malos modales.

—Una mujerona con cara de celadora de cárcel, me hizo daño — se quejó Olivia—. Pegaba con una fusta para que la obedeciera, y tuve que subir unas escaleras, bajar hacia otro sótano, después por un pasadizo, y al final, la matrona me empujó aquí dentro.

—Eres nativa de la isla de la Reunión, Olivia. Antillana, de diecinueve años, estudiando Bellas Artes, y tus padres te giran al mes una pequeña cantidad para que pagues tu modesta pensión estudiantil. Profesas y proclamas ideas utópicas sobre un gobierno ideal de falansterio, que ya fue intentado en el siglo XVIII, siendo un fracaso. Bien, ya hemos hablado de tu pantalla.

Rio la antillana, y Nadia Lenclos, suavemente, preguntó:

—¿Soy graciosa o te causo gracia?

—Las dos cosas, porque tiene usted aspecto de institutriz bonita, vestida por un gran modisto. ¿A qué pantalla se refiere?

—Enlazabas con Leonard Gerbois y puedes facilitarnos nombres,

direcciones y sitios de cita de tu grupo, el de la Tercera Red del Barrio Latino.

—Sería risible si no fuera absurdo, señora. Empezaré por decirle que no conozco a ningún Leonard Gerbois.

Nadia Lenclos pareció tocar el arpa en la tela metálica. Dijo:

—Toda persona es como un instrumento de música, dice mi jefe. Se pueden obtener suaves melodías con un simple ruego, si la persona instrumento es inteligente. ¿Lo eres, Olivia?

—Lo soy, qué duda cabe —sonrió la muchacha.

—No lo eres, porque prefieres que te extirpen, entre gritos poco musicales, lo que tenemos que oír. Déjame presentarte psicológicamente a cierta mujer, anamita, que se alió a un grupo. Es insensible, cruel y maligna. Quiere salvarse del castigo, y se ofreció para lo que fuese. Está a prueba como interrogadora, y aún no ha debutado. Espera fuera.

—¿Y a mí qué? —murmuró Olivia con desplante puramente externo.

—Dicha anamita no puede ser identificada. Es decir, tras aplicar las torturas, tiene que matar. Nuestra Sección es de combate, pero ninguno de sus componentes podría aplicar martirios a una mujer. Yo tampoco, y por esto voy a irme, Olivia.

—Buen viaje.

Nadia Lenclos en pie, explicó:

—La anamita, una vez entre aquí, hará contigo lo que se le antoje, ya que a nuestra Sección sólo le interesa saber los nombres de tus cómplices, Olivia. Tu muerte, será un accidente más de los tantos inexplicables en una capital superpoblada.

—Anamita, o no, su verdugo no podrá hacerme decir lo que ignoro.

—Eso, a ella le tiene sin cuidado. Quiere ganarse nuestra confianza y hará méritos. Como instrumental ha pedido una caja de cirugía: bisturíes, grapas, drenajes, tenazas, sierra...

Olivia Duprez sacudió la melena, afirmando:

—Si pretende asustarme, pierde su tiempo, buena mujer.

—Boba — susurró Nadia Lenclos —. Tus chillidos nadie los oírán, y la anamita nos garantizó que conoce la técnica de ir extirpando, sin dañar órganos vitales, y se jacta de poder conservar viva a una persona torturada durante veinticuatro horas, aplicando constantes

y diversos tormentos. Naturalmente, nos aclaró que lo que queda de la persona interrogada por ella, al cabo de las veinticuatro horas, son unos restos monstruosos.

Lágrimas lentas fueron resbalando por las mejillas de Olivia Duprez.

Nadia Lenclos murmuró:

—Eres muy niña aún, Olivia. Te extravió alguien, podrás volver a tu isla, si me dices la verdad. ¿O prefieres que entre la anamita?

Pensó Nadia en cuando era niña y la amenazaban con la llegada del coco.

Olivia Duprez, entre sollozos, suplicó:

—Quédese conmigo, quedese conmigo. Hablaré, diré todo lo que sé.

* * *

Alex Praviel cruzó los brazos, indignado.

—Usted vino con otro policía, Chamfort.

—Y soy policía, lo cual no obsta, sino que por el contrario, me hace más útil como “X 2”. El doctor que usted señala con una “Z” es “X 1”, y no el director. Cora completa el terceto. Gerbois era “Y 1”, el enlace entre nosotros y las “Y”...

—¡Dispara ya, Jean! —ordenó Cora, que había logrado levantarse, adosándose a la pared, en reptación de espalda.

Jean Chamfort, cuya automática seguía encañonando negligentemente, pero no imprudentemente, a Praviel, alegó:

—Surkof me dijo que iba a telefonar a cierta sección. Nos interesa saber...

—El tiempo apremia, Jean. ¡Dispara! —conminó ella.

El disparo atronó en el despacho.

* * *

Nadia Lenclos fue escribiendo los nombres y direcciones que iba revelando Olivia Duprez.

Levantándose, expuso:

—Creo que no me has mentido, Olivia, pero vamos a comprobarlo. Espérame aquí, sin temor.

En la sala contigua, Edmonde Lian-Mey, hinchado el labio superior bajo el apósito, interrogó anhelante con los achinados ojos.

Nadia Lenclos, íntimamente asqueada, denegó diciendo:

—Durante algunas semanas estarás a prueba, Zezé. Y las torturas que deseas aplicar, las probarás, si traicionas.

Fueron comprobadas las verdades expuestas por Olivia Duprez, y la redada que siguió, incluía al doctor Mornay, además de a otros seis detenidos.

Alguno de ellos no quiso hablar y Edmonde Lian-Mey debutó.

El doctor André Mornay confesó la identidad del “Director” a las tres horas de ser interrogado por Zezé.

* * *

Jean Chamfort, “X 2”, se llevó la mano al hombro derecho. Quiso alzar la diestra armada, y un segundo balazo le perforó el bíceps derecho, proyectándolo hacia atrás, en el diván, donde quedó sentado.

A sus pies estaba la automática y se inclinó tendiendo la zurda.

El tercer balazo le taladró el cráneo.

Alex Praviel contempló el cañón humeante de la pequeña automática en su diestra.

Los verdes ojos de la doctora Mornay relucían con febril asombro.

Explicó Praviel:

—En el cuarto de baño me atrajo este artefacto adherido por la culata con dos tiras de esparadrapo al desnudo pectoral de Max. Me gustó la idea, y bajo la cazadora, me adherí la automática de Max. Cruzando los brazos, un traductor inofensivo como yo, no ofrece peligro ni despierta sospechas, ya que acaba de de jar sobre el despacho, el arma visible... ¿Y ahora, doctora? “¡Dispara, Jean! ¡Dispara ya, que tenemos pri sa!” —y trató Praviel de imitar la grave voz de Cora Mornay.

Ignoraba que en su semblante alentaba una crispación siniestra.

La voz de Cora Mornay se quebró levemente:

—No, Praviel, no...

La expresión de Alex Praviel era de una elocuencia homicida.

Encañonaba a Cora Mornay que repitió temblorosa:

—No, Praviel, no...

—¿Sabes una cosa, doctora? Va siendo hora que me retire de éste tejemaneje de sanguijuelas, porque me está naciendo un instinto maligno. Hacía tiempo que no disparaba, y conservo el pulso. ¿Qué me dice, doctora, si estudiamos, clínicamente, claro

está el lindero divisorio que separa su corazón de témpano de su cerebro de diablesa?

—Un momento, Sandro, por favor...

—Moriría entre atroces convulsiones, Praviel, ¿recuerdas, doctora? Un chorro turbio invadiría su cerebro, Praviel, ¿recuerdas, doctora?

Cayó ella de rodillas, y Praviel sacudió la cabeza para despejar la nube sangrienta que velaba sus ojos.

Respingó, volviéndose, pistola en mano. Por el pasillo, una voz conocida iba diciendo:

—¿Dónde está mi besuguín? Arrasé un gang dirigido por Bibi Tarento, Rick Mouchet y...

Colette Roland entró, miró al que pistola en mano tenía en las pupilas una luz homicida, vio a la mujer de rodillas, al pelirrojo colgante de los sobacos, y a Camfort sangrante la cabeza, boca abajo.

Murmuró horrorizada:

—Alex... Me estoy mareando... Las sales...

Colette Roland corrió al cuarto de baño, abrió la puerta, miró, y doblando las rodillas, se desvaneció.

Al volver en sí, murmuraba palabras incoherentes. Estaba medio tendida en el diván, y su cabeza reposaba en el hombro de Alex Praviel.

Su inercia había durado mucho tiempo. Y en este intervalo, tres agentes de la Sección de Choque se habían llevado a Gaston Marlou, Cora Mornay, Leonard Gerbois y Jean Chamfort.

Procedieron también a retirar cuanto pudiera parecer sospechoso, limpiando las manchas.

La inercia prolongando el desmayo había sido un recurso ofrecido por uno de los agentes. Un frasquito conteniendo un aromático soporífero de corta duración en sus efectos, si no se mantenía insistentemente el frasquito bajo la nariz.

El frasquito lo había dejado ya Praviel en el botiquín del cuarto de baño.

Colette Roland, despabilándose lentamente, reanudó su parloteo en el punto inicial:

—Yo sola luché con un gang dirigido por Bibi Tarento... ¡Ay, papá! Aquí dentro había sangre, mucha sangre, y tú con un pistolón

en la mano, me miraste con cara de asesino sangrante.

—Me di tres cortes afeitándome.

—¿Desde cuándo te rapas la frente?

Saltó ella en pie, mirando en torno. Un apacible despacho de traductor.

Iba ella denegando con la cabeza a medida que iba señalando los sitios vacíos:

—Aquí había una jamona arrodillada, atada de codos, suplicando horrorizada. Allí había un pelirrojo apuñalado en el pecho y mortísimo. Donde estás pisando había otro muerto, con la cabeza como una sandía.

Rio Praviel condescendiente.

Exclamó ella irritada:

—¡Nada de risotadas de siquiatra calmando a una majareta, Alex! No estoy loca, caracoles... En el cuarto de baño, en vez de sales, me tropecé con un individuo muy indecente, pero el pobre estaba también esperando el ataúd. Los conté. Tres muertos y una cautiva implorante, Alex.

—Muchacha, habrás tomado algún brebaje que te produce alucinaciones.

—He tomado salchichón, queso, pan y agua del grifo.

—Por eso mismo, andas floja.

—Estoy robusta como una leona saliendo de la jaula. Aquí había sangre. Tres muertos, y no los soñé. Estaban aquí, aquí, aquí... —y taconeó ella el suelo, rabiosa.

—Como estaban allí, allí, allí, la colección de "gangsters" de Bibi.

—¡Bibi existe! Bueno, no había "gangsters..." Llévame a casa, Alex. Me sumergiré en el lecho, porque ya no sé dónde estoy ni cómo me llamó.

En el taxi, reclinó ella la cabeza sobre el hombro de Praviel.

—Tienes razón, Alex. Debieron ser alucinaciones. Pero que me secuestraron... Mentira. Me fui a pasear.

—Te noto muy incoherente y delirante, muchacha. ¿No existe Bibi?

—Lo dejé atado en un "bungalow", junto a dos vagabundos columpiándose en báscula. Irás allá y haz lo que mejor te parezca. Yo le diré a papá que no pague ningún rescate, apenas lo vea...

Claro que él me verá también ilesa, y alucinada... Desvarío, amor mío. Mañana amaneceré despejada. ¿Me quieres mucho, besuguín?

—Horrores, natita. ¡Recontra! Ya me has contagiado.

* * *

En el “bungalow”, escuchando, fue Praviel desenrollando las cortinas que rodeaban a James Pigney, desde los tobillos hasta los sobacos.

—Vaya secuestrador que me busqué —ironizó Praviel.

—Me pescó de un modo infame, haciéndose la coqueta y, cuando iba a besarla, ¡zas!, me cascó en la sien.

Aplicó Praviel un manotazo en la cabeza del británico, que le miró sorprendido.

—Ahora resulta que querías besar a mi novia, grandísimo abusón.

—Hombre, se puso a hacerme monerías y perdí los estribos. ¿Qué hacemos con los dos vagabundos?

—A soltarlos, y diles que se callen. No te preocupes, que se callarán. Luego te explico mi historia, Bibi.

* * *

Charles Roland asestó una mirada poco amable a su visitante:

—Mi hija jura que no la secuestraron, pero bien recibí la carta pidiendo medio millón. Bueno, eso es lo de menos, porque ya pasó, y puede ser una broma de mi hija que quería saber si me preocuparía... Colette habla de cadáveres esparcidos por su despacho y por el cuarto de baño, Praviel. ¿Qué insensatez es ésta?

—También me habló del gang de Bibi Tarento. Yo creo que su hija sufrió un principio de insolación.

—Llegó con fiebre, en efecto. Vaya a verla, ya que ella quiere que fije el día de la boda.

—A usted le pertenece, señor.

—El 30 de febrero del año próximo —gruñó Charles Roland.

—Un suegro humorista tiene buena cotización en el mercado.

En la alcoba, anunció ella:

—Debieron ser alucinaciones producidas por el régimen de salchichón. ¿Cuándo nos casamos, amor mío?

—Tan pronto lo permitan los reglamentos. Le he cogido inquina a la casa de la aldea, y quiero vivir en un piso, con muchos vecinos.

—¡Qué gustos más vulgares tiene mi nene! Bésame con pasión,

Alex.

Un minuto después, susurró ella:

—Ahueca, besuguín.

Gruñó él, sin soltarla, y añadió Colette en su oído:

—Papá está en la puerta y parece la imagen del censor presidente. Urge el casorio, mi vida.

—Urge, urge —aprobó Praviel.

En la calle, un vendedor de periódicos, se aproximó:

—Señor Praviel... Nuevamente insisten en que si quiere ser de los nuestros, en la Sección...

—Olvídenme, como quiero olvidarles, amigo. Suerte y rece todas las noches, porque en su oficio nunca se muere en la cama.

Alejándose, aspiró la fragancia del otoño en París.

Un pintor callejero trazaba líneas coloridas. Se de tuvo Praviel, y de pronto denegó con la cabeza, alejándose apresuradamente.

Quería morir en una cama matrimonial.

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección

Keith Luger

Aficionado al asesinato



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

ZANE GREY

Las mejores novelas del
Oeste, también apare-
cerán en la



marabú

Colección

marabú



Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

859 — María Teresa Sesé
QUIERO BESARTE

COLEC. "MADREPERLA"

755 — María Morgan
AUNQUE NO QUIERAS

COLECCION "ROSAURA"

699 — Amparo Lara
TAL VEZ MAÑANA

COLECCION "AMAPOLA"

536 — María Dolores Acevedo
EL EMBRUJO DE UNOS
OJOS

COLECCION "ALONDRA"

520 — Celia Campos
ELIZABETH

COLECCION "CAMELIA"

460 — Aida Isalgué
UNA LUZ EN EL MAR

COLECCION "CORAL"

156 — Corín Tellado
LA INQUETA ANA

COLECCION "CORAL"

255 — Corín Tellado
UNA OSCURA PROMESA

COLECCION "CORAL"

16 — Corín Tellado
ALMAS GEMELAS

COLECCION "BISONTE"

800 — Fidel Prádo
DONDE LA VIDA
NO VALE NADA

Col. "SERVICIO SECRETO"

664 — A. Rolcest
EL GRAN SILENCIO

COLECCION "BUFALO"

447 — Keith Luger
EL POZO DE LAS
DONCELLAS

COLECCION "TEXAS"

365 — Joe Mogár
UNA CABAÑA EN EL LAGO

COLECCION "CALIFORNIA"

344 — Meadow Castle
ULTIMA VOLUNTAD

COLECCION "COLORADO"

289 — Clark Carrados
RIO SATANICO

COLECCION "KANSAS"

255 — M. Lafuente Estefanía
ENTRE LA CUERDA
Y EL PLOMO

Col. "HEROES DEL OESTE"

237 — M. Lafuente Estefanía
GUERRA DE COYOTES

COL. "ASES DEL OESTE"

207 — Silver Kane
UNA TUMBA PARA CUATRO

COLEC. "BRAVO OESTE"

119 — Orland Garr
EL ENCAPUCHADO
DIABOLICO

COLEC. "PUNTO ROJO"

53 — Keith Luger
AFICIONADO AL
ASESINATO

COL. "SELECCIONES S. S."

31 — Mark Halloran
MUERTE EN EL VACIO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAPIC, Hipólito
Yrigoyen, 648/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.^a núm. 13-78 -
BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería
Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Itaceihuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN.

(Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.^a Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 -
CARACAS.